

La aventura más peligrosa

Maureen Child

La aventura más peligrosa

Maureen Child

La aventura más peligrosa (2009)
Pertenece a la temática Hombre del mes
Título Original: An officer and a millionaire (2009)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1673
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Hunter Cabot y Margie Donohue
Argumento:

¿Cómo era posible que estuviera casado sin saberlo?

Hunter Cabot, miembro de los cuerpos especiales de la Marina, tenía una misión muy peculiar: averiguar quién estaba durmiendo en su cama.

Aquel apuesto militar no tenía paciencia para juegos; Margie tenía que marcharse. Llevaba casi un año haciéndose pasar por su esposa y viviendo en su casa mientras él estaba en una misión en el extranjero. Ahora Hunter tendría que recurrir a todas sus habilidades para desenmascararla y lo haría de forma dulce, rápida y sexy.

¡Pero primero disfrutaría de su noche de bodas!

Capítulo Uno

Hunter Cabot, miembro del cuerpo especial de la Marina, tenía una herida de bala a punto de cicatrizar en un costado, treinta días de permiso y, por lo visto, una esposa a la que aún no conocía.

Cuando había llegado en coche a su pueblo natal, Springville, en California, se había detenido en la estación de servicio de Charlie Evans. Allí había tenido la primera noticia de su nuevo problema.

—¡Hombre, Hunter, qué alegría verte! Margie no nos ha dicho que venías.

—¿Margie? —preguntó antes de apoyarse en su furgoneta. En silencio observó al hombre que le estaba llenando el depósito, al que conocía desde el instituto.

Charlie sonrió.

—Supongo que tu esposa te querrá sólo para ella, ¿no? —preguntó.

—Mi… —Hunter ni siquiera pudo pronunciar la palabra «esposa». Estaba desconcertado. Nunca se había casado—. Mira, Charlie…

—No la culpo, por supuesto —añadió su amigo antes de guiñarle un ojo—. Tiene que ser duro para ella que estés tanto tiempo fuera de servicio en pleno idilio.

—¿Qué quieres de…?

—Estoy seguro de que Margie está ansiosa por verte. Nos lo ha contado todo sobre la luna de miel en Bali.

—Charlie… —dijo Hunter arqueando las cejas.

—No pasa nada, hombre, no tienes que dar ninguna explicación.

¿Qué demonios podía contestar? Hunter negó con la cabeza y pagó la gasolina. Estaba claro que Charlie había perdido la cabeza. Llevaba demasiado tiempo respirando gases tóxicos.

Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que no era sólo Charlie. Se detuvo en un semáforo en rojo en la calle principal y saludó a la anciana que estaba cruzando. Era la señora Harker, que había sido su profesora. La mujer se le acercó.

—Hunter Cabot, has encontrado una esposa maravillosa. Espero que sepas apreciarla.

Hunter se limitó a asentir. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Estaba todo el mundo tomándole el pelo?

Condujo hasta la mansión de los Cabot y en el trayecto le hicieron algún comentario más acerca de su nueva esposa. Hunter estaba a punto de estallar. No tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, pero lo iba a averiguar enseguida.

Salió del coche, agarró el macuto y entró en la casa como una exhalación. Ni siquiera saludó al ama de llaves que salió corriendo detrás de él.

—¡Señor Hunter!

—Perdona, Sophie. Necesito una ducha, charlamos después —

contestó subiendo los escalones de dos en dos.

Atravesó en pasillo, cubierto con una alfombra roja, hasta llegar a su suite. Al entrar soltó la bolsa y se quedó paralizado. Oyó el agua correr en el cuarto de baño. ¿Sería «su esposa»?

Sintió ira y curiosidad al mismo tiempo. Sin pensárselo dos veces dio un paso al frente.

Abrió la puerta del baño y se encontró con una nube de vapor y con la entonación desafinada de una canción. Margie, no cabía duda.

Bueno… si era su esposa. Hunter se acercó hasta la puerta de la ducha y la abrió. Se encontró con una mujer desnuda, mojada y con un cuerpo lleno de curvas. Tentadora.

Ella se dio la vuelta y, al verlo, se cubrió como pudo y soltó un grito de terror.

Hunter sonrió.

—Hola, cariño. Ya estoy en casa.

—¿Quién… qué… cómo… quién?

—Cielo… ¿es ésa manera de saludar a tu marido? —preguntó divertido por la situación.

—Yo… yo.

La había puesto nerviosa, de eso no cabía duda. Estaban a punto de salírsele los ojos de las órbitas, como si estuviera buscando una salida por donde huir.

Pues no había ninguna. No se iba a ir a ninguna parte hasta que no le diera respuestas. Hunter no se lo iba a poner fácil. Era lo que se merecía después de haberse hecho pasar por su esposa.

Echó un vistazo y vio que el baño estaba plagado con botes de cremas de mujer. Sus toallas favoritas, negras, habían sido sustituidas por unas de color azul celeste y había un jarrón con flores.

Por lo visto, Margie se había instalado a gusto en la mansión. Debía de haber mentido también al abuelo de Hunter. Maldición. De repente se sintió rabioso, pero hizo un esfuerzo por contenerse. La mujer que tenía frente a él, desnuda y atractiva, había engañado a un pobre hombre anciano y solo. Seguramente hubiera tratado de engatusarlo para robarle todo. Bien, el juego había terminado. A Hunter no le iba a afectar lo seductora que fuera. Bueno, sí que le afectaba, pero no tanto como para desviar su atención.

Dio un paso adelante y percibió la fragancia embriagadora que desprendía Margie. Jazmín, si el olfato no lo estaba engañando. Sintió un escalofrío.

Margie lo estaba mirando como si Hunter fuera una cobra y ella una conejita indefensa.

Aparte de ser mentirosa, parecía astuta.

—¿No me vas a dar un beso? —preguntó acercándose más a ella. Si Margie hubiera levantado la mano, le hubiera visto los pechos—. ¿No

me has echado de menos, cariño?

Ella miró hacia atrás y vio que no tenía escapatoria.

—Mantén las distancias… Pervertido.

—¿Pervertido? —preguntó tras soltar una carcajada—. Sólo soy un marido tratando de saludar a mi esposa.

—Esto no es en absoluto un saludo —dijo, y rápidamente agarró una toalla. En un abrir y cerrar de ojos estaba envuelta en ella.

Una lástima. Apenas si había podido ver los pezones rosados y turgentes antes de que se tapara. Su supuesta esposa tenía un cuerpo en el que cualquier hombre hubiera querido perderse para recorrer todos sus rincones.

En aquel momento Margie lo estaba mirando con total desprecio. Sus ojos de color verde esmeralda hubieran sido capaces de congelar a cualquiera. Sin embargo, Hunter, que estaba furioso y ardiente, no se movió.

—¿Quién demonios eres? —le preguntó con una mirada igual de glacial.

—¿Que quién soy? —dijo moviendo la cabeza agitadamente y salpicando a Hunter. La toalla estuvo a punto de resbalársele—. Estoy en mi baño dándome una ducha, pensando en mis cosas cuando de repente… Oh, Dios mío —sus ojos se abrieron como platos—. Eres… No me puedo creer que no te haya reconocido a la primera. Me has asustado y…

—Nena, si te he asustado, te lo mereces. Imagínate cómo me he sentido yo cuando todo el mundo al llegar me ha dicho que tengo una esposa.

—No me lo puedo creer…

—Más o menos —soltó Hunter. Dio otro paso adelante. Su tono de voz era calmado—. Tengo un mes de permiso. He venido para descansar, para ver a mi abuelo —giró alrededor de ella y volvió a mirarla a los ojos—. Imagina mi sorpresa cuando todas las personas con las que me he cruzado al llegar me han comentado lo contenta que se iba a poner mi esposa al verme.

—Bien, pues no lo estoy. No estoy contenta. Estoy más bien irritada. Enfadada, mejor dicho.

—¿Estás enfadada? Pues lo siento mucho.

—¿Acaso a ti no te pasaría lo mismo si un completo extraño apareciera en tu ducha como si hubiera salido de la película de *Psicosis*? Lo único que te ha faltado ha sido la musiquita estridente del violín —añadió ya más recuperada.

—Yo no soy quien sobra aquí, nena. Tú eres la mentirosa. Tú eres la intrusa.

—¿Seguro? —preguntó con los brazos en jarras saliendo de la ducha.

—Completamente seguro. Sabes perfectamente que no estamos casados, así que ¿por qué no me dices qué chanchullo te traes entre manos? ¿Cómo demonios has convencido a mi abuelo para que te deje entrar en casa? —cuanto más lo pensaba, más furioso se ponía—. Simon no es ningún tonto, así que debes de ser la reina de la estafa.

—¿La reina de la estafa? —repitió furiosa poniendo las palmas de las manos sobre el pecho de Hunter.

—Si piensas que vas a despistarme fingiendo un enfado, estás equivocada —replicó sin poder evitar mirar el borde de la toalla que se estaba deslizando hacia abajo.

—Se supone que no tenías que estar aquí —murmuró Margie después de un silencio.

—Oh, ésa es buena, nena. ¿Se supone que soy yo el que no tiene que estar?

—No le dijiste a Simon que venías. Y deja de llamarme «nena».

—Te llamaré como quiera. Y tienes suerte de que todavía no haya avisado a la policía —le soltó. Margie se quedó boquiabierta—. Y respecto a lo de no haber avisado a Simon, creo que ha sido un acierto —afirmó mirándola fríamente—. Es más difícil pillar a una mentirosa si está alerta.

—Yo no soy… ¿sabes que eres un hombre muy irritante? Nadie me había mencionado esa faceta de tu personalidad. Claro, apenas estás aquí, así que se les ha debido de olvidar cómo eres.

—Pero ahora estoy aquí —contestó algo incómodo. Era cierto que no iba a Springville muy a menudo. Solía estar embarcado en misiones secretas—. Pero no estábamos hablando de mí, nena —dijo aposta para molestarla—. Vayamos a la pregunta principal. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¿En mi suite? ¿Por qué le has dicho a todo el mundo que estamos casados y cómo demonios has logrado engañar a mi abuelo?

—Tu suite —repitió Margie antes de tomar aire. Inspiró tan fuerte que su pecho se hinchó y la toalla resbaló.

Hunter observó los pechos firmes, los pezones rosados y el vello púbico. Su cuerpo no tardó en reaccionar. Margie soltó una palabrota, agarró la toalla del suelo y se volvió a tapar.

—¿Tu suite? Esa es buena. Llevo ya un año viviendo en esta suite y, qué divertido, porque no recuerdo haberme encontrado por aquí contigo —añadió sarcásticamente.

—¿Un año? ¿Llevas un año fingiendo ser mi esposa y viviendo en mi casa?

¿Había pasado tanto tiempo desde su última visita?, se dijo Hunter. Maldición. Debía de ser así. Sin embargo, había hablado con Simon cada dos semanas durante el año anterior y en ningún momento le había mencionado a aquella mujer. Ni una sola palabra. Nada. ¿Qué

demonios estaba sucediendo?

¿Tendría Margie algo que ver con su abuelo? ¿Le habría amenazado de alguna manera? Difícil de creer. Simon Cabot era un tipo duro. Aunque ya estaba mayor. Quizás…

Hunter se acercó aún más a ella. Estaba tan enfadado que se le estaba empezando a nublar la vista. Se quedó impresionado al comprobar que Margie no se echaba atrás. De repente lo miró de forma desafiante. Hunter se forzó para dejar la admiración a un lado; tenía que averiguar qué estaba pasado.

—Se acabó el juego, cariño. Lo que sea que te traes entre manos, se ha terminado. Y como me entere de que le has robado a mi abuelo un solo dólar, vas a terminar con tu precioso culito entre rejas.

—No voy a continuar esta conversación desnuda —replicó alzando la barbilla. El vapor había desaparecido del baño, hacía frío y Margie tenía la piel de gallina.

—Tú verás, pero no vas a salir de esta habitación hasta que no obtenga algunas respuestas.

—Tenía que haberme imaginado que eras un chulo.

—¿Perdona?

—¿Tiene algo que ver con que seas militar? ¿Ladras órdenes y esperas que los pobres civiles nos cuadremos a tu paso? Bien, pues yo no voy a hacerlo. Y deberías estar avergonzado de ti mismo.

—¿Avergonzado? Aún puedes echarte atrás, nena. Yo no soy quien está fingiendo ser algo que no soy. Yo no estoy viviendo en una casa que no es mía a base de mentiras. Yo no soy…

—Por el amor de Dios. No me voy a quedar aquí de pie mientras me insultas —interrumpió ella. Le dio un empellón que lo pilló desprevenido y pasó delante de sus narices. Hunter podía haberle impedido el paso, pero no le gustaba emplear la fuerza contra las mujeres.

Margie atravesó la habitación y fue directa hasta la cómoda de Hunter.

—¿Te vas a poner unos calzoncillos míos o una camiseta?

—Tu ropa raída está en el cajón de abajo —replicó mirándole por encima del hombro.

—¿Raída?

—¿Cómo llamarías tú si no a una camiseta que tiene más agujeros que tela?

—Mi ropa.

Margie lo ignoró y sacó un sujetador de encaje de color azul y unas medias a juego. Sin mediar palabra se metió en el vestidor y cerró la puerta.

Hunter no la iba a poder ver vestirse, aunque tampoco lo estuviera deseando. Mentira. Le hubiera encantado volver a verla desnuda. Era

humano, ¿no?

—En cualquier caso, ¿por qué estás aquí? —preguntó ella desde el vestidor.

—Este es mi hogar, nena. Pertenezco a este lugar.

Oyó un resoplido. De repente se oyó otro sonido, perchas que se caían, y Margie soltó un grito.

—¿Qué estás haciendo?

—Me estoy rompiendo el tobillo —replicó.

Hunter se acercó a la puerta y miró a su alrededor. De repente se dio cuenta de que la habitación en la que había crecido, estaba completamente diferente.

Las paredes eran verdes, no de color beis. La alfombra verde, no marrón. La colcha que cubría la cama de matrimonio que había escogido al cumplir los diecisiete, había sido sustituida por otra de encaje y había una montaña de cojines tapando el cabecero. Unas cortinas blancas cubrían las ventanas y las puertas de los balcones.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Cómo había podido pasársele a él, cuya supervivencia a menudo dependía de la capacidad de observación?

—¿Qué demonios le has hecho a mi habitación? —preguntó desconcertado.

Margie salió en ese momento del vestidor. Se había puesto una camiseta amarilla, unos vaqueros desgastados que se ajustaban perfectamente a su silueta y unas sandalias de tacón que la hacían parecer más alta.

Su gesto era serio, había conseguido dominar su melena rizada tras cepillarla. Se cruzó de brazos y Hunter vio la alianza dorada que llevaba en el dedo anular.

Maldición.

Margie miró a Hunter directamente a los ojos mientras intentó controlar una oleada de calor. Los ojos azules que tenía frente a ella la miraban con sospecha. Hunter Cabot era mucho más… grande de lo que se había imaginado. No era sólo alto. Era grande. Espaldas anchas, las piernas y los brazos fuertes como si se hubiera pasado la vida levantando pesas.

Impresionante. Y un poco intimidante, pero no demasiado. No estaba dispuesta a confesarle lo nerviosa que la había puesto. Después de todo, Margie no había hecho nada malo.

—¿Y bien? —preguntó de nuevo mirándola fijamente—. ¿Quién demonios te ha dado permiso para instalarte en mi habitación y transformarla en una casita de muñecas?

Margie siempre había pensado que la mejor defensa era un buen

ataque. Se lo había enseñado un abogado para el que había trabajado y nunca fallaba.

—Tu abuelo. ¿Recuerdas? El hombre mayor y solo al que nunca visitas.

—No me hables de mi abuelo. No tienes ningún derecho.

—¿De verdad? —preguntó caminando hacia él. Cada paso estaba cargado con la rabia que había acumulado hacia Hunter Cabot desde que había empezado a trabajar para su abuelo—. Bien, le voy a decir algo, capitán Cabot. Me gané el derecho a defender a tu abuelo la noche en que le dio un ataque al corazón y sólo yo estuve a su lado.

Hunter se puso rojo. ¿Rabia o vergüenza?

—En cualquier caso, ¿por qué estabas tú a su lado?

Margie soltó un suspiro. No debería estar explicando nada de todo aquello. Simon le había prometido que hablaría con Hunter antes de que regresara. Pero la visita sorpresa lo había arruinado todo.

—Soy la asistente personal de Simon.

—¿Su secretaria?

—Su asistente —corrigió—. Estaba aquí, con él, cuando sufrió el ataque al corazón. Intentamos localizarte, pero ¡sorpresa!, estabas desaparecido.

—Espera un momento…

—No —replicó clavándole el dedo índice en el pecho—. Tú ya has dicho lo que tenías que decir, ahora es mi turno. Nunca estás aquí. Casi nunca llamas. Tu abuelo te echa de menos, maldita sea. Y no entiendo por qué.

—Eso no tiene nada que ver…

—No he terminado todavía —interrumpió—. ¿Estás tan ocupado salvando el mundo que no has tenido tiempo de acompañar a tu abuelo cuando ha estado a punto de morir? Como te he dicho antes, deberías avergonzarte de ti mismo.

Capítulo Dos

Lo había logrado, Hunter se había quedado con la boca abierta y sus ojos azules brillaban con fuerza. Había tratado de dominarla desde el primer momento, desde que la había sorprendido en el baño. Pero Margie había conseguido invertir la situación y, en aquel momento, era Hunter quien tenía que defenderse.

Se hizo un silencio tal en la habitación, que se oía la respiración de ambos. El sol estaba entrando por uno de los balcones abiertos y una luz dorada bañaba la estancia. La leve brisa trajo la fragancia de las rosas del jardín al que daba el dormitorio. A Margie le encantaba aquella habitación, le parecía tranquila y relajante. Salvo aquella mañana.

—No tengo nada de lo que avergonzarme —respondió Hunter en tensión—. Estoy fuera por mi trabajo, estoy sirviendo a mi país. No soy yo el que está aprovechándose de un hombre mayor y solo.

—No sabes de lo que estás hablando —respondió Margie, también tensa.

—No lo sé exactamente, pero creo que me hago una idea. Eres su secretaria y de alguna manera lo has convencido de que tú y yo nos hemos casado. No sé cómo lo has logrado, pero lo voy a averiguar.

—Eso tiene mucho sentido. Me puse un anillo en el dedo y le dije: «¿A que no sabes una cosa? Me he casado con el idiota de tu nieto». Y Simon fue y se lo creyó —le soltó—. ¿Acaso te crees que tu abuelo es tonto? Debes de pensarlo porque, si no, lo que acabas de decir no tiene ninguna lógica.

—¿Lógica?

—No te preocupes, es algo con lo que probablemente no estés muy familiarizado.

Durante un minuto se quedaron mirándose en silencio. Margie no quería ser la primera en hablar y la paciencia tuvo sus frutos.

—Sobre el ataque al corazón de Simon. Supongo que debería darte las gracias… por haberlo acompañado aquella noche —reconoció Hunter realmente incómodo.

—¿Supones?

—Yo estaba en una misión. No me comunicaron la noticia hasta que no regresé a la base. En ese momento lo llamé, no sé si lo recuerdas.

—Un detalle por tu parte —soltó al recordar la cara de alegría de Simon al recibir la llamada de su nieto—. Una llamada muy personal. Aun así no te molestaste en venir a verlo.

—Estaba ya bien —se justificó Hunter—. Además, embarcamos de nuevo casi inmediatamente…

—Oh, a mí no me tienes que dar explicaciones. Deberías dárselas a Simon. Además, yo no estuve con él durante su convalecencia, para tu información.

—Bien.

—Bien —repitió Margie. Era tan extraño estar en la misma habitación con el hombre con el que llevaba un año legalmente casada. Hunter Cabot llevaba tanto tiempo habitando en su mente que tenía más que ver con los sueños que con la realidad que había estado viviendo.

Extraño y, sin embargo, ninguna de las veces que había imaginado su primer encuentro con Hunter se había figurado que tendrían una discusión de tal calibre. Pero había empezado él. ¡La había llamado estafadora! Así que no se arrepentía de ninguna de sus respuestas. La expresión del rostro de Hunter era aún tensa, sin embargo había algo más en su mirada. Algo que Margie no fue capaz de definir aunque le inquietó.

—¿Dónde está mi abuelo? —preguntó él.

—Probablemente esté en su estudio. Suele pasar las tardes allí —contestó.

Hunter asintió y salió de la habitación sin decir nada más.

En cuanto se quedó sola, inspiró profundamente y corrió a desplomarse en la cama. Se miró el anillo de bodas que ella misma había escogido. Le estaban temblando las manos. Era normal, no todos los días la asaltaba en la ducha un hombre enorme y guapo.

Desnuda. La había visto desnuda. No le hacía ninguna gracia ver por primera vez a su marido en esas circunstancias. Entre otras cosas porque todavía no había logrado quitarse de encima los kilos que le sobraban y estaba sin maquillar.

Se llevó las manos a la cabeza.

«Por Dios, Margie, el maquillaje tampoco te hubiera transformado en una supermodelo», pensó. Era consciente de que tenía la boca demasiado grande y la nariz demasiado pequeña, por no hablar de las pecas que le salpicaban la cara. No pertenecía a la clase de mujer en la que se fijaría Hunter Cabot.

Pero ¿qué más daba el aspecto físico? No estaba realmente casada con aquel tipo. Sólo oficialmente, nada más.

Se quedó con la mirada perdida en el techo de color verde. Había planeado conocer a su marido después de que Simon hubiera hablado con él. Pero Hunter se había presentado dos semanas antes de lo previsto y lo había arruinado todo.

Realmente había sido culpa de Hunter.

Sin embargo, ese pensamiento no le hizo sentirse mejor.

Hunter atravesó los pasillos de la mansión familiar con paso decidido. Pero, a pesar del ritmo rápido, no era capaz de dejar de pensar en aquella mujer. Sus palabras retumbaban aún en su cabeza.

«Hombre mayor, solo. Avergonzado».

Soltó una palabrota y siguió adelante.

Cuando llegó a la última puerta, entró sin llamar. Al menos aquella estancia seguía igual que siempre. No había cambiado. Muebles oscuros y brillantes, algunos sillones de cuero y la luz de la tarde entrando por los balcones. Estanterías llenas de libros, desde los clásicos hasta novelas de ficción actuales. Detrás de una gran mesa de caoba estaba sentado Simon Cabot.

—Abuelo —dijo Hunter mirándolo a los ojos.

—¡Hunter! ¡Qué alegría verte! Has llegado antes de lo que te esperábamos —dijo poniéndose en pie y caminando despacio hacia su nieto—. Creíamos que llegarías en un par de semanas.

Hunter se acercó al hombre que había estado siempre a su lado. Cuando Hunter había tenido doce años sus padres habían muerto en un accidente de tráfico y, desde entonces, había vivido con su abuelo paterno. Simon había ocupado el vacío, siempre se había encargado de su nieto y le había apoyado. A los ojos de Hunter era un hombre fuerte y seguro de sí mismo.

En aquel momento se dio cuenta de que su abuelo estaba llegando al final de sus días y sintió cómo su corazón se quedaba helado. Abrazó al anciano, que estaba visiblemente débil. Se tragó las preguntas que se agolpaban en su garganta y se obligó a ser paciente.

—Siéntate, siéntate. ¿Estás seguro de que puedes estar de pie con la herida que tienes en el costado? —le preguntó señalando una silla.

—Estoy bien, abuelo. No ha sido más que un rasguño, de verdad.

—No te meten cuatro días en el hospital por un rasguño, chico.

Era cierto, pero no quería preocupar a Simon. Le habían herido de bala en su última misión y le había dolido muchísimo. Sin embargo, ya sólo le molestaba si se movía muy rápido. Le había quedado una cicatriz, ya que se había tenido que coser él mismo la herida al haber estado solo.

—Pero tampoco te dejan salir del hospital en sólo cuatro días si se trata de algo serio.

—Eso está bien. Me habías preocupado, chico.

—Lo sé. Perdona.

—No tienes por qué pedir perdón. Soy consciente de que es tu profesión.

Sin embargo, a Simon nunca le había hecho gracia que Hunter se alistara en el ejército porque había deseado que se hiciera cargo de la dinastía Cabot. Había esperado que lo sucediera y que se sentara detrás de aquella mesa para supervisar los distintos pilares en los que se sustentaba el imperio empresarial que había iniciado el padre de Simon décadas atrás. Pero a Hunter nunca le habían interesado ni los bancos ni los negocios. Ningún trabajo que tuviera horario de oficina. A él

siempre le habían gustado las aventuras. Siempre había querido hacer algo importante y había encontrado su lugar sirviendo a su país.

—Pero, no vas poder quedarte toda la vida en ese trabajo, ¿no? —preguntó a Simon expectante.

Hunter observó el brillo en los ojos de su abuelo. Aunque le costase admitirlo, llevaba un tiempo pensando en dejar el ejército. De hecho, desde que había recibido el disparo. Cinco años atrás no le hubieran dado porque habría sido más rápido que el enemigo, y lo sabía. Hubiera descubierto antes la emboscada, se habría puesto a cubierto y aquella maldita bala no lo habría atravesado.

Sin embargo, el tema del que quería hablar aquel día no era precisamente su profesión.

—Olvídate de mi trabajo un rato. Abuelo, la mujer que hay en mi habitación no es mi mujer —soltó.

Simon cruzó las piernas, se puso las manos sobre el regazo y sonrió a su nieto.

—Sí que lo es.

—Esto va a ser más duro de lo que yo he imaginado —murmuró antes de ponerse en pie. Se recordó que aquella mujer llevaba un año ganándose el cariño de su abuelo. Le iba a llevar más de cinco minutos hacerle ver la verdad—. Yo no he visto a esa mujer en mi vida, abuelo. No sé lo que te ha dicho, pero es mentira.

—Ella no me ha dicho nada, Hunter —contestó Simon mientras contemplaba a su nieto caminando nervioso. De repente se detuvo en seco y lo miró con dureza.

—¿Así que permites a cualquiera que dice ser mi esposa mudarse a casa e instalarse en mi suite?

—No lo entiendes. Ella no me ha mentido, no me ha dicho que está casada contigo, no ha tenido que hacerlo. He sido yo quien ha preparado el matrimonio.

—¿Que has hecho qué? —preguntó incrédulo. No sabía qué decir—. Que has preparado… No has podido hacer eso.

—Puedo y lo he hecho —le aseguró—. Tuve la idea después de que me diera el ataque al corazón el año pasado.

—¿Qué idea? —insistió Hunter volviendo a sentarse. Su abuelo estaba sonriendo.

—¿Por qué se me ocurrió? Porque era la respuesta a mi problema, por supuesto. Yo estaba allí, en el hospital. Tú estabas de servicio, Dios sabe dónde, y Margie estaba a mi lado.

—Margie.

—Mi asistente.

—Tu secre… bien. Ya me lo ha contado —por lo visto la asistente se había convertido en la nieta política.

—Una mujer muy bien amueblada, Margie. Siempre pendiente de

todo. Sabe cómo hacer las cosas.

—No me cabe duda —añadió Hunter irónicamente.

Simon frunció el ceño.

—Nada de esto ha sido idea de Margie, chico. Ha sido idea mía. Que no se te olvide.

—¿Y cuál ha sido exactamente tu idea? —preguntó calmadamente. Estaba haciendo serios esfuerzos por contener un ataque de rabia.

—¡Necesitaba familia aquí! Maldita sea. Se tenían que tomar decisiones y, si yo le decía a Margie lo que quería, ella no tenía ninguna autoridad sobre los médicos. Podía haberme puesto mucho peor, pero tuve suerte.

De repente a Hunter le vino a la mente la imagen de Simon en una cama de hospital, monitorizado y con tubos por todo el cuerpo. No había estado al lado de su abuelo cuando más lo había necesitado. ¡Pero que se sintiera culpable no era lo mismo que aceptar que lo hubieran casado!

—La podías haber autorizado legalmente.

—Podía, pero no lo hice. En vez de darle un poder notarial, la convencí para que se casara contigo.

—Tú…

—Fue la manera más sencilla que se me ocurrió. Quiero tener familia cerca, chico, y tú no estás nunca aquí.

Hunter se sintió aún más culpable, sin embargo…

—Pero no puedes casarme con una mujer sin ni siquiera comentármelo.

—Me diste poderes para hacerlo.

—¿Poderes? Pero si ni siquiera has tenido mi firma.

—Sí que he tenido tu firma —contestó con una sonrisa—. Si te molestaras en leer los papeles de la familia que te envío para que firmes, te habrías dado cuenta de que me estabas firmando un papel autorizando tu matrimonio.

Maldición. Simon tenía razón. Cada vez que recibía un montón de papeles de la familia Cabot, se limitaba a firmarlos y a enviarlos de vuelta. Nunca le habían apasionado los negocios. Lo que a Hunter le apasionaba era la Marina. Y siempre había mantenido los dos mundos separados. Obviamente su abuelo se había dado cuenta y había sacado provecho de su desinterés. Se sintió irritado y admirado a la vez.

—Bien. Me alegro de que te des cuenta de que llevo razón. Yo te sustituí en la ceremonia de la boda. Era consciente de que, si no habías venido a casa después de mi ataque, seguro que no vendrías ni a tu propia boda… —añadió.

—La verdad es que tampoco fui invitado…

—Mi amigo, el juez Harris, se encargó de todo. Le di a Margie una semana de vacaciones cuando estuve recuperado y dijimos que os

habíais marchado juntos de luna de miel.

—Nos habíamos marchado.

—Sí, y funcionó bien. Estos meses he pensado que no había prisa en comunicártelo.

—Sobre todo porque yo no tenía ningún interés en casarme.

Simon frunció el ceño. Hunter se sintió tal y como se había sentido en aquel despacho con trece años tras haber roto un cristal con un balón. Tan incómodo y avergonzado. La única diferencia residía en que ya no era un niño que necesitaba una regañina.

—¿Cómo te ha podido convencer para hacer esto, Simon? —insistió.

En respuesta, el abuelo se puso en pie y lo miró de una forma que siempre lo había asustado.

—¿Te crees que soy un viejo tonto que se deja engatusar por una cara bonita que quiere cazar mi fortuna? ¿De verdad piensas que he perdido ya la cabeza, chico?

—¿Y qué otra cosa puedo pensar? —preguntó también poniéndose en pie y mirándolo fijamente—. Vengo a hacer una visita y…

—Después de dos años —puntualizó Simon.

—Y me encuentro con que me has casado con una mujer que no he visto en la vida porque quieres tener familia cerca.

—Vigila el tono que usas conmigo, chico. Todavía no estoy senil, ya sabes.

—No he dicho en ningún momento que lo estés.

—Pero lo has pensado —dijo antes de darse la vuelta para sentarse tras su mesa de trabajo, su centro de poder. Desde aquella silla Simon había dirigido la fortuna de la familia Cabot durante más de cinco décadas—. Y te voy a decir algo más. Margie no quería participar. Todo ha sido idea mía.

—Y aceptó porque tiene un corazón de oro —replicó Hunter irónico.

—Por supuesto que no. Ha sido un negocio, simple y llanamente. Le voy a pagar cinco millones de dólares.

—Cinco… Así que ha aceptado por el dinero, ¿y luego dices que no es una cazafortunas?

—Pues claro que no lo es, y te darás cuenta en cuanto la conozcas un poco —respondió. Agarró un bolígrafo y jugueteó con él—. Tuve que convencerla para que aceptara el dinero y me hiciera el favor. Es una buena chica y muy trabajadora. Ha hecho mucho por este pueblo y mucho por tu nombre.

—Cuánto me alegro —replicó negando con la cabeza.

—Deberías estar agradecido. Te he escogido una esposa que es trabajadora y que tiene un corazón enorme.

—Agradecido —repitió. Se inclinó sobre la mesa—. Voy a estar agradecido cuando obtenga una maldita anulación de matrimonio,

Simon. O al menos un divorcio. Tan pronto como sea posible.

—Tenía que haberme imaginado que no ibas a saber apreciarla —murmuró Simon disgustado.

—Pues sí.

—Si abres los ojos y la ves como yo la veo, cambiarás de opinión —declaró tan satisfecho, que Hunter se sintió furioso.

Durante toda la vida Simon había sido la persona con la que había podido contar. Había sido quien le había enseñado el significado de las palabras «dedicación» y «honor». Le había inculcado el valor del bien y del mal. Y de repente le estaba explicando cómo había llevado a cabo un matrimonio que Hunter no deseaba, sólo porque a él le había convenido.

—Mi opinión no tiene que cambiar. En primer lugar, ¿por qué se supone que debería apreciar que me hayas casado con una mujer a la que no quiero? Una mujer a la que estás pagando.

—Ya te lo he dicho. Ella no quería el dinero. La tuve que convencer para que lo aceptara.

—Sí, claro. Y estoy seguro de que te costó mucho convencerla. ¿Cinco millones de dólares? Maldita sea, Simon. ¿En qué estabas pensando?

—Tú no estabas aquí —dijo el anciano suavemente—. Me estoy recuperando, Hunter, y tú no estabas aquí. Margie sí.

—Ella es tu secretaria —dijo a pesar de la culpa que estaba sintiendo.

—Es más que eso.

—Ahora desde luego —señaló Hunter.

—No la conoces —añadió en un susurro—. Vino aquí para construir su propia vida y lo ha hecho. Y ha sido una buena esposa para ti…

—¡Pero si yo no he estado aquí!

—Y una buena nieta para mí.

En eso Hunter tenía que darle la razón. Cazafortunas o no, la mujer pelirroja llena de curvas se había portado muy bien con Simon. Cuando él se había enterado de que su abuelo había estado al borde de la muerte se había sentido culpable por no haber estado a su lado. Pero su trabajo era así. Su vida dependía de las órdenes que recibía.

Así que, saber que al menos Simon no había estado solo, estaba bien. Y en ese sentido estaba agradecido, aunque no se lo hubiera dicho a la pelirroja porque el enfado no se lo había permitido.

—Margie merece tu respeto —le advirtió Simon señalándolo con el dedo.

—Por haberse casado conmigo sin conocerme de nada para contentar a su jefe. Claro, me inspira mucho respeto.

—Nunca has sabido escuchar —replicó Simon.

—Te acabo de escuchar. Lo que pasa es que no me interesa lo que

me dices. No quiero una esposa.

Lo cierto era que había estado pensando sobre su futuro y, entre las distintas posibilidades, había considerado, durante aproximadamente treinta segundos, casarse. Pero pensar en hacer algo y hacerlo eran cosas bien distintas. Y si finalmente decidía casarse, sería él mismo quien escogiera a su esposa, gracias.

—Podría ser peor —añadió Simon.

—¿Ah, sí? No lo creo. No me imagino nada peor a pagar a una mujer para que se convierta en mi esposa.

—Eso demuestra que no tienes ni idea. Margie es maravillosa.

—No lo dudo —murmuró irónico—. No voy a seguir casado con ella —declaró en un tono de voz más alto. Simon suspiró.

—Ya lo suponía. Aunque debes saber que Margie tampoco quiere seguir casada contigo. Pero se ha portado muy bien conmigo y no quiero que pase vergüenza por ti.

—Desde luego. No quiero avergonzar a nadie.

Simon volvió a suspirar y continuó hablando como si nada.

—Está preparando una gran fiesta por mi ochenta cumpleaños y tampoco me gustaría que se estropeara.

—Vaya, me doy cuenta de que hay muchas expectativas —murmuró.

—Así que, hasta que pase la fiesta, espero que te comportes como un marido, tal y como esperan todos en el pueblo.

—¿Perdona? —no se había imaginado una petición así.

—Ya me has oído. A la gente de Springville le gusta Margie. La respetan. No voy a permitir que la conviertas en el hazmerreír del pueblo. Además, tú te vas a volver a marchar, de eso no me cabe duda… —esperó a recibir una confirmación.

Hunter asintió.

—Tengo que incorporarme en un mes.

Simon volvió a fruncir el ceño.

—Bueno, yo me quedaré y espero que Margie también, así que no le arruines la vida aquí sólo por un enfado.

—No me gustaría causarle a Margie ninguna molestia —replicó apretando los dientes.

—Si después de la fiesta sigues queriendo la anulación…

—La querré.

—No te frenaré y estoy seguro de que Margie tampoco. Pero hasta ese momento harás las cosas a mi manera.

Hunter miró a su abuelo y se encontró con la expresión impenetrable de su rostro. Simon Cabot había tomado una decisión y nada, salvo un ataque nuclear, lograría que cambiara de opinión. Hunter se sintió aún más irritado. Estaba atrapado.

Pero Simon era un anciano y él le debía demasiado. Así que

accedería a hacer las cosas tal y como le pedía su abuelo. Se quedaría a la fiesta y, cuando regresara a la base, iniciaría los procedimientos para la anulación del matrimonio.

—Vale —contestó tratando de disimular la frustración—. Mientras esté en el pueblo me comportaré como un marido.

—En casa también.

—¿Qué?

—¿Te has quedado sordo? Deberías mirarte el oído —dijo con una media sonrisa—. Mientras estés en esta casa, serás un hombre casado. No quiero que el servicio trate mal a Margie. Todo el mundo en esta casa sabe que estáis casados.

Hunter estaba todavía encajando la nueva situación cuando llamaron a la puerta. Se dio la vuelta y se encontró con su «esposa».

Capítulo Tres

—Simon —dijo ignorando a Hunter—, ¿está todo bien?

—Sí, sí. Sólo le estaba explicando la situación a Hunter.

—Bien —repuso.

A juzgar por la cara del nieto no le debía de haber hecho mucha gracia la explicación de Simon. A ella tampoco le hacía gracia estar en aquella tesitura.

Margie no había querido casarse con Hunter, pero lo había hecho por Simon. Y aunque Hunter no la creyera, no habían sido los cinco millones los que la habían convencido, sino la mirada asustada del anciano. Eso era lo que la había empujado a aceptar formar parte en aquella locura de plan.

Aquel año había sido la primera vez en su vida que había tenido la sensación de pertenecer a un lugar. Había sentido que tenía un abuelo, un hogar, un lugar propio, gente de la que preocuparse y que se preocupaba por ella.

Y eso no tenía precio para Margie.

Sin embargo, tenía que admitir que haber estado casada con Hunter cuando no había estado en casa había resultado mucho más sencillo. Al mirarlo le parecía… muy grande. Sus espaldas, su pecho, aquellos ojos azules.

Su ceño fruncido.

Margie también frunció el ceño y después miró a Simon.

—Ha llegado el médico —anunció.

—Maldita sea —soltó, y se puso a revolver los papeles de su mesa —. Margie, dile que estoy muy ocupado y que no puedo verlo hoy. Que lo intente la semana que viene. O mejor el mes que viene.

—No hay forma de escapar, Simon —contestó con una media sonrisa. Ya estaba acostumbrada a que tratara de escabullirse siempre de las revisiones médicas.

—¿Hay algún problema? —preguntó Hunter.

Margie lo miró reticente y sintió un cosquilleo en su interior. Aquel hombre tenía unos ojos increíbles. Aunque eso a ella le daba exactamente igual. Sobre todo porque unos ojos bonitos no compensaban un carácter arrogante. Sin embargo, parecía preocupado por su abuelo y eso bastó para conmover a Margie.

—No, es sólo una revisión —se apresuró a contestar para tranquilizarlo—. El médico viene a casa cada dos semanas ya que no confía en que Simon acuda a la consulta.

—Soy un hombre ocupado. Demasiado como para perder el tiempo con un matasanos —murmuró.

Hunter se cruzó de brazos.

—Pero Simon está bien, ¿no? Está recuperado.

Margie asintió y se obligó a dejar de fijarse en los músculos que se

marcaban a través de la camiseta negra de Hunter. Estaba realmente fuerte.

—Sí… eh, sí —tragó saliva. Estaba nerviosa—. Se ha recuperado completamente. Las revisiones ahora mismo son rutinarias.

—Rutinarias —murmuró de nuevo Simon—. No sé qué tiene de rutinario interrumpir la vida de un hombre cada dos por tres. Eso es lo que me gustaría saber…

—Bien. Me alegro de que todo esté bien, pero, por supuesto, me gustaría hablar directamente con el médico —añadió Hunter.

—¿Y por qué ibas a hablar tú con él? Es mi médico y no necesito más niñeras —replicó Simon mirando a Margie.

—Por supuesto que puedes hablar con él —contestó ella a Hunter sin hacer caso del anciano.

De repente los dos se estaban comportando de forma correcta. Sin embargo, Margie no era tonta y se dio cuenta de que todavía había algo oscuro en su mirada.

—¿Quién está al cargo de la situación? —preguntó Hunter.

—Yo —respondió una voz nueva. Era el doctor Harris que acababa de entrar sonriente en la habitación.

Se trataba de un hombre mayor, con el pelo gris y que escondía una dulce mirada detrás de sus gafas. Caminó hacia Hunter y le dio la mano.

—Me alegro de verte de nuevo en casa, Hunter. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí —repuso, y le dedicó una mirada rápida a Margie—. Sí que ha pasado.

—Has perdido el tiempo viniendo hoy. Estoy demasiado ocupado y por ahora no necesito más pastillas, gracias —dijo Simon sin dejar de mover papeles.

—No le haga caso, doctor —añadió Margie sonriendo.

—Nunca le hago caso —respondió. Soltó la mano de Hunter y abrazó a Margie—. No sé lo que hubiéramos hecho sin tu esposa por aquí este año, Hunter.

—¿Ah, sí? —preguntó Hunter pausadamente.

—Así es —contestó Simon.

—Esta mujer es una maravilla —añadió el doctor—. Además de encargarse de que el cabezota de tu abuelo haga lo que tiene que hacer, nos ha ayudado a recaudar dinero para construir un nuevo quirófano anexo a la clínica. Por supuesto, nos dijo que tú también habías participado en la idea.

—¿Eso os ha dicho? —preguntó con la mirada clavada en Margie.

—Sí. Nos ha contado que después del ataque al corazón de Simon te querías asegurar de que la clínica estuviera dotada con todo el instrumental necesario para que los vecinos no se tengan que ir a otro

pueblo. Significa mucho para la gente que demuestres que Springville sigue siendo tu hogar.

—Me alegro de haber servido de ayuda.

—Simon siempre ha dicho que llegaría el día en que empezarías a mostrar más interés por el pueblo. Y por lo visto parece que llevaba razón. Así que quiero darte las gracias en persona y no sólo por la clínica, sino por todo lo que has hecho.

—¿Todo lo que he hecho? —preguntó Hunter cada vez más desconcertado.

—Doctor Harris —interrumpió Margie para desviar la conversación —. ¿No tenía más citas hoy?

—Es verdad, es verdad. Será mejor que me ponga a trabajar. Sólo quería decirte que todo el pueblo aprecia lo que estás haciendo, Hunter. Ha sido muy importante. Todo.

—¿Todo? ¿Qué es todo? —preguntó mirando a Margie.

—¿Tú no has venido aquí a mortificarme? —le preguntó Simon al médico—. ¿O te vas a pasar el día ahí de pie charlando con Hunter?

—Tienes razón. ¿Por qué no os vais a dar un paseo mientras examino a este refunfuñón? —preguntó el médico, y después le guiñó un ojo a Hunter—. Dios sabe que, si tuviera una esposa tan bonita a la que no hubiera visto en meses, me gustaría estar a solas con ella.

—Eso es justo lo que estaba pensando —contestó Hunter, y Margie inspiró profundamente. La verdad era que no deseaba estar a solas con él—. Vamos, cariño —añadió agarrando con fuerza el codo de ella—. Vamos a ponernos al día.

Sólo tuvo tiempo de girarse para mirar a Simon, quien levantó el pulgar y la miró enigmáticamente, antes de que Hunter la sacara del despacho.

Las piernas de Hunter eran tan largas que Margie casi tuvo que correr para seguir su paso. El cerró la puerta del estudio y la miró fijamente. Aunque fuera difícil de creer, sus ojos eran hielo y fuego al mismo tiempo.

—Tienes que explicarme algunas cosas, nena.

—Ya te he dicho que no me llames así —si había pensado que Margie se iba a replegar y a pedir clemencia, estaba muy equivocado. En el baño la había pillado por sorpresa y por eso no había sido más directa. Pero ya había tenido tiempo para pensar y para recuperar la confianza en sí misma. Ella no había hecho nada malo y Hunter Cabot no podía decir lo mismo.

Echó un vistazo al vestíbulo, con sus muebles solemnes, y recordó la primera vez que había entrado en aquella mansión con aspecto de castillo. Se había sentido realmente intimidada, sin embargo, había logrado que aquel caserón se convirtiera en su hogar. Había puesto alfombras orientales de color rojo sobre los suelos de madera y grandes

jarrones de cristal con arreglos florales por las esquinas.

El castillo era su hogar y no estaba dispuesta a que Hunter le arrebatara aquella sensación.

—No te debo nada —declaró en un tono calmado, lo que no fue sencillo. Una sonrisa se dibujó en los labios de él, sin embargo no parecía contento.

—Ese no es el enfoque adecuado.

—Y qué hay de éste: me estás haciendo daño —contestó mirando lo dedos de Hunter que seguían clavados en su brazo. Inmediatamente aquellos dedos dejaron de hacer presión, sin embargo no la soltó.

—Perdona —soltó un suspiro y miró a su alrededor. Tras asegurarse de que estaban solos, prosiguió hablando—: Pero creo que después de lo que Simon acaba de contarme, tú y yo tenemos que hablar.

—¿Simon te lo ha explicado todo?

Menos mal. Se suponía que aquella conversación debía haber tenido lugar antes de que Simon llegara. De haber sido así, todo hubiera resultado mucho más sencillo. Pero, si Simon ya le había contado todo, ¿qué quedaba por hablar?

—Sí, pero eso no quiere decir que me parezca bien, así que, empieza a hablar.

Margie se soltó y dio un paso atrás como medida de prevención.

—No sé por qué tengo que darte una explicación si Simon ya te lo ha contado todo.

—Pues a mí sí que se me ocurre una razón. De hecho se me ocurren cinco millones de razones —añadió.

—En serio, espero que no pienses que estoy haciendo esto por dinero.

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

—¿Por qué eres tan arrogante, sentencioso, hijo de…?

Hunter la miró fijamente, la agarró para acercarse a ella y de repente la besó. Fue un beso tan intenso que Margie casi se olvidó de respirar.

Una sensación increíble atravesó su cuerpo. Los latidos de su corazón se aceleraron y pudo sentir la sangre correr agitadamente por sus venas. Estaba tan confundida que, si le hubieran preguntado su nombre en aquel momento, no habría podido contestar.

En el momento en que los labios de Hunter la rozaron, el resto del mundo desapareció. Su lengua cálida abriéndose paso en la boca de Margie. La respiración entrecortada. La tensión de sus brazos al abrazarla. Lo único que pudo hacer fue abrazarlo con la misma intensidad.

Abrió los labios para corresponderle, ávida, respondiendo a la pasión que el cuerpo de Hunter desprendía. De repente no le importó que fuera molesto, cabezota y arrogante. Lo único que le importó era lo

que le estaba haciendo sentir. Nunca había reaccionado de aquella manera ante un simple beso. Pero es que no se trataba de un beso cualquiera.

Era un beso que contenía calor y fuego, lujuria y pasión y una energía que estaba amenazando con consumir a Margie.

Un beso que acabó tan pronto como había comenzado. En cuanto Hunter la soltó, ella se tambaleó levemente. Era lo mínimo después de aquel arrebato.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué? —balbuceó.

La comisura de los labios de Hunter se curvaron al contener una sonrisa y de repente miró por encima de Margie.

—¡Sophie!

Oh, el ama de llaves. Margie se sintió de repente avergonzada. Sin embargo Hunter le pasó un brazo por los hombros y se mantuvo a su lado mientras saludaba a la mujer.

—Estaba tan ocupado recuperando el tiempo perdido con mi esposa que no te he visto subir —añadió.

¿Cómo era capaz de bromear, de reírse y de hablar con coherencia después de lo que acababan de experimentar? Margie lo miró sin poder creer que se mostrara impasible tras aquel beso. ¿Acaso no había sentido lo mismo que ella?

—Oh, no se preocupe. Siempre es bonito ver a dos tortolitos enamorados. Me alegro mucho de que esté en casa. Y ahora, suban arriba y los esperaremos para la cena, ¿vale? La cocinera está preparando su plato favorito, señor Hunter —dijo el ama de llaves, y le dio un pequeño abrazo—. Todos estamos muy contentos de que esté en casa, ¿verdad, Margie?

Hunter la miró desafiante.

—¿Es así, nena? ¿Estás contenta de que esté en casa?

Margie todavía estaba alterada por el beso, pero no quería mostrarle cómo le había afectado. Sobre todo porque parecía que para él no había significado nada. Se obligó a mirarlo y forzó una sonrisa.

—«Contenta» no llega a describir lo que estoy sintiendo en estos momentos.

La cena fue interminable.

Simon estaba presidiendo la mesa como si fuese Navidad o algo así. Hunter estaba sentado frente a su «esposa», quien pasaba de ignorarlo a devorarlo con la mirada. No podía dejar de pensar que no debía haberla besado.

Maldición.

Desde que la había besado sólo podía pensar en volver a hacerlo. Pero no podía repetirse. No quería complicarse más en el plan que

había urdido su abuelo. Por lo que parecía, su esposa estaba dispuesta a seducirlo para convertir aquel matrimonio en real. Quizás ése fuera el gran plan de Margie.

¿Pero cómo iba a ser su plan si había sido Hunter quien la había besado? Apretó los dientes y trató de ignorar a la mujer que estaba frente a él. Trató de olvidar la calidez de sus labios. Pero fue inútil. Llevaba horas intentando olvidar la chispa eléctrica que había desatado un fuego intenso en su interior.

Dios, si Sophie no hubiera aparecido, Hunter se hubiera visto tentado a colocar a Margie contra la pared y…

No debía seguir pensando en aquella dirección.

El cuerpo de Hunter aún estaba tenso y ansioso, su mente, obsesionada con aquella mujer. Cuando la había abrazado había sentido que eran dos piezas que encajaban a la perfección. La presión del cuerpo de Margie contra el suyo le había afectado de tal manera durante toda la mañana, que aún estaba excitado.

No obstante, no pertenecía al tipo de chicas que normalmente atraía a Hunter. Un motivo más para no comprender por qué tenía tal necesidad de volver a sentir su piel, de volver a besarla cuando en realidad debía estar pensando en cómo deshacerse de ella. Al fin y al cabo, se había colado en su casa.

Sin embargo…

Maldita fuera. La miró una vez más. Llevaba puesto un vestido de color azul de manga corta con cuello alto. Hunter se imaginó desabrochándole el vestido, tumbándola sobre la colcha que cubría su cama, besando cada milímetro de su piel. Se imaginó dentro de ella y…

Y si no lograba apartarla de sus pensamientos, no iba a conseguir levantarse de aquella mesa sin que todo el mundo se diera cuenta de lo mucho que la deseaba.

Se forzó por recuperar el control de su cuerpo. Observó de nuevo a la pelirroja que tenía enfrente para no quedarse en la mera apariencia. Tenía el aspecto de ser una mujer joven haciéndole un favor a un anciano, sin embargo, Hunter sabía muy bien que era una excelente actriz. Si estaba engatusándolo a él, qué no habría conseguido con Simon.

Margie y Hunter no se había vuelto a encontrar después de la «charla» de aquella mañana. Después de que la hubiese besado. Él no había querido exponerse a estar otra vez a solas con Margie. Había preferido salir a dar un paseo en uno de los caballos de Simon aunque no había dejado de pensar en ella.

—¿Más vino, Hunter? —le preguntó su abuelo.

—Sí, gracias.

Mientras le servían pensó que no había suficiente alcohol en el mundo para calmar el deseo salvaje que le había asaltado. ¿Por qué

Margie? ¿Por qué esa mujer bajita, peleona y mentirosa? Hunter acababa de terminar su relación con Gretchen, una modelo alta y esbelta que tenía la cara de un ángel. Y sin embargo, no le había llegado tan dentro como aquella pelirroja con un simple beso.

Apretó los dientes y se sirvió un poco más de carne asada, su plato favorito. La cena había sido preparada en su honor. Hunter había estado deseando regresar a casa. Unos días libres para descansar y no preocuparse por nada. Pero nada más lejos de la realidad. Cada vez que se cruzaba con alguien del servicio en cualquier lugar de la casa, le guiñaban un ojo o había extrañas risitas.

Le molestaba que el servicio le tratara de aquella forma. Le irritaba estar junto a su esposa y no poder ni tocarla. Aquello era más parecido al infierno que a un permiso de descanso.

En la última misión en la que había estado, Hunter se había quedado solo, herido y se había tenido que abrir camino en territorio enemigo. Se había pasado ocho días así, luchando por mantenerse con vida. Pero comparado con lo que le estaba sucediendo en aquel momento, la misión le parecía un fin de semana en Disneylandia.

—Hay un baile a finales de semana —anunció Simon—. Para celebrar el nuevo anexo de la clínica.

—Muy bien —replicó Hunter. ¡Cómo si a él le importara el dichoso baile!

—Ahora que estás aquí, llevarás a Margie y ambos representaréis a la familia.

—¿Qué? —preguntó desconcertado, y por el rabillo del ojo miró a Margie y se dio cuenta de que estaba tan sorprendida como él.

—Que acompañarás a tu esposa al baile. Es lo que la gente espera. Después de todo habéis sido vosotros dos los que habéis hecho posible la construcción.

—Yo no he tenido nada que ver —le recordó Hunter. Su abuelo lo miró fijamente.

—Mientras la gente en el pueblo esté convencida de lo contrario, será como ellos dicen.

—No tiene por qué acompañarme —intervino Margie. Parecía reticente a pasar más tiempo del necesario con Hunter. ¿Pero por qué de repente se estaba sintiendo molesto?—. Le diré a todo el mundo que aún le duele la herida de bala.

Hunter frunció el ceño. No tenía ganas de ir al maldito baile, pero tampoco le apetecía en absoluto que se inventaran excusas para justificar su ausencia. Sobre todo si quien las inventaba era Margie.

—Se te da muy bien mentir, ¿no? —le soltó. Margie se volvió y lo miró detenidamente. Sonrió con desdén.

—Pues la verdad es que desde que me tuve que inventar un motivo para justificar que no te dignaras a venir a ver a tu abuelo, sí, he

aprendido a mentir. Gracias por apreciarlo.

—Nadie te lo pidió.

—¿Quién hubiera respondido a la gente si no?

—No había razón para mentir —añadió Hunter soltando el tenedor —. Todo el mundo en el pueblo sabe cuál es mi trabajo.

Margie también dejó el tenedor a un lado. Calmadamente. Sin apresurarse, lo cual irritó a Hunter todavía más.

—Y todo el mundo en el pueblo sabe que podrías haber pedido un permiso por asuntos familiares, ¿no es así como lo llamáis en el ejército?

—Ni siquiera estaba en el país —le contestó apretando los dientes.

Margie no contestó, sólo lo miró fijamente, pero Hunter supo exactamente lo que estaba pensando. Era cierto que había estado fuera del país cuando a Simon le había dado el ataque, pero cuando había regresado podía haber ido a visitar a su anciano abuelo. Sin embargo, se había conformado con una llamada de teléfono para interesarse por la salud de Simon.

Si Hunter hubiera hecho el esfuerzo, habría llegado a tiempo de disuadir a su abuelo de aquel absurdo plan del matrimonio y no hubiera estado metido en ese lío.

—Bien. Has ganado esta vez. Te llevaré al maldito baile —reconoció mirando fijamente a Margie.

—No quiero que… —comenzó a responder ella, pero Simon la interrumpió.

—Excelente —dijo brindando con su nieto.

—No puedes beber, Simon —añadió Margie, y después suspiró.

—¿Qué sentido tiene vivir eternamente si no puedes tomarte una copa de vino en la comida como cualquier hombre decente?

—El agua es decente —añadió ella. Parecía que había olvidado la guerra abierta contra Hunter para centrarse en el anciano quejica que presidía la mesa.

—Son los perros los que beben agua —insistió Simon.

—Y tú también.

—Ahora.

—Simon, ya sabes lo que ha dicho el doctor Harris. Ni vino ni tabaco.

—Malditos médicos, dirigiendo la vida de uno y encima dicen que es por mi bien. Y tú —dijo mirando mal a Margie—, se supones que estás de mi lado.

—Estoy de tu lado, Simon. Quiero que vivas muchos años más.

—Sin divertirme en absoluto, ¿no?

Hunter contempló la discusión y sintió una extraña envidia. Era evidente que habían tenido la discusión mil veces. Estaban muy unidos. Formaban un equipo, eso era innegable.

Él era el extraño en aquella mesa. No pertenecía a aquella escena, a pesar de estar en la casa en la que había crecido junto a su abuelo. Aquella mujer… la «esposa» de Hunter, lo había borrado de la foto.

¿O quizás fuera él mismo el responsable de estar fuera?

Había sido un día horroroso. Necesitaba un poco de paz y tranquilidad.

—¿Sabéis una cosa? Estoy destrozado. Creo que me voy a la cama —dijo interrumpiendo la discusión de las dos personas que lo estaban ignorando por completo.

—Buena idea —contestó Simon fijando su atención en Hunter—. ¿Por qué no os subís los dos a vuestra habitación y descansáis?

Silencio.

Pasaron varios segundos hasta que uno de los dos consiguió abrir la boca.

—¿Nuestra habitación? —balbuceó Margie.

Hunter miró a su abuelo.

Simon sonrió.

Capítulo Cuatro

—Yo no voy a dormir en el suelo —le anunció Hunter a Margie.

—Bueno —contestó ella desde dentro del vestidor—. Pues tampoco vas a dormir conmigo.

Dios santo, ¿cómo iba a compartir cama con el hombre que la había besado hasta hacerla perder el sentido aquella misma mañana? Si la besaba de nuevo, Margie corría el peligro de ceder a los sentimientos que la estaban asediando y entonces, ¿qué sería de ella?

—No te hagas ilusiones, nena. No quiero tu cuerpo, sino el colchón. Te aseguro que no voy a dormir en el suelo de mi propia habitación.

Margie frunció el ceño. Por lo visto no tenía por qué preocuparse ya que Hunter no había sentido nada parecido al terremoto que la había sacudido a ella cuando la había besado. ¿Se sentía insultada o afortunada?

—Bien, yo dormiré en el suelo —dijo finalmente.

—Como gustes —replicó él.

—¡Serás capaz! ¿Me vas a dejar dormir en el suelo en vez de dormir tú como haría un caballero?

—Nunca he dicho que fuera un caballero —replicó.

—Bien, pues yo no voy a dormir en el suelo —afirmó. Aquélla era su habitación. Llevaba un año siendo su habitación. ¿Por qué iba a ser ella quien durmiera incómoda? Además, como Hunter no estaba interesado sexualmente en ella, estaría perfectamente a salvo.

—Como quieras.

—Pero no intentes hacer nada —le advirtió. Una advertencia que debía hacerse a sí misma también.

Hunter soltó una carcajada.

—No te preocupes, ya te he dicho que estás completamente a salvo.

Asqueroso. Con qué facilidad la despreciaba. Evidentemente el beso que le había dado no había significado nada para él. ¿Cómo le iba a haber impresionado si los hombres nunca se habían interesado por Margie?

Era demasiado bajita y… con demasiadas curvas. Probablemente a Hunter le gustaran las mujeres altas y esbeltas que soñaran con un bombón como él para una aventura. Su mujer ideal nunca se hubiera fijado en un hombre normal y corriente porque ni siquiera los vería por la calle. Su mujer ideal no llevaría camisetas de algodón sino tejidos de seda. Sería como un maniquí, sin michelines, ni curvas ni arrugas. Su mujer ideal no tendría por qué casarse con un hombre representado por su abuelo, fundamentalmente porque los hombres harían cola en la puerta de su casa para casarse con ella. Su mujer ideal no se derretiría con un simple beso.

—Oh, Dios, ¿cómo me habré metido en este lío? —murmuró aún dentro del vestidor.

Estar casada con Hunter mientras había estado fuera había sido muy sencillo. Perfecto. Se lo había imaginado como un marido perfecto. Sensato y cariñoso. ¿Cómo iba a imaginar que el hombre real estaba a años luz del inventado?

Salió del vestidor y se encontró con que Hunter ya estaba parapetado dentro de la cama. En el lado de Margie.

—Muévete —le ordenó con la mano.

—Es una cama enorme. Hay sido suficiente para los dos —le recordó él.

No había cama lo suficientemente grande en el país como para que Margie pudiera compartirla cómodamente con Hunter. Sin embargo, no estaba dispuesta a demostrarle que aquella situación le resultaba incómoda. Le iba a costar conciliar el sueño, además iba a tener que dormir en el otro lado de la cama.

—Estás en mi lado.

Hunter miró a su alrededor y se encogió de hombros. No llevaba camiseta y era realmente fuerte.

—Ya que soy el único que está metido la cama, me parece que éste es mi lado —replicó con una expresión divertida en los ojos. Su pecho desnudo brillaba como el oro bajo la luz tenue de la lámpara de noche. Se incorporó y la colcha le cubrió sólo de cintura para abajo.

Margie tragó saliva sin dejar de apreciar aquel torso. Un vello suave y oscuro le cubría el pecho y descendía en una fina tira por el abdomen perdiéndose debajo de la colcha.

Estaba desnudo.

Oh, Dios. Margie no iba a pegar ojo en toda la noche. Sintió un nudo en el estómago y se le secó la boca.

—¿No tienes un pijama? —preguntó nerviosa.

Hunter sonrió y se le dibujó un hoyuelo encantador en el carrillo izquierdo. ¿Por qué tenía que tener un hoyuelo?

—No. No tengo —dijo atravesándola con la mirada, traspasando el camisón de manga larga de algodón de Margie. Le llegaba por la rodilla y estaba decorado con florecillas azules. Después la miró a los ojos—. No tienes algo menos…

Margie sintió la desaprobación en su tono de voz. Se puso con los brazos enjarras en una actitud desafiante esperando a que terminara la frase.

—¿Menos qué?

—¿Menos propio de *La casa de la pradera*?

Margie acarició el agradable camisón. ¿Acaso no estaba guapa? La verdad era que Hunter no había podido ser más explícito para decir que no le atraía en absoluto.

—No hay ningún problema con mi camisón. Es muy mono.

—Si tú lo dices —repuso él alzando una ceja.

—Y muy cómodo.

—De acuerdo.

Margie soltó un suspiro. Se terminó de abrochar todos los botones del camisón, que era perfecto. Después volvió a mirar a Hunter. Era evidente que estaba acostumbrado a irse a la cama con mujeres que o bien dormían desnudas, o llevaban camisones de encaje y seda.

—¿Te vas a mover o no?

—No.

—Eres el tipo más insensato y arrogante…

Hunter cerró los ojos aposta.

—Ya he vivido esto. ¿Por qué no posponemos el intercambio de insultos hasta mañana por la mañana?

—Vale.

—De acuerdo. Ahora métete en la cama y duérmete.

Maldiciendo, Margie dio la vuelta a la cama para meterse en el lado equivocado. A Hunter le daba lo mismo dormir con ella. Acababa de cerrar los ojos para mostrarle su desprecio. No podía haber sido más claro a la hora de mostrar su desinterés. Entonces, ¿por qué estaba ella nerviosa y temblando? No era justo.

Hunter había tirado todos los almohadones al suelo y ella tuvo que apartarlos para poder acceder a la cama. Antes de que se metiera, Hunter le abrió la colcha. En aquel movimiento le ofreció otra vista de su deliciosa piel morena, a pesar de que seguía cubierto estratégicamente.

De repente se fijó en la venda blanca que tenía en el costado izquierdo, justo sobre la cadera. Con tanta discusión, se le había olvidado que tenía una herida reciente. Margie se sintió mal por haberse metido tanto con él en las condiciones en las que estaba.

—¿Estás…? —se detuvo y soltó un suspiro. Lo miró a los ojos—. ¿Está bien la herida? Quiero decir, ¿estás bien?

—Me emociona que te preocupes por mí —repuso irónicamente—. Sí estoy bien, aunque todavía no completamente recuperado para aventuras de una noche. Así que, como ya te he dicho antes, estás a salvo —volvió a mirar el camisón de Margie y negó con la cabeza—. Aunque, si no estuviera herido, te tengo que decir que ese camisón es el mayor repelente que te puedes poner contra un hombre.

Inmediatamente Margie se arrepintió de haberse preocupado por él. Era un tipo insultante, vasto y arrogante. Ojalá que le doliera la herida como el primer día. Y si en algún momento volvía a sentir aquel absurdo cosquilleo al mirarlo, lo negaría hasta que desapareciera.

—Eres…

—Los insultos por la mañana, ¿recuerdas? —le dijo interrumpiéndola.

—Vale —dijo tragándose la ristra de insultos que tenía preparada.

Era un hombre irritante, pero terriblemente atractivo. Recogió algunas de las almohadas que él había tirado con desdén.

—¿Qué estás haciendo ahora?

Margie ni lo miró. Prosiguió recogiendo almohadones y apilándolos en línea en el centro de la cama. Cuando estuvieron todos colocados, sonrió.

—Estoy construyendo una pared entre nosotros. Como bien has señalado, es una cama enorme. Hay sitio de sobra para los dos y para una pared.

—No necesitas una pared, nena, ya tienes tu camisón.

—Quizás seas tú quien la necesite —respondió metiéndose en la cama y cubriéndose hasta la barbilla.

—¿Sí? —preguntó antes de apagar la luz y dejar la estancia a oscuras—. ¿Tienes miedo de violarme en sueños?

Margie cerró los ojos y se giró para darle la espalda.

—Tengo miedo de asesinarte. Que duermas mal.

La mañana siguiente, cuando Hunter salió de la ducha, Margie estaba dentro del vestidor. Revolvió en su macuto y sacó unos vaqueros desgastados y una camiseta azul de la Marina.

—Tengo que ir al pueblo para revisar algunos detalles de la cena del baile —gritó ella desde lo que se había convertido en su vestidor privado.

—Deja que lo adivine, ¿a que también te encargas tú de la cena?

Por lo que había visto hasta aquel momento, Margie «Cabot» se había inmiscuido en todos los asuntos públicos del pueblo. ¿Cuál sería su plan? ¿Por qué se estaría molestando en implicarse en los asuntos de Springville si sólo se había casado con él por los cinco millones de dólares que Simon le había prometido?

Tenía aún más preguntas sobre Margie que el día anterior. Y la primera de todas era por qué demonios se sentía tan atraído por una mujer que, en circunstancias normales, le habría pasado desapercibida.

—¿Por qué te cuesta tanto entender que a algunas personas simplemente nos gusta sentirnos parte de la comunidad en la que vivimos?

—Es que no comprendo tus razones —replicó mirando hacia la puerta entreabierta del vestidor. Intentó no pensar en lo que Margie estaba haciendo allí dentro, sin embargo imágenes de su cuerpo desnudo y mojado volvieron a invadir la mente de Hunter. Además aún recordaba el beso, la suavidad y la pasión con la que Margie lo había recibido.

El cuerpo de Hunter se endureció como una piedra ante aquel recuerdo. Soltó un gemido y se ajustó los pantalones, aunque no sirvió de mucho. Maldita fuera, lo que necesitaba era una mujer, no una esposa. Habían pasado dos largos meses desde la última vez que había

estado con una mujer, pero en aquel momento parecía que habían pasado dos años.

Menos mal que aquella mañana se había despertado temprano porque el muro que Margie había construido se había caído a media noche. Hunter se había sorprendido al descubrir que instintivamente, mientras había estado dormido, había buscado a Margie y la había abrazado. Afortunadamente, ella había estado dormida aún cuando él se había despertado. Hunter se había separado de ella apresuradamente y había vuelto a construir la estúpida pared.

—¿Por qué no voy a contribuir si puedo hacerlo? —preguntó saliendo del vestidor y mirándolo a los ojos.

Hunter le mantuvo la mirada durante un buen rato. La luz de la mañana entraba por las cortinas de encaje iluminando a su radiante esposa. Llevaba puesto un traje negro sin ninguna forma, parecía un saco. La blusa blanca de debajo de la chaqueta estaba abrochada hasta el último botón. Pero a pesar de todo, Hunter sintió una oleada de calor y de peligro. Ni siquiera la espléndida Gretchen le había provocado reacciones tan intensas.

Se sintió irritado porque su cuerpo le estuviera traicionando cada vez que admiraba a Margie.

—¿No serás en realidad una monja? —le soltó.

—¿Qué? —replicó confundida.

Hunter caminó alrededor de ella sin dejar de observarla.

—Primero el camisón. Y ahora esta cosa.

Margie cruzó los brazos bajo los pechos. Hunter los miró fijamente y recordó los pezones turgentes y húmedos que llevaban obsesionándolo desde que la había sorprendido en la ducha.

—No hay nada de malo en este traje —respondió ella.

Lo único malo era que escondía un maravilloso cuerpo. Sin embargo, si Hunter hubiera sido capaz de recuperar el sentido común, hubiese estado agradecido en vez de molesto.

—Nada que una hoguera no pudiera arreglar.

Margie inspiró profundamente y Hunter se volvió a fijar en sus pechos. Ella se dio cuenta y bajó los brazos. Instantáneamente el saco volvió a esconder los encantos de aquel cuerpo.

—Ahora en serio, ¿por qué escondes ese cuerpo?

—¿Perdona? —preguntó ruborizándose. Hunter se sintió conmovido a pesar de todo. Hacía mucho tiempo que no conocía a una mujer que se ruborizara.

Llevó su dedo hasta la barbilla de Margie y le alzó el rostro. Le fascinaban sus ojos aunque sabía que no debía emocionarse. ¿Acaso no bastaba el hecho de que ese mes fuera a estar casado? ¿No bastaba que estuviera excitado constantemente y que la deseara? ¿Acaso ella no estaba sintiéndose igual?

—Se te ha olvidado, nena, pero yo he visto el cuerpo que tienes. He visto que tiene curvas y valles y grandes… —sonrió— colinas.

Margie se separó de él. Hunter se frotó los dedos como si aún pudiera retener su esencia.

—¿Por qué lo escondes? —añadió él.

—No estoy escondiendo nada —dijo atravesando la habitación hasta el tocador. Una vez allí agarró un peine y se lo pasó por la cabellera rizada—. Me da igual saber que debería perder unos kilos.

Mujeres. Nunca estaban contentas con su cuerpo. Incluso Gretchen estaba constantemente a dieta. Al recordarla se dio cuenta de lo escuálida que estaba, ¿cómo no se había cortado con sus afilados huesos al abrazarla? Sin embargo, el sexo con Margie seguro que era una experiencia inolvidable. Aquellas curvas. Una piel tan suave que recorrer y explorar…

Hunter se estremeció al darse cuenta de que su cuerpo se estaba volviendo a excitar. Estaba realmente incómodo. Se acercó hasta el tocador y apoyó las manos en él. Estaba tan cerca de Margie que su barbilla casi rozaba la cabeza de ella. Encontró su mirada en el espejo.

—¿No te das cuenta de que esconderse sólo sirve para que un hombre se pregunte qué hay debajo de tanta tela?

La vio tragar saliva en el espejo.

—Como acabas de recordarme, tú ya sabes lo que hay debajo.

Hunter sonrió al darse cuenta de que ella estaba colorada. ¿Una mentirosa o una ladrona podía sonrojarse así?

—Y ese cuerpo se merece algo mejor —añadió Hunter.

—Gracias por tu opinión —dijo, y se escabulló bajo los brazos de él. Después agarró el bolso y se detuvo en la puerta—. Me tengo que ir, supongo que te veré después.

—Voy contigo —contestó Hunter de repente.

—¿Qué? ¿Por qué?

Hunter no tenía una respuesta clara. Lo único que sabía era que no estaba listo para separarse tan pronto de ella. De alguna manera, con aquel traje de saco le pareció una criatura vulnerable. Hunter sintió un repentino deseo de protegerla, aunque fuera totalmente ilógico. Margie no necesitaba su protección, lo que necesitaba era que la echara de la mansión. Eso era lo que pensaba hacer antes de marcharse. Sin embargo, en aquel momento era su esposa, quisiera Hunter o no, y más les valía a ambos hacerse a la idea.

—Había pensado en acercarme hoy al pueblo a visitar a algunos viejos amigos —anunció.

—Oh.

—Pero acabo de cambiar de opinión. Creo que vamos a ir mejor a la ciudad —dijo tras observar de nuevo el traje de Margie.

—¿A San Francisco?

—Eso es —dijo sentándose en el borde de la cama. Se puso las botas y se volvió a poner de pie.

—¿Por qué? —preguntó Margie desconcertada.

—Para comprarte ropa nueva.

—No necesito ropa nueva.

—Mira, ya estamos discutiendo otra vez. Tú ganaste la partida de anoche, pero ésta la voy a ganar yo.

—Hunter… —se detuvo y frunció el ceño. Era como si pronunciar su nombre le resultara extraño—. No hay ningún motivo para comprarme ropa. La que tengo está perfectamente.

—Ahí es donde te equivocas —contestó acercándose a ella. De nuevo le alzó la barbilla y le sonrió. Sus ojos verdes reflejaban enfado y sospecha—. Mira, nena, eres mi mujer. Y mi mujer no puede estar anticuada.

Margie parpadeó.

—¿Anticuada? Este traje no está anticuado. Es un traje de chaqueta.

—Si tú lo dices —añadió agarrándola del brazo y guiándola hacia la puerta. La parte racional de Hunter se preguntaba por qué demonios le importaba cómo fuera vestida, sin embargo no quiso prestar atención. Quería verla vestida con ropa que la favoreciera y que mostrara no sólo su cuerpo, sino su personalidad.

«¿Qué personalidad?», se preguntó mientras se perdía en aquellos ojos verdes. ¿La de una mentirosa? ¿La de una tramposa? ¿O quizás fuera lo que defendía ser, una mujer haciéndole un favor a un anciano?

—No quiero ir de compras.

Hunter se paró en seco y la miró sonriendo.

—Creo que es la primera vez en mi vida que oigo a una mujer pronunciar esa frase.

—No trates de ser encantador para convencerme.

—¿Crees que estoy utilizando mis encantos? Anoche me amenazaste con asesinarme mientras dormía.

—No te he dicho que estés usando tus encantos. He dicho que no intentes ser encantador, que no lo consigues.

—Ah, ésta es la esposa que conozco y detesto —soltó Hunter sin poder controlarse. Se arrepintió al instante de lo que había dicho.

Margie se soltó y lo miró furiosa.

—Ya sé que no te gusto, pero no tienes por qué ser cruel conmigo.

Hunter la miró fijamente y vio algo más que rabia en su mirada. La había hecho daño y se sintió fatal. Había estado tan pendiente de sí mismo, en aquel estado constante de excitación del que culpaba exclusivamente a Margie, que no se había dado cuenta de que ella estaba tan atrapada como él en aquella pantomima.

La construcción de un muro de almohadones la noche anterior no había sido un acto propio de una ladrona profesional. Margie se había

comportado más como una vestal tratando de proteger su virginidad ante la amenaza de hordas de saqueadores. ¿Qué demonios estaba pasando en realidad? ¿Quién era en realidad aquella mujer?

Lo mejor sería darle espacio y no atacarla para ver cómo reaccionaba. Hunter era paciente. Dios, su entrenamiento, su trabajo, su vida exigían paciencia. Iba a dejar los ataques verbales y a observar cómo reaccionaba ella.

—Tienes razón —reconoció finalmente. Se sintió complacido al ver que la expresión del rostro de Margie era de sorpresa ante sus palabras —. Lo siento.

Lo miró unos instantes, como si estuviera tratando de discernir si lo había dicho en serio o no. Finalmente asintió.

—Vale. Esta es una situación extraña. Para los dos —dijo Margie.

—Es justo lo que estaba pensando —repuso Hunter. Interesante. Si era un poco más amable, Margie se mostraba menos irritable.

—Entonces, ¿tregua?

—Quizás —contestó pensativo—. Te lo confirmo cuando terminemos las compras.

—Hunter…

Él negó con la cabeza. No iba a ceder en ese punto.

—Mi esposa no se viste así. No voy a dejar que la gente del pueblo se pregunte por qué no te he comprado ropa nueva. ¿Quieres interpretar el papel de la señora Cabot? Lo vas a hacer, pero mucho mejor vestida.

Margie alzó la barbilla y lo miró fijamente. Sin embargo no dijo nada.

—Muy bien. Esta vez voy a ganar yo —añadió Hunter.

Margie sintió el contacto de la mano de Hunter sobre la espalda y fue como un latigazo eléctrico. Sus nervios se encendieron de forma incontrolable, aun así siguió caminando y hablando para disimular.

La calle principal del pueblo se estaba despertando después de un invierno que había sido frío y gris. Había llegado la primavera y el sol brillaba en el cielo azul. Corría una brisa fresca y los maceteros llenos de flores espléndidas adornaban las aceras mientras los vecinos charlaban en corrillos.

A Margie le encantaba aquel pueblo. Le había gustado desde que había llegado dos años atrás. Era uno de esos pueblos de postal que representaban el estilo de vida norteamericano. Una bandera ondeaba en el centro de la plaza principal, las madres paseaban con sus carritos y se sentaban en los bancos, los niños sonrientes jugueteaban en la hierba y el aroma del pan, que salía de la panadería, flotaba en la plaza.

Para Margie, después de haber crecido en Los Angeles, donde no había sido más que un rostro anónimo en medio de la multitud, llegar a Springville había sido como encontrarse con un viejo amigo. Sentía que pertenecía a aquel lugar. Había encajado. O al menos así había sido hasta aquel momento.

Miró al hombre que caminaba a su lado. Margie sabía que no iba a ser capaz de quedarse en Springville después de aquel mes con Hunter. Iba a tener que abandonar el pueblo, aquellos vecinos, incluso a Simon, el abuelo al que había llegado a querer. No sería posible quedarse allí después del divorcio. No iba a ser capaz de soportar las miradas de lástima de sus amigos. No iba a ser capaz tampoco de responder a las preguntas que le harían.

Pero sobre todo, no iba a ser capaz de quedarse en el lugar en el que sus fantasías habían muerto.

—Aun así te digo que deberíamos haber ido a la ciudad —murmuró Hunter mientras saludaba con la mano a un vecino.

Margie negó con la cabeza. Finalmente había accedido a ir de compras, pero en el pueblo.

—Eres un Cabot —explicó por tercera vez—. Debes apoyar los comercios locales.

—Hablas como si fuera el rey del pueblo o algo así. ¿Qué tiene que ver ser un Cabot con comprar donde quiera? —preguntó en voz baja. Margie le oyó perfectamente. Dios, en sólo veinticuatro horas se había acostumbrado a su tono grave y profundo. En qué lío se había metido.

—Tu familia construyó este pueblo. Las oficinas centrales de tus negocios están aquí. Empleas a la mitad de la población de Springville.

—Yo no. Simon —insistió.

—Los Cabot —le recordó.

—Bueno, en lo que a mí…

—¡Hunter! —exclamó para que se callara porque se les estaba acercando una pareja.

—¿Qué pasa ahora? —murmuró, y se detuvo. La rodeó con un brazo.

Desde que habían salido de casa les habían parado varias veces para dar la bienvenida a Hunter.

Era extraño, pero Margie se sentía cómoda en los brazos de él. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía desear al hombre que le iba a arruinar la vida?

Una pareja joven, James y Annie Drake, que iban dados de la mano se acercaron a ellos para saludarlos.

—Hola, Margie. Hunter, me alegro mucho de verte de vuelta —dijo el hombre moreno. Llevaba unas gafas gruesas y tenía una amplia sonrisa.

—Estoy muy contento de haber vuelto a casa, James.

Lo dijo de tal manera que sonó convincente, aunque Margie sabía que no era cierto. No quería estar allí.

—Annie, me alegro de verte a ti también. ¿Cómo están los niños? —añadió Hunter.

—Están bien —repuso la mujer rubia—. Sólo le tienes que preguntar a tu mujer. Me ayudó a cuidarlos durante la última reunión de vecinos.

—No me importó —contestó Margie recordando a los dos gemelos de tres años que eran como un torbellino.

—¿La ayudaste? —preguntó Hunter.

—No sé lo que sería este pueblo sin ella. Nos está ayudando tanto a todos. ¡Tiene ideas maravillosas! —prosiguió Annie.

Margie sonrió a su amiga, pero estaba deseando que se callara porque Hunter cada vez la estaba abrazando más fuerte.

—Te creo. Esta mujer es una caja de sorpresas —comentó Hunter.

—Desde luego. Margie es una maravilla —dijo James.

—Eso dice todo el mundo —añadió Hunter abrazándola aún más fuerte. Margie se apoyó en él en un gesto excesivamente romántico. La consecuencia fue un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

—Bueno, sabemos que estáis muy ocupados —dijo James—. Os hemos visto y nos hemos querido parar para daros las gracias personalmente por todo lo que estáis haciendo por el pueblo. Los vecinos realmente lo aprecian.

—Sí, pero… —comenzó a decir Hunter. ¿Acaso iba declarar delante de aquella gente que él no había tenido nada que ver? ¿Iba a decirles que Margie se había inventado su colaboración?

—Solamente la guardería en la oficina central de Cabot ha sido una bendición —interrumpió Annie llevándose la mano al corazón—. Margie nos dijo que para ti era muy importante que las madres que tenían que trabajar pudieran dejar a sus hijos en un lugar seguro. Al estar en el mismo edificio, podemos trabajar y tener a nuestros hijos cerca.

—¿Eso os dijo? —preguntó Hunter mirando a Margie, quien no quiso devolverle la mirada para no sentir su desaprobación.

Los ojos de Annie se humedecieron.

—Dios, qué boba, mira que ponerme así. Es que ha significado mucho para nosotros, Hunter. Quiero decir que yo, por ejemplo, necesito trabajar, pero me es mucho más fácil si sé que mis hijos están tan cerca.

—Bien —murmuró él—. Eso está muy bien, Annie, pero la cuestión es que…

—Ves, cariño —le interrumpió Margie rápidamente—. Ya te dije que la gente está muy contenta con que hayas demostrado tu interés por el pueblo —no estaba dispuesta a que lo echara todo por tierra.

—En eso tienes razón. El nuevo campo de fútbol, las flores de la calle principal… Bueno, son muestras de que los Cabot todavía están vinculados al pueblo que construyeron.

—Y Hunter está feliz de hacerlo —dijo Margie sonriendo y apoyándose aún más en su esposo.

—Queríamos darte las gracias personalmente —insistió James—. Y ahora tenemos que irnos. La madre de Annie está cuidando de los dos monstruos y probablemente ya esté agotada. Me alegro mucho de verte, Hunter.

—Gracias —dijo paralizado sin soltar a Margie mientras veían marchar a la pareja.

—Bueno. Será mejor que nos acerquemos a la tienda de Carla —propuso ella suavemente.

—Un minuto. Primero quiero que me expliques algunas cosas —respondió apretándola contra su cuerpo.

—¿Qué? —preguntó mirándolo a los ojos con cierta timidez.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó con una expresión indescifrable—. ¿Por qué le has hecho creer a todo el mundo que ha sido idea mía mejorar el pueblo? ¿Por qué no has hecho lo que te diera la gana sin meterme a mí en medio?

—Porque soy tu esposa, Hunter. Y sin ti, las decisiones no tenía sentido.

—Pero yo nunca he pedido esto —dijo mirándola con frialdad—. Yo no quería… no quiero ser responsable de nada en este pueblo.

Margie negó con la cabeza. Sabía que, aunque Hunter no lo reconociera, amaba aquel lugar. Lo había visto con sus propios ojos durante aquel paseo. Lo había notado en la manera en la que había saludado a sus viejos amigos y en la forma en la que había reaccionado al agradecimiento de los Drake.

—No te das cuenta, Hunter —dijo suavemente acariciándole la mejilla. Era la primera vez que lo tocaba voluntariamente—. No tiene que ver con lo que tú quieras. Tiene que ver con lo que ellos necesitan. La gente de Springville necesita sentir que son importantes para los Cabot. Y te guste o no, tú eres un Cabot.

Capítulo Cinco

—Eso es una tontería —dijo Simon—. No hay motivo para que te vayas y no voy a aceptar tu renuncia.

Margie suspiró. Se había imaginado que le iba a resultar difícil comunicarle a Simon la decisión de que se marcharía cuando aquel mes terminara. Pero después de haber pasado la mañana con Hunter por el pueblo había sido más que consciente de que no podría quedarse allí una vez que el «matrimonio» terminara. ¿Cómo iba a quedarse?

Cuando Hunter se marchara, todo serían caras de pena y preguntas sobre qué habría fallado en aquel maravilloso matrimonio. Margie no quería ni imaginárselo. Aquel lugar había sido un refugio para ella. Había hecho amigos y había tenido un sentimiento de pertenencia que nunca antes había experimentado. Y no quería que nada cambiara. Así que para protegerse a sí misma y a los recuerdos de aquel año, no le quedaba más remedio que marcharse.

—Tienes que aceptarla, Simon. Me voy a marchar cuando acabe el mes. Tengo que hacerlo —contestó tristemente.

—No, no te vas a marchar. Hunter no es un idiota y lo sabes. Va a abrir los ojos. Se va a dar cuenta de quién eres. Todo va a salir bien, ya verás.

En parte Margie quería confiar en las palabras de Simon, pero no podía. Su sentido común no se lo permitía. Ella y Hunter no habían tenido un encuentro armonioso precisamente.

—Simon, él piensa que soy una cazafortunas.

El anciano soltó una risotada.

—Pronto se va a dar cuenta de que no es verdad. Le dije que te tuve que obligar a aceptar el dinero.

—Ya —contestó pestañeando. Margie nunca había querido ese dinero, sin embargo lo había aceptado ante la insistencia de Simon. Lo único que había deseado era un trabajo honrado del que poder vivir.

No se había casado con Hunter por el dinero. Lo había hecho por Simon. Y también había aceptado porque le había agradado la idea de estar casada. Había querido ser deseada.

Qué estúpida. Realmente estúpida.

Debía haberse dado cuenta de que estaba cometiendo un grave error.

—No te preocupes por mi nieto, ¿me escuchas? —replicó Simon poniéndose en pie. Se acercó a ella, la tomó del brazo y caminaron juntos hacia la puerta—. Conozco a Hunter desde que nació y estoy seguro de que va a hacer lo correcto.

—Lo correcto para él es meterme entre rejas —replicó Margie. Simon soltó una carcajada y le acarició el brazo.

—Confía en mí, Margie. Todo va a salir bien.

—Simon…

—No me digas ni una palabra más ahora —le interrumpió alzando la mano—. Sólo sé tú misma y deja que yo me ocupe de Hunter — añadió antes de cerrar la puerta del despacho y dejar a Margie.

Se quedó pensativa. ¿Habría prestado atención a algo de lo que le había dicho? Probablemente no. Llevaba dos años trabajando para Simon y ya se había dado cuenta de que era tan cabezota como estaba demostrando ser su nieto.

Aquellos días Hunter tuvo que sufrir las muestras de gratitud de sus vecinos. Estoicamente, en silencio, aceptó los agradecimientos por cosas que no había hecho, de personas a las que ni si quiera conocía.

Margie había tenido razón. Las personas de Springville necesitaban saber que sus puestos de trabajo y sus vidas estaban a salvo. Y eso suponía sentir el interés y la implicación de la familia Cabot.

Y su esposa era la reina de la implicación. Participaba en media docena de comités. Pasaba parte del día trabajando con Simon, pero en su tiempo libre se dedicaba a ser la primera dama del pueblo.

Maldición. Estaba molesto por todo el tiempo que Margie estaba dedicando a Springville, sobre todo porque no lograba averiguar cuál era su verdadera motivación. Además, ¿por qué estaba repartiéndose los méritos de todo lo que había hecho con él? ¿Qué más le daba a Margie si la gente del pueblo quería u odiaba a Hunter? ¿Qué más le daba que se replantara el pequeño campo de fútbol y que hubiera nuevos vestuarios para los chavales?

¿Por qué estaba empeñada en hacerse un sitio en aquel pueblo? ¿Y por qué quería arrastrar a Hunter con ella?

«No tiene que ver con lo que tú quieras. Tiene que ver con lo que ellos necesitan».

Aquellas palabras de Margie no cesaban de martillearle la cabeza. Hunter nunca había pensado en el pueblo ni en su arraigo en esos términos. Y en parte se sentía avergonzado y le costaba admitirlo incluso ante sí mismo.

—Maldita sea, yo no necesito ninguna maestra. No necesito que una mujer que ni siquiera es mi esposa cuide de mi imagen en un pueblo en el que ya ni siquiera vivo —se dijo a sí mismo mientras contemplaba la pradera del jardín plagada de flores—. No le he pedido que lo haga, ¿no? No le he pedido a nadie que me convierta en el maldito héroe local.

—¿Hablando solo otra vez, Hunter?

Alzó la vista y se encontró con el jardinero que estaba junto a un macizo de flores. ¿Qué habría escuchado aquel hombre mayor? ¿Qué sabría realmente? La situación de tener que interpretar a alguien que no era él estaba volviendo loco a Hunter. Tan loco como el hecho de

estar casado con una pelirroja llena de curvas a la que no podía ni tocar. Estaba a punto de perder el control.

Todas las noches dormía junto a ella y, cuando se despertaba, se encontraba abrazado a Margie. Rápidamente la soltaba y reconstruía el muro de almohadones antes de que ella despertara y descubriera su debilidad.

Debilidad.

¿Desde cuándo daba Hunter la más mínima muestra de debilidad?

Inspiró profundamente. Tenía que jugar la partida que había aceptado. Ese mes se pasaría y recuperaría su identidad y su vida. En cuanto acabara el mes buscaría a una mujer. Cualquier mujer, y borraría los recuerdos de Margie practicando sexo anónimo. Después regresaría a la base y se encargaría de lo que realmente sabía hacer.

—¿En qué planeta estás, Hunter? —de nuevo la voz del jardinero lo sacó de sus pensamientos. Murmuró una palabrota que el hombre no oyó.

—No te había visto, Calvin —respondió. El jardinero estaba medio escondido detrás del enorme macizo de flores rojas y azules.

—La verdad es que, desde que has vuelto a casa, estás muy despistado, si me permites decírtelo —contestó Calvin. Hunter metió las manos en los bolsillos y caminó hacia el hombre que había estado a cargo de los jardines Cabot durante más de cuarenta años.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Humm? —se encogió de hombros—. Es sólo que me parecería más lógico que un hombre que lleva separado meses de su esposa, pasara más tiempo con ella en vez de paseando por los jardines y hablando solo. Eso es todo.

Hunter suspiró.

—¿Eso es todo?

El hombre de pelo cano miró incisivamente a Hunter.

—Bueno, no. Ahora que lo pienso mejor, eso no es todo.

Hunter acarició un pétalo rosa y después volvió a mirar al hombre.

—Pues dime entonces —repuso.

—¿Acaso te crees que no me doy cuenta de las cosas? Soy viejo, chaval, pero no tonto.

—¿De qué te has dado cuenta, Calvin?

—De cómo miras a tu esposa cuando ella no te está mirando. Sin embargo, cuando ella te mira, tus ojos se vuelven fríos y desvías la mirada.

Hunter frunció el ceño. ¿Desde cuándo se había vuelto Calvin tan perspicaz?

—Estás viendo visiones.

—¿Estoy senil o qué? ¿Es eso lo que me estás queriendo decir?

—No —replicó Hunter, y volvió a meterse las manos en los

bolsillos. Era difícil mentir a un hombre que lo había visto crecer—. Es sólo… complicado.

Calvin soltó una carcajada.

—Siempre has querido llegar lejos, chico.

—¿Qué? —preguntó, y sonrió mientras intentaba comprender a qué se estaría refiriendo Calvin.

—Para ti nunca ha existido el punto medio. No. Nunca has podido ver lo que está delante de tus narices porque miras al horizonte. Siempre has querido ir más allá, aunque no sepas si te ibas a tropezar o no.

Hunter pensó en llevarle la contraria, pero ¿cómo? Aquel hombre sabía de lo que estaba hablando. Hunter se había pasado la mayor parte de su vida intentando saltar los muros que rodeaban aquellos jardines para salir del pequeño mundo de Springville. Había querido… algo más. Había querido conocer otros lugares, ser alguien.

Y siempre había hecho lo que había querido. Había logrado cosas importantes en la vida. Había marcado la diferencia.

Contempló la pradera que llegaba hasta el acantilado donde rompía el mar. Era un espacio abierto, sin embargo, a Hunter un día se le había quedado pequeño. Se había sentido apresado, pero en aquel instante se sintió en casa. Era como si el lugar lo hubiera estado esperando hasta que él había aprendido a reconocerlo como su hogar.

Hunter frunció el ceño y se preguntó por qué de repente se estaba sintiendo tan cómodo.

—¿Calvin?

La voz de Margie sobresaltó a los dos hombres. Hunter se dio la vuelta y al verla tuvo una extraña sensación. Era como si un candado se hubiera abierto en su interior.

Estaba de pie en el patio y un rayo de luz la iluminaba. Hunter se quedó sin respiración. Llevaba una blusa de manga corta de seda verde y unos pantalones a juego. Sus rizos se agitaron por el viento y de repente fue como si tuviera una aureola rojiza. Sus ojos verdes estaban clavados en los de Hunter, que se sintió incapaz de disimular el deseo que probablemente estuviera reflejando su rostro.

¿Por qué demonios se le habría ocurrido regalarle ropa nueva?

Los latidos del corazón de Margie se dispararon y se le quedó la boca seca ante la mirada penetrante e insistente de Hunter. A pesar de la distancia que los separaba, se dio cuenta de que se había quedado boquiabierto. Parecía que estaba librándose una batalla en su interior y que intentaba mantener el control. Margie se sintió levemente reconfortada, de alguna manera, para Hunter, mirarla era una pequeña tortura.

Al principio se había sentido un poco incómoda con aquellas prendas que marcaban sus curvas porque para Margie su cuerpo era excesivamente voluptuoso. Había tenido la sensación de estar desnuda. No estaba acostumbrada a que los hombres la miraran de la manera en la que Hunter la estaba mirando en aquel instante. Siempre había preferido confundirse entre la gente y pasar desapercibida. No le había gustado destacar ni llamar la atención.

Por primera vez en la vida, Margie se sentía de verdad guapa. Era una sensación poderosa. Aunque también la asustaba un poco. Sobre todo porque Hunter no parecía estar contento con lo que fuera que estuviera pensando en aquel momento.

Bueno, al fin y al cabo era culpa de él. Hunter había sido quien se había empeñado en comprar la mitad de la tienda de Carla. Había sido él quien había dado su opinión sobre las prendas que Margie se había ido probando. Ella al principio se había sentido incómoda y aburrida, pero después se había animado y había disfrutado contemplando las miradas apasionadas que Hunter le había dedicado cada vez que había salido del probador con un nuevo modelo.

El hombre arrogante y mandón se había vuelto pequeño de repente.

—¿Necesitas algo, Margie?

—¿Qué? —preguntó ella. Le había parecido que la voz había llegado del más allá. La mirada de Hunter seguía clavada en ella y estaba segura de que no había sido él quien había abierto la boca. Logró apartar la vista de su marido temporal y vio al jardinero que le estaba sonriendo—. Calvin. Sí. Quería pedirte, si no te importa, algunos ramos de flores para el baile de mañana por la noche. Estas flores son las más bonitas del pueblo.

—Encantado. ¿Alguna en particular?

Margie negó con la cabeza. En aquel momento no hubiera sido capaz de diferenciar una rosa de una mala hierba.

—No, lo dejo a tu elección.

—¿También estás encargada de las flores? —le soltó Hunter.

—Estoy echando una mano con la decoración —contestó como si tuviera que pedir disculpas. ¿Por qué se justificaba? No le debía ninguna explicación. Además, ¿qué más le daba a él lo que Margie hiciera o dejara de hacer?

—Claro, estás ayudando mucho —comentó él secamente.

—Pues parece que tú no —replicó conteniendo la risa ante la mirada furiosa de Hunter.

—Y ahora os dejo, tengo trabajo que hacer —declaró Calvin antes de mirar a Hunter—. Y no te olvides de lo que hemos hablado —añadió antes de marcharse.

Se quedaron solos

—¿A qué se refería? —le preguntó Margie a Hunter cuando Calvin

dobló la esquina.

—A nada —balbuceó—. No era nada.

—Vale —repuso ella intrigada sobre la conversación de los dos hombres antes de que hubiera salido al patio. Contempló la mirada indescifrable de Hunter y supo que no estaba dispuesto a desvelarle el misterio—. Probablemente nos haya dejado a solas para que tengamos una escena romántica en el jardín.

—Probablemente —contestó él.

—En cualquier caso, Calvin nunca se entretiene hablando demasiado —añadió acercándose a Hunter.

—Ya, lo sé. Siempre ha preferido las plantas a las personas.

Margie se detuvo para oler una rosa y después se estiró de nuevo. En ese momento sorprendió a Hunter mirándole los pechos y sin poder evitarlo se ruborizó levemente y contuvo una sonrisa.

Estaba metida en un buen lío. Le estaba empezando a gustar la manera en la que Hunter la miraba, pero sabía que, si seguía así, terminaría decepcionada.

Él no confiaba en ella. Se lo había dejado bien claro cada vez que habían hablado. Sin embargo era evidente que la deseaba. De eso estaba segura. Cada mañana, al despertarse, sentía la pierna de Hunter sobre la suya y su brazo rodeaba la cintura de Margie con fuerza, atrayéndola hacia su cuerpo desnudo. Todas las mañanas se quedaba con los ojos cerrados disfrutando de la calidez de su abrazo hasta que Hunter se despertaba. Entonces, él se separaba lentamente y volvía a colocar los almohadones que los separaban.

Margie era consciente de que él no sabía que estaba despierta durante aquellos breves, pero increíbles momentos todas las mañanas. Y no tenía intención de confesárselo porque entonces él dejaría de abrazarla y Margie no quería renunciar a su calor. Se sentía segura entre sus brazos.

Oh, Dios. Alzó la vista y observó que aquellos ojos azules se acababan de volver fríos como el hielo. Aquella mirada distante sólo le confirmó que se estaba poniendo las cosas mucho más difíciles a sí misma. Si seguía por aquel camino, le iba a costar mucho más marcharse de Springville.

—¿Por qué has salido al jardín? —le preguntó Hunter con una expresión de tensión en el rostro—. ¿De verdad querías hablar con Calvin o sólo me estabas siguiendo?

—¿Naciste refunfuñón o ha sido con el paso del tiempo? —le soltó.

—¿Qué? —preguntó Hunter frunciendo el ceño. Probablemente lo estuviera haciendo para intimidarla, pero Margie ya se había acostumbrado a sus desagradables gestos y ya no le afectaban.

—Refunfuñón, tú, ¿por qué?

—Yo no soy refunfuñón —replicó, y después soltó un suspiro—.

Bueno, la verdad es que ya no sé ni lo que soy —añadió negando con la cabeza. Su mirada se perdió en el jardín.

El jardín trasero de la casa era precioso. Los narcisos bordeaban los caminillos y el aroma de las rosas flotaba en el ambiente entremezclándose con la brisa marina. Era un lugar mágico y a Margie siempre le había encantado.

—Te gusta mucho esto, ¿no? —preguntó Hunter.

—Me encanta.

—A mí también me gustó durante un tiempo —dijo tomando uno de los caminos de piedra que cruzaba el jardín. Margie lo siguió. Estaba contenta de que por fin hablara con ella—. Cuando era pequeño, me encantaba venir aquí y estar con Simon —murmuró.

—Simon me contó que tus padres murieron cuando tenías doce años. Debió de ser terrible para ti.

Margie ni siquiera recordaba a sus padres. Le habían dicho que se habían muerto en un accidente de coche cuando ella había tenido tres años. Hubiera dado cualquier cosa por recordar los años en los que había sido amada. Unos recuerdos que sin duda Hunter tenía.

—Sí, así fue —dijo contemplando las nubes que cruzaban el cielo—. Entonces vine a vivir aquí y fue un buen sitio para crecer. Es un lugar muy amplio, así que no me faltó espacio para correr y jugar.

—Me imagino —comentó aunque era mentira. Margie había crecido en distintas familias de acogida y ni siquiera había imaginado que podían existir lugares como aquél.

—¿De dónde eres tú? —preguntó Hunter como si le hubiera leído el pensamiento.

—De Los Angeles —contestó deseando que no le preguntara más. Y no lo hizo. Simplemente asintió.

—Viniendo de una ciudad tan grande, entenderás que Springville se me empezara a quedar pequeño.

—Pues fíjate, eso es lo primero que me atrapó cuando me mudé a este pueblo. Cuando contesté a la oferta de empleo de Simon, vine a Springville y me enamoré del lugar. Me gusta que sea un pueblo. En las grandes ciudades la gente se pierde en el anonimato —añadió.

—Esa es una de sus ventajas —contestó con una sonrisa forzada—. El anonimato da cierta sensación de libertad. A nadie le importa lo que hagas y quién sea tu familia.

—A nadie le importas. Punto.

—Eso hace la vida más fácil.

—No creo que alistarte a la Marina haya hecho tu vida más fácil y sencilla.

Hunter soltó otra sonrisa.

—No, supongo que no.

—¿Entonces qué es lo que estás buscando? —le preguntó Margie.

—¿Por qué te interesa? —replicó mirándola intensamente. Sus ojos reflejaban tantas emociones a la vez que le resultó imposible distinguirlas. Pero lo que escuchó después, la enfadó tanto que le dejaron de interesar los sentimientos de Hunter—. De verdad entiendo por qué estás haciendo todo esto. Cinco millones de dólares es mucho dinero. ¿Pero por qué te interesas por asuntos que no están incluidos en las tareas que tienes asignadas?

Margie tragó saliva. Se sintió insultada.

—Te he repetido mil veces que no lo estoy haciendo por el dinero.

—Sí, eso es lo que me has dicho.

—Pero no me crees —dijo. Sólo estaba leyendo lo que estaba escrito en el rostro de Hunter.

—No te conozco —puntualizó él.

Margie se retiró el pelo de la cara al notar que el viento la estaba despeinando. Miró fijamente a Hunter sin saber si besarlo o si pegarle una patada.

—¿Tanto te cuesta creer que amo este lugar? ¿Que puedo querer a Simon?

—Simplemente no veo qué sacas de esta situación, a parte del dinero. A no ser que te guste llevar el apellido Cabot.

Se quedó pensativa.

—¿Es eso lo que te pasa? ¿Por eso te marchaste? ¿Por qué no querías ser un Cabot? ¿Por qué? ¿Tan terrible es tener familia? ¿Formar parte de algo? —preguntó ella sin poder detenerse.

Hunter apretó los dientes. Era como si quisiera contener las palabras que luchaban por salir de su boca. Finalmente cedió.

—En este pueblo es difícil ser un Cabot —admitió—. Todo el mundo te pide que conserves sus trabajos. Te tratan como de forma diferente. Piensan que soy un príncipe sólo porque vivo en un castillo. Yo nunca he tenido ningún interés en convertirme en el rey de este pueblo.

Margie soltó una carcajada ante aquella frase tan ridícula. Cuando él frunció el ceño y fue a contestar, se lo impidió extendiendo la mano.

—Por favor, he escuchado millones de historias de cuando eras pequeño, Hunter, y en ninguna de ellas la gente hablaba de ti como si fueras un príncipe. Como mucho decían: «Ese Hunter siempre estaba tramando algo». O: «Hunter me rompió tantos cristales con el balón que estuve a punto de poner tablones para protegerlos».

Él sonrió reticente.

—De acuerdo, en eso te doy la razón. Pero… Simon quería que yo fuera el siguiente eslabón en la dinastía Cabot. Y yo quería algo más. Yo quería salir fuera, al mundo, y dejar mi propia impronta. No quería seguir el tren de la familia y hacer lo que siempre han hecho.

—Así que te marchaste. Lejos de tus amigos y de tu familia —soltó. No había querido acusarlo, pero indudablemente él se acababa de

sentir así. Se puso rígido y con una mirada le dijo que no era nadie para cuestionar sus decisiones.

—Lo que yo hago es importante.

—No estoy diciendo lo contrario. ¿Cómo iba a decirlo? Arriesgas la vida por este país. Por todos nosotros… —Margie se detuvo.

—¿Por qué tengo la sensación de que ahora viene un pero?

—Pero —dijo para no decepcionarle— las pequeñas batallas cotidianas son igual de importantes, Hunter. El trabajo diario de construir vidas, hacer feliz a la gente que te rodea, ocuparte de las personas que te importan. No es menos honorable ni importante.

—Yo no he dicho que lo fuera —contestó casi en un susurro que hizo estremecer a Margie.

—¿Entonces por qué no te das cuenta de que aquí se te necesita?

Hunter cambió de postura como si estuviera incómodo. Ojalá aquellas palabras le estuvieran llegando. Como miembro de la Marina él conocía sus obligaciones y las cumplía, sin lugar a dudas. Margie había escuchado a Simon cientos de veces decir con orgullo de que Hunter se había convertido en todo un hombre. Y todo el mundo le había tratado con deferencia desde que había regresado a Springville. Aquel hombre era un héroe. Sólo tenía que hacerle ver que aquel pueblo y Simon necesitaban que su héroe volviera a casa.

Cuando Margie se marchara, Simon volvería a quedarse solo. Springville volvería a asustarse al no sentir el apoyo de los Cabot. ¿Acaso Hunter no podía darse cuenta de que, en esa ocasión, tenía que anteponer a su familia y a su hogar, y no a su sed de aventuras?

Hunter evitó la mirada de Margie.

—Yo no puedo quedarme. No soy así.

Ella no lo creyó. Sabía de sobra que no era un hombre que evitara el compromiso. ¿Acaso no lo había dado todo por su país?

—¿Entonces cómo eres, Hunter?

—Yo soy protector —contestó sin dudar un momento, instintivamente. De repente la miró, como si quisiera advertirla de algo —. Y protegeré a Simon si alguien intenta hacerle daño.

Margie supo exactamente a qué se estaba refiriendo. Todavía pensaba que se quería aprovechar de su abuelo, de su dinero y del prestigio de llevar el apellido Cabot. Nunca comprendería que el cariño que Simon le había demostrado no era cuantificable en dólares.

De repente se sintió agotada y se le quitaron las ganas de hacerle entender. Estaba cansada de los insultos velados. De que la mirara con deseo, para enseguida hacerlo con desdén. Si tenía la cabeza demasiado dura para reconocer la verdad, entonces Margie nunca sería capaz de convencerlo. Además, aquella farsa tenía fecha de finalización, así que ¿para qué intentarlo más? ¿Para qué seguir dándose de bruces contra una pared si sólo lograba levantarle dolor de cabeza?

Estaba frente a ella, esperando una respuesta defensiva. Pero Margie prefirió una estrategia ofensiva.

—¿Quieres proteger a Simon si alguien trata de hacerle daño? ¿Cómo has hecho hasta ahora? —preguntó calmadamente, aunque sus palabras estaban cargadas de furia—. Has dejado solo a Simon, Hunter. Te has marchado a salvar el mundo y has dejado solo a un hombre anciano que no tiene a nadie que se ocupe de él.

La mirada de Hunter se volvió tan fría, tan glacial, que Margie no se hubiese sorprendido si hubiese comenzado a nevar en aquel instante.

—Y tú no has tardado mucho en ocupar el hueco, ¿no?

Margie sintió un ataque de ira. Se acercó a Hunter y alzó una mano. Colocó el dedo índice sobre el pecho de él.

—Soy su empleada.

Hunter miró al dedo de Margie y lo apartó con su mano.

—Así que lo hiciste por dinero y lo sigues haciendo, ¿no?

Margie se soltó de la mano de Hunter. Lo miró con tristeza y negó con la cabeza. La ira desapareció tan rápidamente como había llegado. ¿Qué sentido tenía aquella discusión? Dio un paso atrás porque necesitaba mantener las distancias con él.

—Para ti sería mucho más fácil que fuera verdad, ¿no? —susurró obligándose a mirar aquellos ojos que parecían hielo—. Si estoy aquí porque quiero a tu abuelo, tú te sentirás mucho peor al marcharte, ¿no?

—No sabes de lo que estás hablando —murmuró Hunter.

—Vaya, yo creo que sí. Eres un cobarde, Hunter.

—¿Perdona?

Margie agitó la mano.

—No te molestes en usar ese tono marcial e insoportable conmigo. No te tengo miedo.

—Pues quizás debieras tenérmelo —advirtió—. Nadie me llama cobarde.

—¿No? ¿Pues cómo llamarías tú a un hombre que abandona a su único familiar porque le resulta demasiado duro quedarse junto a él?

Hunter no respondió y, cuando el silencio se hizo insoportable, Margie se dio la vuelta y se marchó. Dejó a Hunter solo en medio de la pradera salpicada de flores primaverales.

No se dio la vuelta para mirarlo, así que no supo que Hunter la estuvo observando hasta que desapareció dentro de la casa.

Capítulo Seis

El baile era todo un éxito.

No podía haber sido de otra manera, lo había preparado la esposa de Hunter que parecía no equivocarse nunca.

Para agradar a su abuelo, Hunter se había puesto el traje de gala de la Marina que era de color blanco. Llamaba la atención entre el resto de trajes negros más de lo que él estaba acostumbrado.

Estaba apoyado en la pared en una esquina de la sala. Estaba intentándose esconder de la multitud que estaba empezando a llenar el salón parroquial. Era el único lugar en Springville, además la sala de baile del castillo, capaz de albergar a tanta gente. Desde su posición privilegiada de observación, Hunter se dio cuenta de que la mayoría de los vecinos había asistido a la gala.

Había muchas mesas redondas preparadas para la ocasión y, junto a la pared, una mesa larga repleta de bandejas con comida, que había sido elaborada por un restaurante del pueblo. El olor de la comida mexicana flotaba en el ambiente. Unos globos de colores rellenos de helio decoraban el techo y las flores de Calvin destacaban en dos grandes jarrones en cada uno de los extremos de la mesa del bufé.

La música estaba sonando y algunas parejas bailaban en la pista. Sin embargo, la mayoría de los asistentes estaban charlando y riéndose como si no se hubieran visto en unos años.

Y allí estaba su esposa. La pelirroja que estaba rehuyéndole como si tuviera la peste. Desde la conversación del día anterior en el jardín, Hunter no había podido dejar de pensar en las palabras de Margie, a pesar de que le repateara recordarlas.

No quería sentirse culpable. No quería que ella lo mirara con desprecio como si la hubiera decepcionado como persona. No quería recordar sus palabras porque no quería reconocer la verdad que había en ellas. Pero no en todas, porque Hunter no era ningún cobarde. Había luchado hasta perder el aliento. No era cobarde. No había huido de sus responsabilidades, sino que había salido en su busca al marcharse de Springville. Había deseado hacer algo distinto en la vida, dejar huella, lograr algo importante. Y no iba a pedir disculpas por ello.

Se puso derecho y se separó de la pared. Al hacerlo, sintió una punzada en la herida todavía reciente.

«¿No has tenido ya suficientes aventuras? ¿Acaso no habías estado ya pensando en que estaba llegando el momento de volver a casa?», pensó sin poder evitarlo.

Hunter frunció el ceño y miró a la mujer que le había hecho pensar demasiado.

—Deberías estar en la pista bailando con tu mujer —le dijo una voz grave desde atrás. Hunter se giró a su izquierda y sonrió.

—Kane Hackett —dijo, y le dio la mano a su viejo amigo—. Yo no

bailo nunca, deberías saberlo.

Kane sonrió y miró a Margie, que estaba charlando animadamente con una mujer bajita y rubia.

—Un hombre casado tiene que hacer muchas cosas que antes no solía hacer. Yo me encargo de la preciosa rubia que no para de hablar con tu Margie…

Hunter apenas si se había fijado en la otra mujer. Sólo tenía ojos para su esposa, que estaba vestida con un vestido negro sin tirantes que definía a la perfección su espléndida figura.

—Es guapa —comentó.

—Es más que guapa —contestó Kane antes de beber un trago de cerveza—. Es mi mujer, Donna.

—¿Tú? ¿Casado? —preguntó incrédulo mirando al hombre que se había unido a los marines al mismo tiempo que Hunter se había alistado al grupo de elite.

Era imposible. Los dos siempre habían ido en busca de aventuras y habían querido descubrir mundo. Siempre habían deseado experimentar todo lo que la vida tenía que ofrecerles. ¿Y Kane se había casado?

—¿Por qué te sorprendes? Tú has caído, ¿por qué no iba a hacerlo yo?

—Sí, pero… —el matrimonio de Hunter era una farsa—. ¿Y vives aquí, en el pueblo? Simon no me ha comentado nada.

—Supongo que estaría esperando a que nos encontráramos. Y sí, vivo en Springville. Soy el *sheriff*.

Hunter soltó una carcajada.

—Vaya, eso está bien. ¿Eres el *sheriff*? ¿Después de todas las veces que nos detuvieron, la gente te ha elegido a ti?

Kane sonrió.

—Supongo que habrán pensado que un chico malo era el más adecuado para cazar a los de su especie.

Hunter asintió y miró un instante a su esposa. La música había cambiado, habían pasado de los clásicos del rock a música jazz.

—¿Hace cuánto tiempo que has vuelto? —preguntó.

—Hará un año y medio. Conocí a Donna en mi último permiso. Me volvió loco al instante, Hunt. No me di cuenta de lo que me estaba pasando, pero estoy feliz por todo. Cuando terminé el reclutamiento, volví a casa, me presenté a la plaza de *sheriff* y me casé con Donna.

—¿Entonces ya no hay más aventuras esperándote? —preguntó Hunter tomando un trago de la cerveza de su amigo.

—¿Estás de broma? —replicó Kane riéndose—. Cada día con Donna es una aventura. Te juro que es lo mejor que me ha pasado en la vida. Aunque… supongo que tú ya lo sabes.

—Sí —contestó Hunter mirando a Margie, a quien se le acababa de

acercar una mujer mayor. Se le encogió el corazón al ver la dulzura con la que estaba saludando a la anciana.

Por un instante pensó en cómo sería estar realmente casado. Sentir que Margie era para él, tal y como les pasaba a Kane y a Donna. ¿Se sentiría mal viviendo en Springville? ¿Acabaría odiando aquel lugar y a la mujer que le había tendido una trampa?

Hunter frunció el ceño ante aquella pregunta porque más bien tenía la sensación de que Margie había tenido razón en todo lo que le había dicho el día anterior. Quizás fuera cierto que hubiera huido de sus verdaderas responsabilidades y que hubiera disfrazado su decisión al pensar que se estaba comprometiendo con su país.

—Bueno, me alegro de verte —dijo Kane—. Pásate por la gasolinera esta semana y nos ponemos al día. Y ahora, creo que voy a sacar a bailar a mi mujer.

—Vale, vale —Hunter asintió, pero apenas si había prestado atención a las palabras de su amigo. Estaba demasiado ocupado contemplando a Margie. Todos los asistentes, en algún momento de la fiesta, se acercaban a saludarla, a reírse con ella, a abrazarla. Aquella mujer tenía un halo magnético. ¿Se trataría de la estrategia de una estafadora o más bien sería el encanto natural de una persona amable?

—¿Sabes una cosa? —le preguntó Kane antes de irse—. No tenía que haberte dicho todo esto sabiendo lo que sé.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Margie le contó a Donna y a otras esposas lo de vuestra luna de miel en Bali —arqueó las cejas y soltó un resoplido—. Bueno, digamos que esas historias tan románticas nos dejan a los demás maridos del pueblo en segundo lugar respecto a ti.

¿Bali? Así que Margie se había inventando historias sobre una luna de miel en una isla tropical. Y por lo visto había ido contando por ahí que Hunter era un romántico. No pudo evitar una sonrisa al preguntarse qué detalles habría tenido que inventar.

—¿Qué puedo decirte, Kane? Siempre se me ha dado bien —replicó con una sonrisa.

—Eso es verdad, Hunt —añadió antes de darle una palmada en la espalda—. Se te echaba de menos por aquí, ya lo sabes. Me alegro de que estés de vuelta.

—Yo también me alegro de estar aquí —replicó sin pensar, y se dio cuenta, por primera vez, de que era verdad.

Margie sintió la mirada de Hunter, era como si la estuviera tocando. ¿Estaría todavía enfadado por todo lo que le había dicho el día anterior? Se había merecido cada una de las palabras que le había dicho. Margie estaba junto a Jenna Cárter, quien no paraba de picotear

en las bandejas de comida. Margie asentía sin prestar atención a lo que le estaba diciendo porque estaba sumida en sus propios pensamientos. De repente recordó cómo la había mirado Hunter cuando lo había llamado cobarde.

Le hubiera gustado haber encontrado otra manera para decirle lo que pensaba. Margie creía que Hunter había abandonado a Simon y a un pueblo que lo necesitaba, aun así, sabía que no era un cobarde. Era un hombre fuerte, seguro de sí mismo y valiente y… arrogante, mandón e irritante. No podía olvidarlo, ni tampoco ser demasiado comprensiva.

Después de todo, Hunter no había sido precisamente amable con ella. Todavía estaba convencido de que quería estafar a Simon, ¡por el amor de Dios! Al acordarse del anciano lo buscó con la mirada. Estaba sentado en un sillón rodeado de amigos y no paraban de cuchichear. Para que luego dijeran que las mujeres eran unas cotillas…

Simon. Lo iba a echar de menos cuando se marchara. Y también iba a echar mucho de menos a Hunter. De alguna manera aquel hombre se había abierto paso hasta el corazón de Margie. Lo deseaba a pesar de que él pensara que era una ladrona.

«Margie, eres tan estúpida», se dijo a sí misma ante aquellos pensamientos.

Después se le acercó la señora Banks y le comentó algo sobre la siguiente reunión que iban a tener sobre del festival de la escuela y Margie asintió. No iba a estar allí cuando se celebrara. Sintió una punzada en el corazón, pero trató de obviarla. Además Hunter no dejaba de mirarla intensamente.

¿Cómo demonios se las iba a apañar el resto de la noche? Estaba temblando por dentro, así que forzó una sonrisa para disimular. Ojalá nadie se diera cuenta de que se le estaba rompiendo el corazón.

Con las palabras de Kane aún retumbándole en la cabeza, Hunter se acercó a la multitud. Saludó con la cabeza a las personas que lo saludaban, pero no se detuvo. No estaba de humor para entablar una conversación. Ni con viejos amigos ni con nadie. Ni siquiera sus propios pensamientos eran una buena compañía en aquel momento. Divisó un rincón oscuro desde el cual podría seguir observando.

La música envolvió a Hunter. Era un ritmo sensual, lento y profundo marcado por el saxo. Una melodía capaz de adentrarse hasta el alma de un hombre.

Atravesó la sala con sigilo, haciendo uso de las habilidades que había aprendido en los cuerpos especiales. Cruzó la estancia sin apenas ser visto, también porque la gente estaba muy animada disfrutando de la fiesta. Al otro lado de la sala estaba Simon, quien había decidido

asistir en el último momento. Estaba sentado alrededor de una mesa baja con sus amigos, junto a la pista de baile. A los ancianos les gustaba reunirse para recordar el pasado y hacer planes de futuro que muchos de ellos no podrían ver realizados. Hunter sintió una punzada en el corazón al darse cuenta de lo mayor que estaba su indomable abuelo. ¿Cuánto tiempo de vida le quedaría? ¿Cuánto tiempo le quedaba a Hunter para disfrutar de la única familia que tenía?

Apretó la mandíbula y miró a Margie. Para variar, estaba riéndose y charlando. Parecía que siempre estuviera contenta, que ningún pensamiento nublara su mente. ¿Cómo no iba a ser así, si el día anterior había culpado de absolutamente todo a Hunter?

El hecho de reconocer que había tenido razón en algunos aspectos estaba torturando a Hunter. La miró fijamente, mientras los invitados no paraban de acercarse a ella para saludarla. Sonreía, se reía, saludaba a la gente con calidez. Era una mujer encantadora con todo el mundo salvo con él.

No obstante, era consciente de que, desde que había llegado, no había sido precisamente amable con ella. Cada vez que el deseo amenazaba con superarlo, lo cual ocurría con excesiva frecuencia, Hunter se cerraba en banda. No quería que Margie le importara. No quería desearla. No quería saber más de lo que ya sabía sobre ella. Era una manipuladora, tal y como Hunter había pensado desde el principio. Tenía que serlo porque no estaba dispuesto a aceptar otra versión distinta.

Tenía que reafirmarse en su posición. No estaban realmente casados. No le había hecho ninguna promesa ni pensaba hacerlo. Cuando el mes terminara, Hunter se marcharía. Volvería a la Marina. Una nueva misión le estaría esperando.

¿Pero quién cuidaría de Simon?

Frunció el ceño. Era consciente de que su gesto sombrío estaba bastando para que la gente mantuviera las distancias con él. Nadie le estaba prestando atención y lo agradecía. No tenía ganas de conversaciones de compromiso. Su único objetivo era sobrevivir a aquel baile, regresar al castillo y buscar una de las botellas de Simon de *whisky* escocés añejo.

Al menos había encontrado un rincón sombrío y solitario en el que podía pensar sin que nadie lo interrumpiera. Lástima que Margie siguiera dentro de su campo de visión.

Maldita fuera.

¿Qué tenía esa mujer que lo cautivaba de aquella manera? No tenía nada que ver con las chicas que normalmente lo habían atraído. Era… distinta a todas las mujeres que había conocido. Dios, si la comparaba con su ex, parecía que provenían de dos planetas diferentes.

Gretchen nunca había pensado en el futuro. Lo que más le había

gustado era salir de fiesta. Siempre estaba lista para una aventura y era tan guapa, que los hombres perdían la cabeza por ella. Hunter le había dejado caer, dos meses atrás, que estaba empezando a pensar en establecerse, quizás en casarse, en un futuro. Había sentido que ya era demasiado mayor para seguir luchando y recibir disparos. Entonces Gretchen se había echado atrás, había salido huyendo como si Hunter estuviera ardiendo y la pudiera quemar con sus llamas. Ella había roto con él aquella misma noche y se había marchado, lo más lejos posible, a Perú para una sesión de fotos.

Hunter negó con la cabeza. Cruzó los brazos y se apoyó contra la fría pared sin dejar de contemplar a Margie. A diferencia de la espléndida Gretchen, su temporal esposa pensaba en el futuro. Trazaba planes, miraba hacia delante, tenía sueños y luchaba por convertirlos en realidad.

Dios, Margie sabía que aquel matrimonio era ficticio, sin embargo parecía empeñada en demostrar a todo el pueblo que la relación era perfecta. Se estaba esforzando por el pueblo, a pesar de ser consciente de que se iba a marchar pronto de allí.

Y se había inventado historias sensuales sobre una luna de miel que nunca había existido…

¿Qué demonios podía hacer Hunter con una mujer así?

Desde luego que sabía lo que deseaba hacer. Al menos con aquel cuerpo que lo atraía como un imán. Pero el sexo sólo iba a complicar una situación ya de por sí complicada, a la que no veía solución. Tenía que seguir controlando su deseo por Margie y sobrevivir a las tres semanas que les quedaban juntos.

¿Dónde se iría Margie cuando se marchara de Springville? ¿Qué haría con su vida? ¿Cómo se las iba a apañar Simon sin ella?

Hunter se frotó la cara tratando en vano de borrar esas preguntas. ¿Pero cómo demonios no iba a pensar en ella si la tenía delante más guapa y más *sexy* que nunca?

—Yo nunca me he creído que estuviera realmente casada con Hunter —le comentó una mujer a otra mientras caminaban por delante del rincón donde estaba apostado. No lo habían visto.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, vamos —contestó una de ellas. Era una mujer morena cuyo rostro le resultó familiar a Hunter. Se pararon—. Mira a Margie… ¿realmente crees que es una mujer apropiada para Hunter Cabot?

—Supongo que no —repuso la amiga mirando a Margie.

Hunter también la miró y frunció el ceño mientras seguía escuchando a la morena.

—Yo lo conocí en el instituto y ya entonces era un chico de ensueño.

Hunter estuvo a punto de salir de las sombras para que las dos

mujeres pudieran verlo. Pero se contuvo porque había aprendido hacía mucho tiempo que un hombre se podía enterar de muchas cosas escuchando a escondidas.

—Me imagino. El tipo está… como un bombón.

—Exactamente. El tipo es un bombón y ella es una chica del montón. Quiero decir que es maja y eso…

¿Maja? ¿Margie era maja? Hunter apretó los dientes y miró a la morena. Margie estaba trabajando constantemente por el pueblo, dándolo todo, ¿y aquellas dos mujeres se sentían cómodas sacándole los ojos y criticándola a escondidas en el baile que ella misma había organizado? Se sintió invadido por un ataque de ira e instintivamente sintió la necesidad de protegerla con una intensidad que nunca había sentido con nadie.

—Es verdad, es encantadora.

—Pero él es un… dios, y ella, normalita. No tenían que haberse casado —prosiguió la morena. Miró su reflejo en el cristal de una ventana y se acarició los labios. Soltó un suspiro—. Hasta que Hunter ha regresado y la ha reconocido como esposa, yo no me creído las historias que ella iba contando por el pueblo.

—Mmm… ¿cómo lo de Bali?

—Eso es —confirmó, y miró fijamente a Margie—. ¿Qué demonios tiene ésa que no tenga yo?

—Más de lo que crees —dijo Hunter, y dio un paso al frente saliendo de su escondite. Las dos mujeres soltaron un gritito al verlo—. Me tiene a mí.

—Hunter, yo… nosotras —la morena miró con desesperación a su amiga, pero ésta ya había salido corriendo y había desaparecido entre la gente.

Hunter miró los ojos oscuros de la mujer y finalmente la reconoció. Janice Franklin. Una de las animadoras que, por lo visto, se había convertido en una arpía.

—Janice, ¿no?

Los ojos de la mujer se iluminaron. Obviamente estaba feliz de que la recordara.

—Sí.

Se limitó a mirarla durante un minuto. Todavía era guapa, pero era una belleza dura y afilada. Hunter no iba a permitir que ni ella ni nadie clavara sus garras sobre Margie. ¿Por qué le importaba tanto? No podía contestar. Pero de lo que sí que estaba seguro era de que era importante. Ya averiguaría los motivos después.

—Bien, Janice —dijo suavemente alzando la barbilla de la mujer—, deja que te diga algo más sobre mi mujer. Lo que ella tiene, alguien como tú nunca lo podrá entender.

Janice parpadeó.

—Bueno… yo…

—Hazte un favor a ti misma y no digas nada más —dijo antes de dejarla allí plantada.

Aún ofendido caminó entre la gente hasta que vio a Margie. La mirada de Hunter se quedó fija en ella, era como un misil centrado únicamente en su objetivo.

¿Quién demonios se creían aquellas mujeres para hablar de Margie como si no fuera nadie, como si no fuera suficiente para él? Dios, si sólo fuera la mitad de lo que demostraba ser, era más que buena para Hunter. ¿Qué derecho tenían para hablar sobre su esposa?

No quiso pensar en que estaba defendiendo a la mujer de la que llevaba días quejándose. Lo único que quería era tocarla. Quería que todos los presentes comprendieran que más les valía tratarla bien.

***

Margie vio a Hunter cruzar la sala en dirección a ella. Hubiera sido difícil no verlo porque destacaba entre todos los hombres de la fiesta. Con aquel uniforme blanco, con ribetes azules y las medallas colgando de la pechera, podía haber sido el protagonista de las fantasías de cualquier mujer. Era alto, fuerte, valiente y… estaba caminando hacia ella con una expresión en el rostro mitad determinación, mitad furia.

¿Qué había pasado? La mujer que estaba junto a ella seguía hablando, pero Margie no escuchó ni una palabra. Estaba cautivada por la mirada azul de Hunter que estaba clavada en ella. Los grupos de gente que los separaban se quitaban a su paso. Era como si una fuerza invisible los fuera desplazando. Los latidos del corazón de Margie se fueron acelerando a medida que él se iba acercando, sin detenerse, sin dudar.

¿Qué estaba sucediendo? Apenas si lo había visto en toda la noche, aunque había estado pendiente de él todo el rato. ¿Cómo no iba a estarlo? Aquel hombre era imponente. El simple hecho de saber que estaban en la misma sala, la había hecho estar a flor de piel toda la noche. No había cesado de preguntarse cómo se sentiría, qué estaría pensando. No había logrado dejar de pensar en él en toda la noche.

Y en aquel momento, que lo tenía al lado, sólo podía identificar en su mirada una expresión decidida que no comprendía.

—Hunter —dijo cuando él se detuvo frente a ella—. ¿Va todo bien? Estás…

—Calla —ordenó en un susurro.

—¿Qué?

Él sonrió, ya que una vez más Margie no lo había obedecido. Sintió un escalofrío y, antes de que se hubiera recuperado, Hunter la abrazó y la besó de una manera tan intensa que se olvidó de respirar.

Al principio fue un beso salvaje, casi agresivo, como si no deseara besarla. Pero ella se mostró receptiva, como si el lado oscuro de Hunter

le acabara de servir para descubrir su propio lado oscuro. Y allí, en los rincones sombríos de su corazón, encontró un fuego intenso. En ese momento, Hunter dejó de besarla de aquel modo brutal y lo hizo de forma tierna. Margie suspiró entre sus labios al sentir que la abrazaba con fuerza, como si no quisiera que se escapara jamás de sus brazos.

No sabía lo que quería decir ese gesto, pero poco importaba porque, desde el primer beso que le había dado, no había dejado de soñar con volver a rozar aquellos labios. Y el beso que estaba recibiendo superaba con mucho todas sus fantasías. Parecía que su sangre se había convertido en champán ya que sentía burbujas correr por todo su cuerpo. La caricia aterciopelada de la lengua de Hunter la había hecho perder el sentido.

Margie había cedido al deseo y su mente enseguida se lo recordó. ¿Qué estaba haciendo Hunter? ¿Por qué la estaría besando? ¿Sería sólo un espectáculo para los habitantes del pueblo? ¿Por qué en ese momento? No había mostrado ningún interés en hacer creíble su matrimonio, ¿qué había cambiado?

«¿Y por qué te importa?», se preguntó finalmente. ¿De verdad tenía que responder todas las preguntas? ¿No podía, por una vez, disfrutar del momento? Quería sentir el abrazo de Hunter, aunque fuera brevemente, y fingir que eran una pareja real. ¿No podía convencer a su propia cabeza de que se tomara la noche libre y de que dejara a su cuerpo llevar la iniciativa?

Oh, sí.

Y se dejó llevar, abrazó el cuello de Hunter y le ofreció todo lo que él ya le estaba dando. Y mientras cayó rendida al calor de aquel cuerpo, de lejos oyó el aplauso que surgió de la gente que los estaba rodeando.

Margie no podía dormirse.

¿Cómo dormir si estaba a punto de estallar de deseo ante la expectativa de un posible encuentro sexual?

Por lo visto su «marido» no se había quedado tan afectado tras el beso en el baile. Podía oírle respirar pausadamente en el silencio de la noche. Su respiración profunda dejaba bien claro que al menos uno de los dos estaba durmiendo perfectamente aquella noche.

Idiota.

Margie trató de olvidar que Hunter llevaba horas ignorándola, desde el mismo instante en que había dejado de besarla. Era como si la estuviera culpando de su propio impulso. Típico de los hombres. Siempre culpaban a las mujeres de todo.

Dio un puñetazo a su almohada y cambió de postura. Estaba tan a flor de piel que incluso el roce de las sábanas la irritaba. Al oír la

respiración de Hunter de nuevo no pudo evitar fantasear con sentir ese aire contra su cara, con sentir el cuerpo de él sobre el suyo. La luz de la luna entraba por los balcones y uno de los rayos iluminaba la cama. En la penumbra, miró al techo y se dijo a sí misma que nunca conciliaría el sueño si no empezaba por cerrar los ojos. Pero cada vez que los cerraba imaginaba los labios de Hunter sobre los suyos y tampoco así se dormía.

Se cruzó de brazos y en silencio comenzó a recitar las tablas de multiplicar. Quizás, si se aburría, lograría dormir.

En ese instante fue cuando se dio cuenta de que el ritmo de la respiración de Hunter había cambiado. Prestó atención y percibió que cada vez era más acelerado. Parecía que estuviera corriendo en sueños. Margie se apoyó en un codo para asomarse al otro lado de la pared de almohadones.

El sacó un paquete ele vendas de su mochila con la intención de tapar la herida y parar la hemorragia. «Maldito disparo», se dijo furioso.

Era una simple misión de reconocimiento del terreno. Pero se había alejado de su equipo en el momento en el que habían entrado en el área señalada. Se habían tenido que separar para cubrirse los unos a los otros. Después se había sentido atrapado, se había visto forzado a esconderse mientras los demás se habían dispersado.

Los cuerpos especiales nunca se marchaban sin uno de sus hombres y sabía que su equipo no se marcharía sin él. Nunca evacuarían sin él, pero tenía que lograr llegar al punto de encuentro. Lo cual hubiera sido mucho más sencillo si no hubiera estado sangrando.

Con el dolor como único compañero, Hunter atravesó un desierto carente de toda vida salvo la de sus enemigos. De día se escondía y caminaba durante la noche. Racionó el agua y finalmente se vio obligado a sacarse la bala con sus propias manos. Los días se sucedieron y la tensión y la fiebre fueron en aumento. Había tantos peligros, tantas posibilidades de que muriera en aquel maldito desierto.

Pero no sucedería. Encontraría la forma de salir. Regresaría al lugar donde todo era verde. Tranquilo. El lugar donde no tendría que estar alerta constantemente esperando una explosión o un disparo.

Quería…

Hunter oyó un susurro suave mientras dormía. Unas palabras reconfortantes, y se dio la vuelta en busca de quien se las estaba diciendo. Instintivamente quiso abrazar a esa persona…

Se sintió envuelto en un cálido abrazo. Notó una caricia suave en el pelo y unas palabras suaves y susurradas se abrieron paso hasta su mente, hasta

su corazón. Abrazó a quien le estaba proporcionando tanta calma, a quien desprendía tanta paz, a quien era el bálsamo que Hunter necesitaba tan desesperadamente.

Unas manos delicadas acariciaron su piel y Hunter soltó un gemido ante aquella sensación. Había logrado volver. Había regresado del desierto. Al final no lo habían matado. Estaba en casa, con una mujer dispuesta recorriendo su espalda, su rostro, tiernamente. Hunter necesitaba esas caricias más que nada en el mundo.

Acababa de salir de una pesadilla y volvió a oír el reconfortante susurro. Pero en esa ocasión, reconoció la voz.

—Todo está bien, Hunter —murmuró Margie sin dejar de acariciarlo con delicadeza—. Estás bien. Estás a salvo. Has regresado.

Inspiró profundamente y pudo oler la fragancia a jazmín que desprendía. Abrió los ojos despacio y miró los ojos verdes que tenía frente a él. Sintió algo muy adentro. Lo mismo que había sentido toda la noche después de haberla besado.

Bueno. Estaban juntos, mirándose. Estaba sintiendo las caricias de Margie sobre su piel desnuda y estaba cansado de luchar. Deseaba a aquella mujer. Llevaba días deseándola.

Y había llegado el momento de hacerla suya.

Capítulo Siete

Hunter se incorporó y acarició la nuca de Margie. Atrajo su cabeza hacia él hasta que pudieron besarse. Con el primer contacto sintió cómo una corriente eléctrica atravesaba su cuerpo.

Ella se tensó levemente, pero después soltó un gemido y respondió ávidamente al beso. Hunter aprovechó la mano que tenía libre para apartar los cojines que los separaban y después la abrazó con fuerza y notó el camisón de algodón de Margie. Podía sentir cada curva, cada centímetro de aquel cuerpo amoldándose al suyo. Sintió una oleada de calor y se dio cuenta de que quería más. Lo quería todo.

—Quítate esto —murmuró refiriéndose al camisón.

—Sí, quítamelo. Te quiero sentir —susurró ella mientras sus pequeñas manos no cesaban de acariciarlo. La espalda, el pecho, el pelo, el cuero cabelludo.

Cada caricia era una llamarada ardiente. Una bendición. Una necesidad. Hunter se moría de ganas de tocar la piel de Margie. Quería recorrer cada rincón de su cuerpo con las yemas de los dedos, con la boca, con los labios. Quería todo lo que ella tenía que ofrecer, para después volver a empezar.

Se apoyó en un codo y fue desabrochando uno a uno los botones del camisón. El maldito camisón que le había estado tentando noche tras noche. Lentamente, se lo quitó. Cuando Margie se tumbó, su increíble mata de pelo rizado se espació sobre la almohada y Hunter sólo pudo pensar en enterrar la cabeza en la melena rojiza, en oler su aroma, en tomar todo lo que le estaba ofreciendo.

Nunca había sentido algo así. Era una mezcla salvaje de pasión y ternura. Una urgencia loca por entrar en su cuerpo cálido, pero a la vez el deseo de verla alcanzar el clímax. Quería llevarla hasta lo más alto, ver aquellos ojos verdes ardiendo en deseo, escucharla gritar su nombre y sentir cómo se abría en su abrazo.

—Llevas días volviéndome loco —murmuró antes de inclinarse para tomar uno de los pezones de Margie en su boca. Después lamió el otro.

—¿De verdad? —susurró—. Ohh…

—Ese camisón. Ya sabía yo lo que escondía —dijo. Siguió deslizando la lengua por el pecho de Margie hasta llegar de nuevo al pezón turgente—. El camisón más feo, pero más seductor que he visto en mi vida.

—No lo sabía —contestó ella. Se arqueó haciendo que Hunter tomara su pecho entre los labios. Pidiendo más sin decirlo con palabras.

Y él le dio lo que le estaba demandando. Siguió lamiendo hasta hacerla gemir mientras con la mano recorría aquel increíble cuerpo buscando el espacio entre los muslos de Margie. Se dio cuenta de que lo estaba esperando, húmeda y caliente, y no pudo evitar soltar también

él un gemido. La acarició hasta encontrar el punto exacto. Le encantó comprobar cómo respondía a sus caricias moviendo rítmicamente las caderas.

—Hunter…

Aquel suspiro llenó la habitación y Hunter se estremeció. Nunca antes en su vida había deseado a alguien con esa intensidad. Nunca había sentido un deseo tan ardiente. Y quería más.

Rápidamente estiró un brazo y abrió el primer cajón de la mesilla de noche. Tanteando encontró un preservativo, lo abrió y se lo puso apresuradamente. Después miró a Margie detenidamente y se perdió en su mirada. La luz tintineante de la luna la estaba iluminando y su piel brillaba con un halo plateado.

—No te deshagas nunca de ese camisón —le ordenó. Se la imaginó de nuevo con la prenda y se imaginó quitándosela. Era como desenvolver un regalo muy preciado.

—De acuerdo. Nunca.

Hunter sonrió y se acercó hasta rozar con la lengua la tripa de Margie. Se deslizó hasta el ombligo mientras su mano seguía recorriéndola. Sus dedos la acariciaban, el pulgar en el centro mismo del placer, mientras Margie se estremecía y temblaba para él como si fuera un instrumento de música perfectamente afinado que estuviera siendo tocado por unas manos expertas. El estaba siendo el maestro, pero ella era el tesoro. Hunter la acariciaba, Margie respondía.

Ella deslizó las manos por la espalda de Hunter. Estaba dibujando líneas de placer sobre su piel, que ardía.

Cuidadosamente bordeó el vendaje que tenía bajo la cadera.

—No quiero hacerte daño —susurró.

—No me haces daño —le aseguró, y la besó—. Estoy bien.

—¿Estás seguro?

La preocupación que reflejaba su mirada lo conmovió más aún que el deseo que también desprendían.

—Deja que te lo demuestre —murmuró, y antes de que Margie pudiera hablar, cambió de postura. Se arrodilló frente a ella, le alzó las caderas y cubrió la fuente de calor húmedo de su cuerpo con la boca.

La miró de reojo y vio que aquellos tremendos ojos verdes estaban turbados por la pasión. Margie le agarró la cabeza instintivamente buscando alcanzar el máximo placer, pero Hunter no pensaba dárselo aún. Sin dejar de acariciarla y de lamerla la llevó una y otra vez hasta el borde del orgasmo. Las súplicas susurradas se convirtieron en gemidos y después en exigencias. Sin embargo Hunter se resistió todavía a saciarla. La mantuvo en el límite a pesar de que para él también supusiera una tortura.

Estaba muy excitado y no era capaz de aguantar más. Se tumbó sobre Margie y entró en su cuerpo en un solo impulso. Ella estaba

caliente y tensa y soltó un gemido.

—No me lo puedo creer —dijo Hunter entrecortadamente. Se quedó quieto, dentro de Margie. La miró y en sus ojos encontró una mezcla de dolor y de placer. Entonces se sintió obligado a preguntar—: ¿Eres virgen?

Margie lo agarró con fuerza. Sentir aquellas manos explorando su cuerpo hacía que Hunter se echara a temblar.

—Ya no —repuso.

—Deberías haberme avisado —añadió completamente desconcertado. Sintió unas gotas de sudor en la nuca. Siempre le pasaba cuando tenía que controlarse a sí mismo.

—Ahora quiero sexo, ya hablaremos luego —dijo ella con firmeza. Alzó las caderas para sentir a Hunter más dentro, dejándole sólo opción de terminar de satisfacerla—. No tenía ni idea… —susurró debajo de él — de que esto fuera tan increíble.

—Y aún queda lo mejor —repuso Hunter maldiciéndose a sí mismo. Le resultaba imposible detenerse, sobre todo porque ella deseaba proseguir tanto como él. Además, el daño ya estaba hecho, no podía volver atrás. Se retiró un poco y con la mano volvió a acariciar el centro del placer de Margie, quien soltó un gemido de sorpresa—. Eso es —dijo Hunter al ver cómo el deseo turbaba aquellos ojos verdes. Estaba respirando entrecortadamente y había comenzado a mover las caderas rítmicamente. Hunter tuvo que recurrir a la disciplina para mantenerse, quería que ella explotara primero. Deseaba verla, saber que la había acariciado de una manera tan profunda como ella a él.

La siguió acariciando, frotando el punto más sensible del cuerpo de Margie con una firmeza tierna y constante hasta que al final logró que se rindiera al poder de su propio placer. En ese momento Hunter quitó la mano y, con unos movimientos rápidos y salvajes, alcanzó el clímax. Fue una sensación tan potente que se quedó temblando como si se hubiera roto en mil pedazos.

Cuando se desplomó sobre Margie sintió cómo lo abrazaba y sostenía entre sus brazos.

—Tenías que habérmelo dicho —dijo Hunter en un tono acusativo cuando el primer rayo de luz estaba entrando por la ventana.

Margie abrió los ojos lentamente, se estiró y miró al hombre que estaba junto a ella.

—¿Qué?

—Me tenías que haber dicho que eras virgen —le soltó—. Deberías habérmelo contado.

Margie sonrió. Estaba medio dormida y su cuerpo todavía estaba alterado por los placeres que había descubierto aquella noche.

—¿Me hubieras hecho el amor si te lo hubiera dicho?
—No —replicó Hunter con el ceño fruncido.
—Bien —añadió ella acariciándole el pecho—. Entonces me alegro de no haberte avisado.
Por supuesto que no le había contado que era virgen. No era una información que una mujer de veintinueve años se muriera de ganas por compartir. Sobre todo si el motivo al que se había agarrado durante años había sido que quería estar enamorada la primera vez. Además estaba segura de que a Hunter Cabot no le interesaba en absoluto.
A Margie le bastaba con saberlo ella sola. Estaba enamorada, a pesar de ser consciente de que aquella historia no fuera a tener un final feliz. Racionalmente se había dado cuenta de que no debía enamorarse, pero el corazón había escogido otro camino y ya no había vuelta atrás. Era un hecho. «En más de un sentido», pensó con una sonrisa.
Todavía podía sentir las manos de Hunter sobre su cuerpo, recordar que lo había tenido dentro de ella, el sabor de sus labios, la respiración entrecortada cuando estaba a punto de llegar al máximo placer. Había sido mucho más de lo que Margie hubiera imaginado jamás. Había valido la pena esperar.
—Maldita sea, Margie —dijo él tomando su mano entre las de él—. ¿No era ya bastante complicada esta situación?
Ella retiró la mano, se incorporó levemente y se apoyó sobre un codo. Se miró un instante, todavía estaba desnuda. No se había vuelto a poner el camisón, aquella maravillosa prenda. Se sintió un poco traviesa, estaba tumbada desnuda junto a un hombre que desprendía sensualidad por todos los poros de su piel.
No obstante, si pretendía obtener más de lo que Hunter le había dado en la oscuridad de la noche estaba claro que, por la forma en la que la estaba mirando, Margie iba a tener que convencerlo. Con el recién descubierto poder femenino rugiendo en su interior, pensó que no había problema.
—No tiene por qué ser complicado, Hunter —dijo arqueándose levemente de modo que unos de sus pezones, ya excitado, rozó a Hunter.
Se quedó boquiabierto y su mirada se turbó. Buena señal.
—¿Qué estás…?
—Estamos casados, Hunter —le recordó. Con las yemas de los dedos le acarició la mandíbula hasta que vio que se había relajado.
Estaba casada. Con el hombre de sus sueños. El hombre que pronto la iba a abandonar, pero no quería pensar en eso en aquel momento. Quería disfrutar del presente.
Si había algo que aprendían pronto los niños que crecían en familias de acogida era que había que vivir el presente. Si te tocaba una buena familia, había que aprovecharla mientras durara. Si tenías un presente,

tenías que cuidarlo como a un tesoro. Si te regalaban un helado de cucurucho una tarde de verano, debías disfrutarlo. Porque sólo Dios sabía cuándo ibas a volver a vivir algo positivo.

—Yo soy tu esposa. Tú eres mi marido. ¿Por qué no íbamos a…? —insinuó mientras sus dedos se deslizaron bajo el cuello de Hunter hasta rozar uno de sus pezones. Se sintió gratamente sorprendida cuando lo vio estremecerse.

Hunter le agarró la mano y la apretó contra su pecho. Le encantaba tocar a ese hombre. Le volvía loca sentir su cuerpo firme y cálido, así como saber que podía llevarle hasta el punto de ebullición.

—Porque es buscar más problemas, ésa es la razón —dijo mirándola fijamente, como si pudiera forzar la retirada de Margie intimidándola.

Pero no funcionó.

Ella tomó la mano de Hunter y la llevó hasta uno de sus pechos.

—Yo no deseo más problemas, Hunter. Te deseo a ti.

Margie se dio cuenta de que estaba dudando mucho, pero notó que había ganado cuando los dedos de Hunter comenzaron a acariciarla hasta alcanzar el pezón. Entonces empezó a frotarlo rápidamente.

—Yo también te deseo. Que Dios nos ayude —murmuró tras negar con la cabeza.

Tomó un pezón de Margie entre los labios y lo lamió con total dedicación. Parecía que le iba la vida en ello. Ella suspiró, se arqueó levemente y se mordió el labio inferior mientras recibía las sedosas caricias de la lengua de Hunter. Su cuerpo tembló, ávido. Le sostuvo la cabeza para que no se separara porque le encantaba aquella sensación. Le encantaba todo lo que él lograba con sólo besarla o tocarla.

Le encaba Hunter. Lo amaba.

Sí. Lo miró un instante. No se lo podía decir y no lo iba a hacer, pero lo amaba. Aquel tipo desenvuelto, arrogante e increíble le había robado el corazón. Y sabía que nunca se lo iba a devolver. En primer lugar porque Margie no quería.

Hunter no estaba interesado en el amor, a pesar de las sensaciones que le estaba provocando en aquel mismo instante. Era consciente de que no iba a confiar en ella porque estaba deseando que el matrimonio llegara a su fin. Un hombre como Hunter Cabot no podía amar a una mujer como ella. Pertenecían a mundos demasiado alejados como para tender un puente.

No obstante, Margie había decidido sacar el máximo partido del tiempo que estuviera con él. Después le quedaría el recuerdo de lo que habían compartido esas semanas. Quería poder recordar con total claridad las caricias de las manos y de la lengua de Hunter Cabot sobre su piel. Deseaba que la calidez de aquella piel se quedara impresa en su mente y que nunca desapareciera.

Se inclinó y tomó entre sus manos el miembro erecto de Hunter,

que comenzó a respirar agitadamente. Margie notó una oleada de calor en su interior mientras movía la mano de forma rítmica. Estaba sintiendo el poder de Hunter y tuvo la urgencia de sentir aquel poder dentro de ella. ¿Cómo podía haber vivido sin él?

No.

Dejó ese pensamiento a un lado y se recordó a sí misma que se concentrara en el presente. Lo apretó suavemente, aposta, y obtuvo un nuevo gemido de Hunter.

—Ahora. Te necesito —murmuró, y giró el cuerpo de Margie hasta que quedó boca abajo sobre la cama.

Hunter le acarició la espalda, el trasero, amasándola hasta hacerla temblar. Ella se sintió más traviesa que nunca y giró la cabeza sobre la almohada. Estaba notando la caricia del miembro de Hunter frotándose contra ella. Cada contacto alimentaba el fuego que se había desatado en su interior, cada roce le hacía ansiar el siguiente.

Entonces Hunter elevó las caderas de Margie, se arrodilló detrás de ella y con los dedos la abrió para él. Se encontró una cavidad cálida y expectante. Ella murmuró el nombre de él y se agarró con fuerza a las sábanas de seda.

Hunter entró con tanta fuerza en el cuerpo de Margie, que la hizo gemir extasiada. En aquella posición sentía mucho más. Notaba cómo el miembro de Hunter la penetraba más profundamente. Se movieron acompasadamente dando y recibiendo placer al mismo tiempo.

Una y otra vez Hunter entró en su cuerpo, cada vez con más pasión y más fuerza. Margie podía sentir la tensión que le estaba transmitiendo y cada vez quería más. Hunter se inclinó sobre ella y la abrazó con una mano. La otra se deslizó hasta alcanzar el centro de Margie.

—Oh… mi… —suspiró ella recibiendo los besos de Hunter en la espalda.

Cuando su cuerpo estalló y se dejó llevar por las oleadas de placer, gritó el nombre de Hunter. Apenas si se dio cuenta de que él también había alcanzado el clímax en su interior.

Finalmente se desplomaron abrazados sobre la cama. Ella se sentía tan feliz entre aquellos brazos… Podía notar su respiración en el pelo. Margie suspiró, por primera vez en su vida era realmente feliz.

—¿Mejor que en Bali? —bromeó él.

—¿Te lo han contado? —preguntó sorprendida. Alzó la vista para mirarlo.

Hunter sonrió y Margie sintió como le daba un vuelco el corazón.

—Pues claro. Es la primera vez que mis amigos me toman el pelo.

—Oh, Dios. Qué vergüenza —reconoció tapándose los ojos con la mano. Entreabrió los dedos y volvió a mirar a Hunter—. Al menos le dije a todo el mundo que eres estupendo.

—Sí. Muchas gracias —bromeó—. Bueno, escuchemos la respuesta, ¿ha sido mejor que en Bali?

Hunter se estaba riendo de ella. Tenía una expresión divertida en el rostro que nunca antes le había visto. Perfecto. A Margie le encantaba la idea de seguir jugando.

—Bueno. No estoy segura. Al fin y al cabo, un hombre en su luna de miel, lo da todo. Ahora que ya te has convertido en un tipo mayor y casado…

Hunter la abrazó y la colocó encima de él. Después le retiró el pelo de la cara.

—Deberías ya saber que no te conviene desafiar a un Cabot.

Una hora después Margie estuvo completamente convencida de que Hunter Cabot era tan bueno en la vida real como en sus fantasías de la luna de miel.

Las dos siguientes semanas se pasaron volando.

Hunter había encontrado una rutina sin darse cuenta, que le hacía sentir muy bien. Estaba acostumbrado a ser una persona activa y, ya que la herida estaba prácticamente cicatrizada, no veía razón para cambiar.

Cada mañana, antes del amanecer, se separaba de los brazos de Margie. La dejaba durmiendo en la cama, en la que no había habido rastro del muro de almohadones desde aquella increíble noche, y se marchaba a correr.

Los caminos le resultaban familiares. Había corrido por ellos en la adolescencia, cuando había participado en el grupo de atletismo del instituto. También después, al preparar las pruebas de ingreso en los grupos especiales y en las inusuales visitas que había hecho. Conocía cada finca, cada casa, cada curva. Le resultaban tan familiares como su propio rostro en el espejo.

En aquel silencio le asaltaron sus pensamientos. Normalmente no hubiera tenido ningún problema en dejarlos a un lado o al menos aparcarlos durante la carrera. Sin embargo, en aquel momento, completamente solo en el camino, con los pájaros cruzando el cielo brillante del crepúsculo, no encontró la forma de escapar.

Había echado de menos aquel lugar. Durante mucho tiempo había pensado en Springville y en la dinastía Cabot como una trampa. Se había negado a reconocer la belleza de aquel lugar. Había rechazado la tranquilidad y se había sumergido en un mundo de aventuras, riesgo y compromiso con un trabajo en el que creía. En el camino había evitado pensar en aquel lugar que siempre sería su hogar.

En aquel momento, Springville le estaba llamando tan intensamente que de repente la necesidad de aventuras se estaba desinflando.

Y el tiempo de permiso casi había terminado.

Pronto regresaría a la base. Regresaría al trabajo que había sido su vida durante mucho tiempo. Como ya estaba recuperado, le asignarían una misión con su equipo. Con ese pensamiento en mente, esperó a sentir la subida de adrenalina que siempre le había provocado el estar expectante.

Pero no la sintió.

Hunter frunció el ceño y continuó corriendo.

Era por Margie. Se había dejado llevar y se había liado en una historia que desde el principio había sabido equivocada. Sin embargo, ni siquiera en aquel momento, se arrepentía. A pesar de que supiera que se iba a marchar, que iba a iniciar los trámites del divorcio y que probablemente no volviera a verla jamás.

Frunció aún más el ceño y aceleró el paso. Estaba respirando profundamente y podía sentir las gotas de sudor corriendo por su espalda desnuda. ¿Qué haría Margie? ¿Dónde se marcharía? ¿Y cómo sabría Hunter si estaba bien?

—Pues claro que va a estar bien —murmuró, enfadado consigo mismo—. Tendrá cinco millones de razones para estar bien.

Se recordó, para sentirse menos culpable por estar usándola, que Margie se había casado con él por el dinero. Pero, en realidad, ¿quién estaba usando a quién?

Estaba tan absorto en sus pensamientos que ni siquiera escuchó al coche que estaba a punto de adelantarlo. Cuando lo vio, Hunter no se detuvo, sólo sonrió al hombre que acababa de bajar el cristal de la ventanilla.

—Buenos días, *sheriff* —dijo sin dejar de correr.

—Echas de menos la Marina, ¿no? —bromeó Ken Hackett—. Me he imaginado que te encontraría por aquí corriendo. Siempre te ha gustado entrenar en este camino.

—Sin embargo tú vienes en coche, no corriendo. No estamos en forma, ¿eh?

—Claro que sí, pero estoy trabajando.

—¿Qué te trae por aquí?

—Tengo que ir a ver a Simon —contestó, y se le borró la sonrisa de la cara—. He pensado que sería mejor que estuvieras conmigo cuando hable con él.

Hunter se detuvo, se inclinó e inspiró varias veces antes de volver a preguntar.

—¿Qué ha pasado?

—Ha habido un fuego en el edificio Cabot del pueblo esta noche.

—¿Fuego? —repitió—. ¿Hay alguien herido?

—No. El equipo de limpieza de noche estaba trabajando. Por lo que parece alguien encendió un hornillo para preparar té y dejó un trapo

demasiado cerca del fuego.

—Maldita sea.

—Esa es la explicación —añadió Kane invitando a Hunter a entrar en el coche—. Las dos primeras plantas se han visto afectadas y he pensado que, bueno, como Simon tuvo el ataque al corazón el año pasado…

Hunter se metió en el coche, se puso el cinturón de seguridad y le pidió a su amigo que continuara.

—Bueno, ¿cómo de grave ha sido? —preguntó Simon. Había transcurrido una hora desde que el *sheriff* y Hunter se habían encontrado.

—Kane me ha llevado hasta allí para que lo viera con mis propios ojos antes de contártelo —repuso.

Kane se había marchado tras dar la noticia y Hunter y Margie se habían quedado encargados de vigilar la presión arterial del anciano.

Margie le estaba sirviendo café a Simon, a quien Hunter estaba observando por si mostraba cualquier signo de dolor.

—¿Y…?

—Y es un desastre. El jefe de los bomberos me ha dicho que no hay fallos estructurales. Pero el humo y el agua han causado muchos daños. Por lo menos, la mayoría de los archivos estaban en las plantas superiores. No hemos tenido muchas pérdidas.

—No. Supongo que no las hemos tenido —contestó Simon lentamente haciendo un énfasis especial.

—Simon… —suspiró Hunter—. No es eso lo que he querido decir.

—Ha sido un desliz sobre el que Freud tendría mucho que decir, ¿no? —preguntó Simon demasiado contento a pesar de que su cuartel general acabara de arder.

Hunter no había querido incluirse en la empresa, tal y como Simon había entendido. Después de todo, nunca se había sentido parte del negocio familiar. Estaba alistado en la Marina. Sin embargo, paseando por el edificio quemado junto a Kane, se había sorprendido a sí mismo pensando en la reconstrucción. Se le habían ocurrido varias mejoras. Ya que el edificio iba a tener que ser saneado, no había motivo para no renovarlo.

—Hunter, ¿en qué estás pensando? —preguntó Simon.

—Nada. No gracias, Margie, no quiero café. Lo que necesito es una ducha —murmuró, y se pasó la mano por el cabello.

Se levantó y salió del comedor antes de que sus pensamientos siguieran el camino que había marcado Simon.

—Bien, bien, bien. ¿Has escuchado a Hunter? —le preguntó Simon sonriente a Margie.

—No quiere quedarse, Simon. Nada de lo que le digas le hará cambiar de opinión. Ya lo sabes.

El anciano arqueó las cejas.

—No es lo que yo le diga lo que lo mantendrá aquí, Margie, querida… eres tú. Me he fijado en la manera en la que te mira. Y no te creas que no me he dado cuenta de cuál es tú respuesta.

—Simon, no te pongas a ejercer de Cupido —le advirtió. No quería que el hombre al que quería como a un abuelo sufriera tanto como ella cuando llegara el momento de partir.

—Ya veremos… —añadió guiñando un ojo.

Margie suspiró, tomó un sorbo de café y se volvió a sentar en la silla que estaba junto a Simon.

Se había fijado en la expresión turbia de los ojos de Hunter cuando se había marchado del salón. Sabía que se había arrepentido de implicarse en la investigación del incendio. No quería la vida que le estaba esperando en Springville.

No quería a Margie.

Al menos fuera de las horas que compartían en la cama. Allí Margie al menos se sentía deseada, lo notaba en cada caricia y en cada beso. En la manera en la que la abrazaba todas las noches y porque buscaba su cuerpo cada vez que le asaltaban las pesadillas. Sin embargo, era muy consciente de que cuando el mes terminara, Hunter se marcharía y permitiría que Margie saliera de su vida para siempre.

Sintió una punzada en el corazón. No sabía cómo iba a lograr sobrevivir cuando aquel dolor se convirtiera en su única compañía.

Capítulo Ocho

Días después Hunter se dio cuenta de que quería echar una mano. Después de todo estaba allí, ¿no? Había que encargarse de la reparación del edificio y de la fiesta de cumpleaños de Simon. Como Margie no podía encargarse de todo y él no tenía ni idea de cómo montar una fiesta, había asumido la responsabilidad de la remodelación del edificio.

Ya se había reunido con el constructor y también con los empleados para escuchar sus sugerencias sobre la reforma. En aquel momento estaba sentado en el estudio de Simon con un montón de planos extendidos sobre la mesa. No pudo evitar preguntarse cómo se las había apañado para ser absorbido de aquella manera por la vida del pueblo.

Simon estaba en su dormitorio echándose la siesta. Margie estaba en la cocina hablando con la cocinera sobre el menú de la fiesta y Hunter estaba sentado en el escritorio que había estado evitando toda la vida.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —murmuró mientras se servía una copa de *whisky*.

—Girando a la izquierda en eso que llamáis autopista —contestó de repente una voz familiar.

—Pon dos copas más —añadió otra voz también familiar con un acento hawaiano que Hunter reconoció al instante. Se dibujó una sonrisa en sus labios.

Alzó la cabeza y vio apostados en la puerta del estudio a dos de los miembros de su equipo de elite. Jack Thorne, «JT», el jefe de equipo y Dani «Hula» Akiona.

—¿De dónde salís vosotros? —preguntó poniéndose en pie para saludar a sus amigos.

JT era un tipo alto, rubio con unos ojos azules a los que no se les escapaba nada. Hula también era alto, con cabello y ojos negros. Dios, los había echado mucho de menos.

—Estábamos de camino a San Francisco para darnos una juerga y hemos pensado en pasar a verte para ver cómo iba tu herida —contestó Hula—. No sabíamos que te íbamos a encontrar sentado en esta mansión.

Hunter se estremeció. Era cierto, nunca les había hablado de sus orígenes.

—Humm. *Whisky* de treinta años… —añadió Hula mirando la botella a gran distancia.

Hunter soltó una carchada.

—¿Cómo demonios lo has leído?

—Es un don que tengo —contestó encogiéndose de hombros. Miró a su alrededor—. ¿Cómo es que nunca nos has dicho que eres asquerosamente rico?

—Eres realmente sutil —añadió JT frunciendo el ceño.

—Nunca he sido sutil —contestó, y miró a Hunter—. Lleva demasiado tiempo y la vida es muy corta. No dejo de preguntarme por qué un amigo esconde un secreto así.

Hunter soltó un suspiro.

—Pues para no tener que escucharte decir cosas como «asquerosamente rico».

—Ya sabes que es sin ofender, ¿no? —replicó volviendo a mirar a su alrededor—. Es sorprendente averiguar que uno de los nuestros nada en dinero.

—Cállate, Hula —intervino JT, y entró en el despacho. Miró la enorme estancia.

—Sentaros —ofreció Hunter. Estaba contento de ver a sus amigos aunque hubieran descubierto su secreto.

Sacó dos copas más y se sentó frente a los dos hombres. Estaba acostumbrado a confiarles su vida en las misiones. Los dos estaban admirando el estudio. Parecía que no se podían creer lo que estaban viendo y Hunter no los culpó por ello.

Durante todo el tiempo que habían pasado juntos ni siquiera les había mencionado que provenía de una familia adinerada. No había querido que nadie lo tratara de forma diferente. Había querido ser uno más. Ser aceptado por lo que era, no por lo que su familia poseía. Sin embargo en aquel momento, tuvo la sensación de que había estado engañándolos todos aquellos años.

Porque los había engañado.

JT apoyó los codos en las rodillas y miró fijamente a Hunter.

—Entonces, ¿por qué nunca nos has dicho nada? —le preguntó.

—Sí, tío —añadió Hula—. Parece que nos escondes secretos, ¿no? ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que te pida pasta cuando jugamos a póquer?

Hunter se acomodó en la butaca, apoyó la copa en su tripa y miró duramente primero a uno de sus compañeros y después al otro.

—Precisamente esto es por lo que nunca he dicho nada. Los dos me estáis mirando como si fuera un niñato rico.

—La novedad es sólo lo de rico —bromeó Hula—. En serio, tío, ¿por qué nos lo has escondido? Si yo tuviera un sitio así, se lo iría contando a todo el mundo.

—Sí, eso ya lo sabemos. Le cuentas tu vida al primero que pasa por delante —puntualizó JT.

—Bueno, es lo que tiene ser un hombre fascinante. Como aquella vez que me encontré de frente a un tigre en la costa de Maui…

—Ya nos lo sabemos —replicaron al unísono JT y Hunter.

Los tres se sonrieron. Y con aquella sonrisa volvieron a la normalidad. El tema del secreto del dinero acababa de quedarse a un

lado porque sus amigos no le iban a dar mayor importancia. Hunter se dio cuenta de que no tenía que haberse preocupado por el tema durante tanto tiempo.

—La verdad es que os he echado de menos, chicos.

—Está bien saberlo —repuso JT acomodándose en su butaca—. Al no saber nada de ti me estaba empezando a preguntar si estarías cuestionándote volver al equipo.

—Yo le he dicho que estaba loco. De ninguna manera Hunter se va a quedar en casa. Dios, si vive para el subidón.

El subidón, así era como llamaban a la subida de adrenalina que sentían antes de una misión. Era lo que notaban cada vez que recibían órdenes de avanzar. Cuando celebraban que todos habían regresado sanos y salvos a casa.

Hunter no podía negar que le gustaba el subidón, sin embargo llevaba un tiempo pensando si bastaba para darle sentido a su vida. ¿Cuánto tiempo más iba a poder seguir desempeñando su trabajo con el grado de precisión que se exigía a sí mismo? Ya no era precisamente un niño y dos de los tres compañeros con los que había ingresado en los grupos especiales se habían retirado a otros trabajos.

JT estaba girando su copa mientras observaba a Hunter fijamente.

—¿Qué?

—Nada —repuso su jefe—. Es sólo que te veo… diferente.

—Pues no —replicó aunque no sabía si estaba intentando convencer a JT o a sí mismo. Porque lo cierto era que todo había cambiado. El pueblo. Simon. Margie. ¿Y él? No, Hunter no había cambiado en absoluto—. Nada ha cambiado.

—¿Hunter?

Los tres hombres giraron la cabeza cuando Margie entró en el estudio e inmediatamente se pusieron en pie.

Ella se detuvo sorprendida en medio de la sala. Llevaba una blusa amarilla y sus vaqueros favoritos. Tenía el pelo suelto y los ojos más verdes que nunca. Se había sonrojado.

—Lo siento, no sabía que estabas acompañado.

—No pasa nada —dijo Hunter. Se dio cuenta de la expresión de admiración de sus amigos. Se sintió de repente irritado al ver cómo Hula estaba empleando su sonrisa irresistible con Margie.

Se sorprendió por verse así de celoso. Pero no estaba dispuesto a que Hula flirteara con su esposa delante de sus narices.

No se detuvo a pensar si aquél era otro secreto que debía guardar. ¿Por qué presentarles a Margie como su esposa si se iba a divorciar de ella en breve? Simplemente porque no quería que Hula la mirara así. Porque Margie parecía desconcertada y no sabía cómo comportarse y Hunter no quería hacerla sentir incómoda. Porque, maldita fuese, en aquel momento era su esposa.

—Pasa, Margie. Quiero que conozcas a los chicos —cuando estuvo lo suficientemente cerca la rodeó con el brazo—, Jack Thorne, Danny Akiona, ésta es mi esposa, Margie.

JT sonrió. Estaba realmente sorprendido.

—Encantado —dijo. Hula comenzó a toser.

—¿Tu esposa? —preguntó Hula mirando con los ojos como platos a Hunter—. Tío, ¿y qué ha pasado con Gretchen? —susurró

JT le dio un empujón.

—Perdona, Hula. Te he derramado el *whisky* —le soltó.

—No pasa nada —replicó.

Margie parecía confundida.

—Siempre es un placer conocer a los amigos de Hunter. ¿Os puedo traer algo de picar? ¿Un café?

—No, gracias —respondió JT rápidamente—. Sólo hemos parado un rato. Estamos de camino a la ciudad.

—¿Estás segura de que eres su mujer? —insistió Hula apartándose para evitar otro «accidente».

—Estoy segura —contestó Margie, y sonrió.

—Es tremendo —añadió negando con la cabeza.

—Bueno —dijo ella dando un paso atrás—. Os dejo que charléis. Me alegro de haberos conocido.

Hunter la contempló mientras se marchaba y, sin poder evitarlo, miró el movimiento de sus caderas. Rápidamente se dio cuenta de que Hula estaba haciendo lo mismo y se enfadó.

—¿Para qué demonios has tenido que mencionar a Gretchen? —susurró cuando Margie salió del estudio.

—Oye, tío —dijo Hula defendiéndose—. Me he quedado sorprendido, eso es todo. La última vez que hablamos estabas con esa diosa sueca y ahora resulta que te has casado con otra.

—¿Así que nada ha cambiado? —preguntó JT.

—Así es —replicó aun sabiendo que no sonaba convincente.

—Pues sabes una cosa, ésta me gusta mucho más que la tal Gr… —Hula se detuvo y tapó el vaso, no fuera a recibir algún otro impacto—. La otra era muy fría, tío. Parecía vacía. Esta… —sonrió, y asintió con la cabeza—. Es otra historia.

JT miró fijamente a Hunter antes de hablar.

—Ya sabes que no serías el primero de nosotros en elegir quedarse junto a su esposa en vez de arriesgar su vida un día tras de otro.

Eso era cierto. Hunter había visto a un montón de compañeros enamorarse y dejar la carrera militar. Pero las situaciones eran diferentes porque ellos habían estado enamorados de sus esposas. Sin embargo, Hunter estaba cautivado, nada más. Si admitía que sentía algo más, su vida se pondría patas arriba.

—Ya te lo he dicho, jefe —respondió tenso—. Eso no va a pasar.

Voy a volver. Mi… matrimonio no va a impedírmelo.

—No me malinterpretes, Hunt. Me alegro de que vuelvas y a todos nos gusta el subidón —añadió Hula calmadamente—. ¿Pero tienes a una mujer que te quiere? Eso también es un subidón.

—Pero no es lo que yo necesito —contestó finalmente—. Y por qué no dejamos de hablar de mi esposa y me contáis cómo ha ido todo mientras he estado fuera.

Los tres hombres se sentaron de nuevo y Hula y JT le pusieron al día de lo acontecido en la base. Sin embargo, Hunter no era capaz de centrarse en la conversación. Debería haber escuchado cada noticia con atención. Normalmente durante los permisos siempre había estado ansioso por volver al trabajo, al mundo que había construido. Pero en aquella ocasión, sus ojos no dejaban de mirar la puerta por la que Margie había desaparecido y su mente estaba llena de recuerdos de aquella mujer. Su figura, su olor, su sonrisa e incluso sus suspiros de placer.

Margie era mucho más de lo que se había imaginado, más de lo que había deseado, y aquel juego cada día se estaba volviendo más complicado. Precisamente acababa de mentir a sus amigos y tras el divorcio lo avasallarían a preguntas. No tenía que haber accedido a aquella locura.

Había una parte de Hunter que se había metido completamente en el papel. Sin ningún esfuerzo se había convertido en un hombre casado. En el hombre de Margie. Y eso no era posible porque su vida no estaba allí, a pesar de lo que dijeran Simon y Margie.

Iba a volver a la Marina porque allí estaba su lugar en el mundo. Allí estaban sus amigos, su equipo.

Las misiones. Se había comprometido con su trabajo y lo iba a seguir realizando. Había dado su palabra y sabía lo que eso significaba. Hunter pertenecía a la Marina, no a aquel pueblo.

Pero por primera vez en la vida, la aventura no le llamaba tanto la atención. Por primera vez, iba a tener la sensación de estar dejando atrás algo importante cuando se marchara.

Margie se quedó junto a la puerta abierta del estudio y oyó a los tres hombres charlar.

El murmullo de las voces graves a veces se veía interrumpido por carcajadas. Distinguió la voz de Hunter con facilidad y se dio cuenta de que estaba feliz recordando las misiones, el peligro y las aventuras que había compartido con sus amigos.

Aquello era algo contra lo que Margie no podía luchar. Esos hombres eran más que hermanos para Hunter y el lazo era inquebrantable.

Por mucho que ella quisiera que fuese de otra manera, Hunter y Margie pertenecían a mundos distintos y él nunca se quedaría a su lado. Ni siquiera aunque la amara, que no era el caso, se quedaría en Springville. Era un miembro de los equipos de elite y Margie dudaba mucho de que eso fuera a cambiar.

¿Y quién sería la tal Gretchen?

Días después, Hunter se dio cuenta de que estaba tan inquieto como la tarde en que lo habían visitado sus compañeros. Tenía la sensación de que debía hacer algo, pero no sabía qué exactamente. Había estado entrenando en el gimnasio del pueblo y había salido a correr por la mañana. Quería recuperar la forma antes de volver a sus obligaciones.

—Hunter. Me alegro de verte, te estaba buscando —dijo Simon entrando en el estudio. Sus pasos eran lentos y cuidadosos. Hunter se puso en pie para ayudarlo, pero el anciano lo impidió—. Todavía no soy un inútil —murmuró. Se acercó al escritorio y abrió el último cajón.

¿Cómo había sido tan egoísta? ¿Cómo había antepuesto sus intereses a las necesidades de Simon? ¿Estaba listo para volver a su lado después de todo lo que su abuelo había hecho por él? ¿Qué tipo de hombre era que se comprometía con su país antes que con su propia familia?

No tenía respuestas, así que aparcó aquellos interrogantes.

—Quiero que revises estos papeles y que los firmes antes de marcharte —le pidió Simon tras sacar una carpeta.

—¿Me vas a conseguir otra esposa? —le preguntó alzando una ceja.

—Ya no voy a perder el tiempo contigo. Por lo visto no tienes cabeza para apreciar a la que ya te he buscado —le soltó.

Vaya… claro que la apreciaba. La apreciaba demasiado.

—Simon…

—No estoy aquí para hablar de Margie, chico. Se trata de otro asunto.

—¿Qué? —preguntó.

El anciano miró a su nieto directamente a los ojos.

—Te estoy traspasando el negocio familiar.

—Maldita sea, Simon. Aunque quisiera asumirlo, todavía me quedan siete meses de servicio. No voy a estar aquí —dijo alzando las manos.

—Puedes hacer la mayor parte del trabajo estos meses dándome un poder notarial y yo me encargaré de echar un vistazo hasta que vuelvas.

Hunter se puso en pie y caminó inquieto hasta la ventana. Observó el prado cubierto por los perfectos macizos de flores. Estaba

atardeciendo y el cielo estaba teñido de mil colores.

—En el caso de que pienses volver —añadió Simon.

Hunter volvió la cabeza y vio, a pesar de la penumbra, la expresión de esperanza y de expectación que estaba iluminando los ojos de su abuelo. En ese momento Hunter supo que no podía luchar más. Supo que la única forma de estar en paz consigo mismo era aceptar la obligación que lo llevaba esperando desde la infancia.

De alguna manera tuvo la certeza de que ése era su camino, a pesar de sus intentos por evitarlo. Quizás hubiera tenido que marcharse para saber dónde estaban sus raíces.

—Volveré, Simon.

Una sonrisa radiante se dibujó en el rostro del anciano y, por un instante, Hunter se sintió como el héroe que siempre había querido ser.

—Sabía que al final harías lo correcto, chico —dijo Simon satisfecho.

Hunter puso una sonrisa aunque estaba preocupado.

—Gracias. He estado pensando —añadió, y se frotó la nuca—. Aun así, tengo que volver a la base a final de mes.

—Entendido.

Hunter asintió y miró a Simon. Soltó un suspiro. Por fin había desaparecido la presión que había tenido en el pecho durante semanas. Llevaba días preguntándose qué debía hacer. Se había cuestionado a quién debía más fidelidad. La necesidad de quedarse en casa había estado luchando con la llamada de la vida que se había construido.

Sí, iba a ser difícil dejar la Marina. Sintió un escalofrío, pero se recordó a sí mismo que llevaba pensando en retirarse desde que lo habían herido.

—¿Y qué hay de Margie?

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Hunter mirando a su abuelo.

—Bueno, si tú te vas a quedar, tampoco hay ningún motivo para que ella se marche, ¿no? Estáis realmente casados. Y te he visto mirarla, chico. Soy viejo, pero no ciego.

Hunter todavía no había tenido tiempo de considerar todas las opciones. Hacía un minuto que había decidido retirarse, por el amor de Dios. No tenía todos los cabos atados. Quizás Simon tuviera razón. Pero…

—Los dos estamos de acuerdo en divorciarnos.

—Maldito cabezota…

Hunter no estaba dispuesto a cambiar de opinión sin pensárselo dos veces. Por el momento había tomado una decisión respecto a Margie… sin interferencias bienintencionadas.

—Simon, no fuerces las cosas. Lo que tenga que pasar entre Margie y yo lo tendremos que decidir nosotros, no tú.

—Te hace feliz, Hunter, o ¿acaso no te has dado cuenta?

Feliz, con una esposa que no había elegido. Una esposa de la que había pensado que era una cazafortunas. Una esposa que desataba su fuego con sólo una caricia.

Pero no estaba dispuesto a que su abuelo también dirigiera su vida personal.

—No puedes inmiscuirte de esa manera en la vida de la gente, Simon. No puedes organizar las cosas tal y como a ti te gusta.

—Pues no sé por qué si puedo ver perfectamente qué es lo que funcionaría —murmuró el anciano.

—Porque no puedes decidir mi vida, abuelo. Y estoy prácticamente seguro de que tampoco puedes dirigir la de Margie.

Hunter adoraba a su abuelo, pero no tenía que satisfacer todos sus deseos. Además Simon se tenía que acostumbrar a ceder porque iban a volver a convivir y Hunter iba a dirigir los negocios.

Lo mejor sería que se mantuviera firme en su posición.

—Ríndete en esta ocasión, abuelo.

—Mírame a los ojos y dime que no te importa esa chica —replicó Simon en un tono desafiante.

Bueno, aquél era el problema. Hunter desvió la mirada. No sabía cuáles eran sus sentimientos en aquel momento.

Capítulo Nueve

Cuando Simon se fue, Hunter salió al jardín para hacer una llamada telefónica que nunca hubiera pensado que iba a hacer. Marcó de memoria el número del teléfono móvil de JT.

—Thorne —dijo la voz al otro lado de la línea.

—Jefe, soy Hunter —contestó. Su mirada se perdió en el cielo cubierto de nubes. La brisa marina soplaba levemente. Hunter cerró los ojos.

—Sí, lo sé. ¿Qué pasa?

Más bien qué no había pasado. Hunter inspiró profundamente, abrió los ojos y miró la pradera verde que se extendía a sus pies. Aquél era su hogar, a pesar de que hubiera intentado ignorarlo durante años.

—Quería comunicarte que voy a volver a la base, pero cuando termine este reclutamiento, voy a dejar el equipo —dijo tenso, pero convencido de la decisión que había tomado.

Se hizo un silencio y después escuchó una leve risa de su jefe.

—Si esperabas darme una sorpresa, no lo has conseguido —repuso finalmente JT. Hunter también se rió.

—Bueno, jefe, para mí sí que ha sido una sorpresa.

—Pues no debería, Hunt. Tienes una vida a la que volver. Tu esposa se merece un marido a tiempo completo.

Margie. No cabía duda que tenía algo que ver en la decisión. Aunque Hunter aún no sabía cuánto.

—Sí, supongo que sí. Mira, no quiero dejar colgado al equipo, por eso te lo quería decir cuanto antes para que puedas empezar a buscar a algún sustituto.

—Nadie va a poder sustituirte, Hunt. Pero te lo agradezco. Hablamos cuando vuelvas de tu permiso, ¿de acuerdo?

—Eso es. Nos vemos en unos días.

Cuando colgó, Hunter se quedó quieto bajo los rayos del sol y esperó a que surgiera el arrepentimiento. Pero no sólo no fue así, sino que tuvo una sensación de paz que no había sentido en mucho tiempo. Se dio la vuelta y miró a la mansión. Instintivamente sus ojos se posaron en la ventana del dormitorio, como si acabara de sentir la presencia de Margie.

—Me falta la última conversación —murmuró, y atravesó el patio empedrado. Estaba decidido a afrontar aquella nueva fase de su vida.

Margie estaba en la bañera cuando Hunter subió a la habitación. Salía vapor del baño y una vocecilla canturreaba desafinadamente. Tuvo la tentación de colarse en la bañera con ella, pero se recordó que había subido con otro propósito.

Había decidido asumir las responsabilidades familiares y tenía que

hablar con Margie. Aunque le costara reconocerlo, en cierto modo Simon tenía razón. Si Hunter se iba a quedar, no había ningún motivo para que Margie se marchara.

Caminó hasta el baño y se apoyó en el quicio de la puerta. Ella estaba sentada en la bañera redonda, de espaldas a la puerta, y la fragancia de jazmín flotaba en el ambiente. Las burbujas se agitaban en el agua acariciando los pechos de Margie. Los pezones rosados sobresalían del agua y, al verlos, Hunter se excitó. Cambió de posición para evitar la presión de la tela vaquera de sus pantalones. Aquella reacción parecía estarle diciendo que aquel matrimonio era una buena idea. Habían demostrado más que de sobra que eran compatibles en la cama. Además Margie adoraba a Simon y al pueblo. Era feliz allí, ¿por qué no iba a querer quedarse?

Hunter sonrió y retiró la vista de los tentadores pezones.

—¿Margie?

—¡Oh! —soltó, se sumergió más en el agua y giró la cabeza para mirarlo—. ¡Por Dios, Hunter! ¿Es que quieres matarme de un susto? En tal caso, no lo hagas en el baño. Maldita sea, primero en la ducha y ahora en la bañera. De verdad, no quiero que encuentren mi cadáver desnudo.

Hunter sonrió. La verdad era que siempre terminaba riéndose con Margie. Nunca lo había pensado hasta entonces, pero Simon tenía razón. Ella lo hacía feliz. Y en la cama, le volvía loco. Era una mujer muy divertida y resultaba muy sencillo estar a su lado. Le había ayudado a darse cuenta de que la vida era algo más que perseguir ambiciones individuales. Además, era una mujer que se atrevía a plantarle cara y a Hunter eso le gustaba. A Hunter le gustaba Margie.

Por no mencionar que con sólo verla desnuda, ardía en deseos. Todo era bueno con ella.

—¿Todo bien? —preguntó Margie.

—¿Qué? —preguntó él sin poder dejar de contemplarla. Hablar. Había ido allí a hablar, no a meterse en la bañera con ella—. Todo bien, sí, todo bien. Es que acabo de estar hablando con Simon…

—Hablando de Simon, la fiesta de cumpleaños va a estar muy bien. He conseguido que toque un grupo del pueblo y les he pedido un repertorio especial de los años cuarenta. Creo que a Simon y a sus amigos les va a encantar.

—Seguro que sí —respondió y, sonriendo, siguió escuchando los preparativos de la fiesta.

Quedarse con ella era la estrategia adecuada. Los dos estaban a gusto juntos. Margie adoraba a Simon y ya era parte del pueblo.

Hunter no podía parar su cabeza. En aquel barullo de pensamientos de repente surgió Gretchen. ¿Cómo demonios se le había podido ocurrir mencionarle el matrimonio? Ella nunca hubiera encajado en

Springville. Hubiera sido demasiado pequeño, anticuado y normal para Gretchen. Hubiera odiado ese lugar, mientras que a Margie le encantaba.

Sí. Hunter acababa de tomar la decisión correcta.

—Y la comida se va a adecuar a la dieta de Simon, así que todo está en orden.

—Perfecto.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —repuso Hunter.

Entró en el baño, se detuvo junto a la bañera y miró fijamente a Margie. Se moría de ganas de abrazarla, pero antes tenía que comunicarle su decisión.

En silencio, se felicitó por haber encontrado la solución perfecta y se preguntó cómo había tardado tanto en darse cuenta. Era tan cabezota como Simon había dicho. Pero daba igual porque ya veía la situación con claridad y estaba seguro de que Margie iba a estar de acuerdo con él. ¿Por qué no iba a hacerlo? Los dos iban a salir ganando.

—¿Quién es Gretchen? —soltó ella de golpe.

—¿Qué? —preguntó Hunter desconcertado. Era la última pregunta que se hubiera esperado.

—Os oí hablar de ella cuando vinieron tus compañeros. Uno de ellos la mencionó.

—Sí —«gracias, Hula», pensó—. Es una antigua novia.

—¿Y es una diosa? —preguntó mientras se pasaba la esponja por un brazo.

Hunter frunció el ceño sin dejar de observarla. Sí, Gretchen era muy guapa, pero él nunca había fantaseado con ser su esponja. Además, no había subido para hablar sobre Gretchen.

—Hula es un bocazas.

—Lo cual responde a mi pregunta —añadió Margie con una sonrisa triste en el rostro.

—¿Por qué has esperado tanto a preguntarme sobre ella?

—Quizás no quisiera saber.

—Entonces ¿por qué me preguntas…? —Hunter se detuvo—. Da igual. Es la lógica femenina, ¿no?

—Es sólo curiosidad, nada más.

—Vale, pero no quiero hablar de mi ex ni de ninguno de tus ex.

—Yo no tengo ninguno —respondió plegando las rodillas—. Ningún ex quiero decir. Tú serás el primero.

—¿Qué? —preguntó sorprendido. No sabía si creerla o no—. ¿Cómo es posible? ¿Es que sólo has conocido a hombres ciegos?

Margie soltó una carcajada.

—Me lo tomaré como un cumplido, gracias.

—Es un cumplido —reconoció. Y estaba dispuesto a decirle muchos más en los siguientes años porque era una gran mujer. Se puso de pie, como si no confiara en sí mismo al estar tan cerca de aquella mujer desnuda—. Mira, Margie. Creo que tenemos que hablar sobre el divorcio.

—Oh —soltó ella. Su mirada se volvió fría. Distante.

—El mes está a punto de terminar —añadió volviendo a acercarse a la bañera.

—Lo sé.

—Pero lo que no sabes es que la situación ha cambiado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Margie mirándolo.

—Me refiero a que he decido dejar la Marina cuando termine este reclutamiento. Voy a volver a casa. Me voy a quedar —explicó satisfecho. Una sonrisa se dibujó en los labios de Margie.

—Eso es maravilloso, Hunter. Estoy segura de que Simon estará muy contento.

—Sí que lo está. Pero quiero que hablemos de nosotros.

—No te entiendo —replicó inquieta.

—Lo sé —contestó. Se sentó en el borde de la bañera. Ojalá no estuviera tan incómoda—. Pero me vas a entender en cuanto te lo explique. He estado reflexionando y creo que hay una solución sencilla a nuestra situación.

—Sí —repuso Margie. Soltó un suspiro—. El divorcio.

—No. El matrimonio.

Margie alzó la vista para mirarlo de nuevo.

—¿Qué estás diciendo?

—Es simple, de verdad —afirmó sonriéndole—. Yo me voy a quedar, así que creo que tú deberías hacer lo mismo.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó incorporándose un poco. Las burbujas no paraban de moverse.

—Estoy sugiriendo que sigamos casados en vez de divorciarnos —declaró esperando que Margie sonriera.

Pero no lo hizo.

—No puedes estar hablando en serio.

—Vaya —añadió preguntándose por qué Margie no estaba viendo que era la solución perfecta—, no es la respuesta que esperaba.

—Bueno, es que lo que estás diciendo no tiene sentido. ¿Por qué ibas a querer seguir casado conmigo? Vas a estar aquí, así que no me necesitas para que cuide de Simon. Lo puedes hacer tú.

—Esto no tiene nada que ver con Simon. Bueno, en parte sí. Pero lo más importante es… A ti te gusta estar aquí, ¿no?

—Sí.

—Quieres a Simon.

—Sí, pero…

Hunter pensó que era el momento de utilizar su infalible sonrisa.

—Nosotros ya hemos demostrado que nos entendemos bien. Es sexo es bueno. Así que, ¿por qué no seguir casados?

—Esto es una locura —respondió ella, y se puso de pie en la bañera.

Hunter sacó fuerzas de flaqueza para no lanzarse sobre su esposa desnuda y empapada.

—¿Por qué es una locura? Dios, pensaba que te iba a gustar la idea.

Margie soltó una carcajada y lo miró como si se hubiera vuelto loco de remate. Salió de la bañera, pasó por delante de él y se cubrió con una toalla azul.

—Claro, ¿cómo no me iba a gustar la idea?

—Exactamente —replicó Hunter. Se puso en pie para mirarla a los ojos. Dios, había llegado a la solución perfecta, ¿cómo no se daba cuenta?

—Hunter —añadió Margie antes de inspirar profundamente—. Me has dicho mil y una vez que no quieres una esposa.

—He cambiado de opinión.

—¡Oh! —dijo alzando las manos al cielo—. Eso es otra cosa. Has cambiado de opinión.

—¿Qué es lo que te molesta? —preguntó. De verdad que no comprendía por qué no estaba dando saltos de alegría ante aquel trato. Era el negocio perfecto, los dos salían ganando—. Pensaba que te alegrarías de quedarte.

Margie se llevó las manos a las caderas. Estaba furiosa.

—¿Cómo voy a alegrarme de estar junto a un hombre que no quiere estar conmigo?

—Te he dicho que quiero estar contigo.

—Claro, en la cama.

—Bueno, soy un chico. ¿Por qué no iba a querer estar contigo en la cama?

—El matrimonio no es sólo sexo, Hunter —dijo saliendo del baño. Se metió en el vestidor y entornó la puerta—. Dios, ¿es que no lo entiendes?

—No entiendo nada —contestó siguiéndola. Margie se volvió hacia él.

—Si continuara casada contigo de esta manera, no sería tu esposa… sería tu querida oficial.

—¿Qué demonios…?

—No me quieres, sólo te resulta una solución práctica.

¿Por qué hablar de amor? Margie se había casado con él mediante un poder notarial que Hunter había desconocido. Había accedido a recibir dinero a cambio del matrimonio. ¿Y resulta que quería amor? ¿Qué sentido tenía?

—Sí, ya que de hecho eres mi esposa, es una solución práctica. ¿Qué

hay de malo?

—¿Todos los hombres sois iguales o eres sólo tú? —preguntó con exasperación.

—Mira, Margie, no he subido para pelearme contigo.

—No, has subido para comunicarme lo afortunada que soy ya que se me permite quedarme en esta casa y en tu cama —dijo, y soltó un suspiro—. Soy una mujer tan afortunada…

Hunter se sintió completamente perdido. Primero había sido odioso por no haber querido estar con ella ¿y en aquel momento lo era porque quería estarlo? ¿Por qué le estaba poniendo las cosas tan difíciles?

—¿Sabes una cosa? —dijo mientras la expresión de su rostro se ensombrecía—. Yo…

—Oh, claro, y soy aún más afortunada porque el estupendo Hunter Cabot está dispuesto a aceptar a Margie Donohue, la chica del montón. No es que sea ninguna diosa, pero él está dispuesto a conformarse porque a ella se le dan muy bien los perros y los ancianos y…

—¿Te has vuelto loca? —preguntó Hunter mirándola como si lo estuviera. Aquello enfureció aún más a Margie.

—Debería haberme dado cuenta de que esto iba a suceder —murmuró para sí misma. Agarró el primer par de vaqueros de la percha y se los puso—. Eres una idiota, Margie. Una idiota.

—Por el amor de Dios, lo estás malinterpretando todo —replicó Hunter.

—Nada que ver con mis fantasías —siguió murmurando mientras luchaba con su sujetador—. Tú no eres el hombre con el que me casé —le gritó de repente.

—¡Estás loca! —exclamó por encima de la voz de Margie—. ¡Yo nunca he pedido ser tu fantasía, igual que no he pedido ser el héroe de nadie! —soltó antes de abrir la puerta del vestidor—. ¿Por qué te escondes para vestirte? ¿Acaso no te he visto ya desnuda?

—¿Y eso te da el derecho de observarme cada vez que te apetezca? Creo que no —dijo poniéndose una camiseta verde—. No me puedo creer que quieras que me quede contigo sólo por el sexo.

Margie estaba sintiendo una presión muy fuerte en el pecho y las lágrimas se agolpaban en sus ojos, pero no iba a llorar. Por el amor de Dios, el primer hombre con el que se había acostado le estaba proponiendo que fuera su querida. Se sentía tan estúpida ante aquella oferta… estaba furiosa. Y todo era responsabilidad de Margie, había sido ella misma quien se había colocado en una situación tan patética. Se había entregado a aquellos brazos y había suplicado: «Por favor, Hunter. Rómpeme el corazón».

Y lo peor de todo era que él ni siquiera se estaba dando cuenta.

—¿Cómo has podido pensar que iba a acceder? —le chilló.

—Tampoco te he pedido que te alistes al ejército —soltó Hunter—.

Sólo te he propuesto seguir como hasta ahora.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Habrá un contrato? ¿Pago por servicio? ¿O me vas a poner un sueldo?

—Margie…

—¿Y qué sucederá cuando vuelvas a cambiar de opinión? ¿Me darás treinta días para buscarme otra casa o me darás la patada directamente?

—No voy a volver a cambiar de opinión. Si te calmas un poco…

A Margie le dieron ganas de pegarle al oír aquel tono tan paciente.

Todas sus fantasías y sus sueños habían desaparecido como las burbujas de la bañera. Y lo peor era que se había permitido llegar hasta aquella situación. Se había pasado un año inventándose a Hunter y esas semanas habían ido demasiado lejos. Se había enamorado de un hombre que no existía. El Hunter que ella amaba nunca le hubiera hecho una proposición así de baja.

Le acababa de dejar bien claro el concepto que tenía de ella. Y estaba claro que no era lo suficientemente buena para él.

Hunter dio un paso al frente y tomó el rostro de Margie entre sus manos.

—Al menos, piénsatelo, Margie. Si lo piensas, verás que tengo razón. Adoras este sitio, a Simon…

—Y te amo a ti, Hunter —le soltó ella. Al instante siguiente, se arrepintió, pero ya no había vuelta a atrás.

En vez de soltarla, como Margie estaba esperando, Hunter sonrió y el maldito hoyuelo se dibujó en su carrillo.

—Pero razón de más —dijo como si fuera un niño que acabara de encontrar en el árbol de Navidad justo el regalo que había pedido—. Me amas, así que querrás seguir casada conmigo.

Margie le quitó las manos de la cara y sintió frío. Pero se tendría que acostumbrar porque no podría estar con él después de lo que había escuchado.

—No puedo quedarme contigo, Hunter —dijo clavando su mirada en los ojos de Hunter.

—Pero me amas.

—Por eso precisamente quiero el divorcio.

Capítulo Diez

El salón de baile de la mansión Cabot estaba casi listo para la fiesta. La decoración estaba terminada salvo por las flores que se recogerían ese mismo día del jardín. El rincón de los músicos estaba preparado y los últimos detalles de la comida también.

Todo perfecto.

Entonces, ¿por qué Margie tenía tantas ganas de llorar? ¿Sería por el hueco que sentía en el pecho, en el lugar donde antes había estado su corazón?

Habían pasado tres días desde que Hunter le había hecho su absurda proposición y Margie le había confesado su amor. Tres largos días con sus aún más largas noches. Después de la conversación, Margie se había llevado sus cosas a la habitación de invitados. Ya no le importaba lo que pudiera pensar el servicio ya que el matrimonio estaba a punto de concluir.

Además tenía que volver a aprender a dormir sola aunque echara mucho de menos a Hunter. ¿Cómo iba a vivir si él?

No tenía que haberse embarcado en un plan así. Si no hubiera aceptado la propuesta de Simon, no se hubiera visto en aquella posición. Estaba decidida, la noche del día siguiente se marcharía. No sabía dónde iba a ir, pero tampoco importaba porque en cualquier caso iba a estar sola. De nuevo. Sin nadie a quien querer.

—¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? —se preguntó a sí misma en voz alta.

—Bien, podías empezar por dejar de hacer el tonto —respondió una voz desde atrás.

—¡Simon! —exclamó sorprendida, y se dio la vuelta—. No me he dado cuenta de que estabas aquí.

—No me extraña, llevas varios días caminando por la casa como un fantasma.

No podía negarlo, era cierto. La mirada de Simon era amable, pero decidida. Era extraño, pero por primera vez, Margie se estaba dando cuenta de lo mucho que se parecían abuelo y nieto.

—Quédate, Margie. Déjate de tonterías y quédate.

—No puedo —dijo negando con la cabeza. Estaba mirando fijamente a Simon—. No puedo quedarme sabiendo que no me quiere.

—¿Quién dice que no te quiere?

—Él lo dice.

Simon frunció el ceño.

—No sería el primer hombre que necesita que una mujer le descubra lo que en realidad está sintiendo.

—Si fuera tan fácil.

—Eres tan cabezota como él.

—Tengo que serlo. No me puedo conformar con tener media vida —

contestó. Se acercó para abrazar a Simon—. Te voy a echar mucho de menos —susurró.

—Si quieres, yo me encargo de pegarle una paliza —bromeó, y le dio un golpecito en la espalda.

—Gracias, Simon —dijo sonriendo. Las lágrimas estaban corriendo por sus mejillas.

—Pues no me gusta este regalo de cumpleaños. Me refiero a que te marches.

—Me encantaría quedarme. De verdad —dijo mirando a su alrededor. Aquel lugar se había convertido en su hogar y no quería marcharse, pero ¿qué otra opción le quedaba?

Margie estaba enamorada de Hunter, pero no era recíproco. Si se quedaba, sería como una muerte lenta. No. Lo mejor sería marcharse. Seguir adelante. Encontrar un nuevo lugar y tratar de olvidar lo que había tenido allí durante un periodo tan corto.

—Es una pena que no lo ames lo suficiente para luchar por él.

—Claro que lo amo lo suficiente. Pero, Simon, no puedes pelear una batalla que no puedes ganar —le respondió sorprendida por el comentario.

—Ah —dijo seriamente—, pues algunas veces ésas son las únicas batallas que merece la pena luchar.

Una hora después, Margie oyó que llamaban a la puerta y la abrió. Se encontró con una mujer alta, elegante e impresionantemente guapa.

—¿No es increíble? —preguntó la mujer rubia mirando alrededor en el vestíbulo de la mansión. Tenía una mirada fría y lo estaba examinando todo como si estuviese haciendo un inventario. Después miró a Margie con desdén. Ella se puso en tensión, por el momento aquélla seguía siendo su casa y la rubia, la intrusa, por muy atractiva que fuera.

—¿Te puedo ayudar?

—Sí —contestó con una falsa sonrisa—. Le puedes decir a Hunter que Gretchen está aquí.

—¿Gretchen? —preguntó con un nudo en el estómago. ¿Aquélla era la exnovia de Hunter? Oh, Dios.

En aquel momento comprendió perfectamente por qué Hula la había descrito como una diosa y se había sorprendido de que Margie fuera la esposa. En comparación con aquella diosa, ella quedaba reducida a la Cenicienta, pero antes de que apareciera el hada madrina.

—Sí, ¿está Hunter en casa? —preguntó entrando en la casa y casi asomándose al salón—. He estado a punto de llamarlo por teléfono para avisarlo, pero después he pensado que sería mucho más divertido darle una sorpresa.

—Pues lo has conseguido —dijo Hunter descendiendo por la escalera.

Margie lo miró y trató de descifrar la expresión inescrutable de su rostro. Era obvio que estaba tenso y no parecía precisamente contento de ver a la fabulosa Gretchen.

—¡Hunter, cariño! —exclamó la rubia corriendo a sus brazos.

Margie observó boquiabierta cómo se colgaba de él, quien durante un instante la abrazó. Sintió un nudo en el estómago, le acababa de quedar bien claro cuál era el tipo de mujer que le gustaba a Hunter.

Sin embargo la mirada de Hunter se clavó en los ojos de Margie. Y sus ojos estaban pidiendo socorro.

—¡He venido para decirte que por fin he decidido casarme contigo!

Margie no pudo evitar quedarse con la boca abierta, cerró los ojos y sintió cómo el suelo desaparecía debajo de sus pies.

—Maldita sea —murmuró Hunter al ver a Margie con los ojos cerrados un instante. Soltó a Gretchen y la dejó en el suelo. Su ex seguía hablando, pero no la estaba escuchando ya que estaba demasiado pendiente de su esposa, quien no dejaba de mirarlo. Aquellos ojos verdes reflejaban furia y dolor a partes iguales y Hunter deseó que Gretchen estuviera en el otro lado del planeta—. Margie, esto tiene una explicación —dijo finalmente, aunque en realidad Margie llevaba varios días sin querer escucharlo.

—Oh, no hay nada que explicar, Hunter. De verdad, todo está bien claro.

—Hunter, ¿quién es ella? —preguntó Gretchen.

—No te preocupes por mí. Sólo soy su esposa —replicó Margie con una sonrisa forzada.

—¿Su esposa? ¿De verdad? —preguntó mirándola de arriba abajo.

Hunter estuvo a punto de taparle a su ex la boca con la mano, pero se contuvo y la miró fijamente.

—¿Cómo demonios me has encontrado? —le preguntó.

—Bueno, me dijiste el nombre de tu aldea y, una vez aquí, no ha sido difícil averiguar dónde viven los Cabot.

—Ya —contestó. Así que todo era culpa de él. Volvió a mirar a la otra mujer—. Margie…

—Hunter, ¿no vas a ofrecerle a tu prometida algo de beber?

—No —chilló él, y se puso a caminar hacia su esposa, pero Gretchen lo agarró con fuerza del brazo—. Y no es mi prometida.

—Sí que lo soy. He venido para decírtelo y me encuentro con que ya estás casado —dijo Gretchen.

—Yo nunca te pedí que te casaras conmigo —repuso Hunter mirando a Margie de forma triunfal.

—Me dijiste que estabas pensando en casarte y me preguntaste que qué me parecía la idea.

—Qué romántico —murmuró Margie.

—Estaba hablando en abstracto —gritó Hunter.

—¿Hay algún problema? —preguntó Sophie, el ama de llaves, que había llegado corriendo por los gritos.

—Sí, Sophie —contestó Margie—. ¿Les puedes llevar a Hunter y a su novia el té al porche?

—No es mi novia.

—Sí que lo soy —replicó Gretchen.

—¡Qué escena tan encantadora! Debe de ser amor verdadero. ¿No es especial? —preguntó Margie burlándose.

—Maldita sea, Margie. Sabes que todo esto es un error —trató de aclarar Hunter.

—¿Un error? —le preguntó Gretchen, y lo fulminó con la mirada.

—Sí, un error. No puedo estar comprometido porque ya estoy casado.

—No por mucho tiempo —le soltó Margie sin más rodeos.

—Ya está, problema resuelto —añadió Gretchen visiblemente complacida.

Hunter la miró con impaciencia y entonces su ex le guiñó un ojo e hizo el ademán de un puchero. Sabía que sería capaz de soltar una lagrimita o dos si la situación lo requería, pero él no estaba listo para el dramatismo de Gretchen.

—Hunter, haz que se vaya esa mujer para que podamos hablar —le exigió.

—Ella no se va a ir a ninguna parte y nosotros no tenemos nada que hablar.

—Pero si estoy segura de que quieres empezar a planear la boda —añadió Margie cruzándose de brazos—. El divorcio va a ser rápido, así que no perdáis el tiempo.

—¿Divorcio? —insistió Gretchen con otra sonrisa.

—Aquí no va a haber ningún divorcio —sentenció Hunter.

—Eso crees tú —murmuró Margie, y después se giró hacia Sophie—. ¿Me puedes echar una mano en el salón de baile? Quiero revisar algunas cosas para la fiesta.

—Claro —repuso el ama de llaves, y después miró a Hunter con dureza. No lo había mirado así desde que había tenido trece años.

—Margie, espera —pero ella sólo le dedicó una mirada de desprecio antes de desaparecer.

—¿Qué está pasando aquí, Hunter? —preguntó Gretchen con una mirada fría y calculadora—. No me hace mucha gracia hacer el ridículo de esta manera.

—Yo no te he invitado a venir, Gretchen.

—Es un poco raro que nunca me mencionaras que estabas casado cuando salíamos juntos, ¿no?

—Es una historia muy larga.

—Seguro, y no estoy interesada en escucharla. Yo no salgo con hombres casados, Hunter.

—Mejor para ti. Entonces deberías irte —le contestó llevándola hacia la puerta.

Sólo quería que desapareciera de la casa para poder hablar con Margie. Tenía que dejarle bien claro que no quería a Gretchen, sino a ella.

—Pero estás a punto de divorciarte y eso es un cambio considerable. Ya sabes que estaría encantada de esperarte —dijo mirando a su alrededor. Era obvio que estaba impresionada por la mansión.

—No —le contestó mirándola con dureza—. No te molestes, Gretchen. Ya te lo he dicho, no va a haber divorcio —al menos si él lograba evitarlo.

—Entonces ha sido un error venir —dijo haciendo un puchero y deslizando los dedos sobre el pecho de Hunter—. A no ser, por supuesto, que logre hacerte cambiar de opinión…

—Debes marcharte, Gretchen. Siento que hayas malgastado tu tiempo en este viaje —repuso irritado ante los intentos de seducción.

—Bien. Vuelve con tu pelirroja gorda. Quizás recaiga sobre ti la maldición de doce hijos tan gordos como ella.

¿Hijos? De repente le vino a la mente la imagen de Margie con un bebé suyo entre los brazos y Hunter se dio cuenta de que quería convertirla en realidad. Quería que Margie estuviera en su vida más que cualquier otra cosa en el mundo. Y quería niños, con ella. Iba a luchar para que se quedara junto a él.

Gretchen salió de la casa altivamente. Nunca había encajado bien las negativas. Hunter cerró la puerta e inspiró profundamente.

¿Cómo demonios se había podido imaginar un futuro con ella? Aquel dramatismo, los pucheros, el egoísmo. Además, Margie no estaba gorda, sino que tenía unas curvas deliciosas. Era amable, tenía un corazón enorme y Hunter la amaba.

Entonces, ¿por qué demonios no quería seguir casada con él?

Capítulo Once

La fiesta estaba saliendo tan bien como Margie había deseado. Simon y los invitados de Springville estaban encantados. Y nadie se estaba dando cuenta de que ella se estaba obligando a sonreír ni del dolor que estaba sintiendo.

Margie tenía frío, pero era un frío interior y muy conocido. Era el frío de la soledad. El frío de no sentirse querida. Nadie en toda su vida la había elegido. Nunca había sido la primera. Nunca había sido importante para alguien.

Y ella quería ser importante para Hunter.

Le divisó entre la multitud. No era difícil ya que llevaba aquel uniforme blanco que le quedaba tan bien… Estaba charlando con Simon y unos amigos en un círculo y Margie se sintió la extraña que siempre había sido.

Ya no había sitio para ella allí. Se tenía que haber marchado antes la fiesta, pero se había quedado por Simon.

—Es una fiesta estupenda, Margie —le dijo Terry Gates, una de sus amigas de Springville. Otra persona más a quien echaría de menos.

—Gracias, Terry —contestó forzando una sonrisa. Tenía un nudo en la garganta—. Me alegro mucho de que hayas podido venir.

—¿Estás de broma? No me hubiera perdido esta fiesta por nada del mundo. Ha venido todo el pueblo.

—Eso parece.

—¿Qué haces aquí sola? Deberías estar bailando con ese marido tan guapo que tienes.

Aquel hombre era y no era su marido. Estar de nuevo entre sus brazos sería una tortura porque sabría que tendría que marcharse después. Era mejor mantener las distancias para no perder la dignidad que le quedaba.

—Oh, estoy demasiado ocupada para bailar. Tengo que echar un ojo a la comida y…

—De ninguna manera —dijo su amiga agarrándola del codo—. Te has encargado de los preparativos, todo ha salido estupendamente y ahora vas a descansar un minuto y vas a bailar con tu marido.

—No, de verdad. Tengo que…

—A bailar —insistió Terry conduciéndola hacia la pista.

—Oh, por favor… —dijo resistiéndose, pero cuanto más lo hacía más llamaba la atención de la gente. Y no quería que nadie sospechara que se le estaba rompiendo el corazón ni que su matrimonio se había terminado.

—Vamos —añadió sonriendo y abrazando a su amiga—. No debería decir nada, pero lo sé.

—¿El qué sabes?

—Sé que te has peleado con Hunter —declaró Terry—. Me lo ha

contado él. Me ha dicho que te habías enfadado porque va a volver a la base aunque la herida no está completamente cicatrizada.

—Oh —dijo confusa. Miró a Hunter, quien las estaba observando con una media sonrisa—. Ha sido él, ¿no?

—Sí, y entre tú y yo, estoy de acuerdo contigo. Sin embargo, me da pena que no le hables, así que he accedido a convencerte para que bailes con él.

—¿Hunter te lo ha pedido?

—¿Quién si no, tonta?

Quien iba a ser. Llegaron frente a Hunter, el hombre al que Margie llevaba días ignorando. El mismo que le había robado el corazón y al que iba a echar de menos todos los días de su vida.

—Gracias, Terry —dijo Hunter sin mirar a la mujer porque sus ojos azules estaban clavados en los verdes de Margie.

—De nada, y ahora creo que voy a ir a buscar a mi marido para obligarlo a bailar conmigo —bromeó despidiéndose.

Se quedaron solos, frente a frente, mirándose.

—Baila conmigo, Margie —le pidió Hunter ofreciéndole el brazo.

La gente los estaba mirando y Margie no quería montar un numerito. Prefería que nadie supiera nada hasta que ella se hubiera ido.

Además, ¿acaso podía dejar pasar la oportunidad de estar entre sus brazos una vez más?

Finalmente asintió y aceptó. En cuanto sintió su contacto, el frío desapareció. Llegaron a la pista de baile justo en el comienzo de una canción.

Margie no tardó en reconocerla ya que Simon era un fanático de Frank Sinatra y se la había puesto mil veces.

—Estás muy guapa esta noche —murmuró Hunter.

—Gracias —dijo mirándolo a los ojos. Sintió cómo su corazón se rompía un poquito más. Apartó la mirada. No podía ver el arrepentimiento y el adiós en los ojos de Hunter.

—Has estado evitándome —dijo haciéndola girar suavemente.

—Sí —reconoció. Dios, ¿no se iba a acaba nunca aquel baile? Hunter cada vez la abrazaba más fuerte y podía sentir los dos corazones latiendo a la vez.

—No quiero que te vayas, Margie. No te vayas.

—No me hagas esto. No lo hagas aún más difícil —susurró ella.

—Es difícil. Me dijiste que me amabas —contestó. Margie se obligó a mirarlo a los ojos. Aquellos ojos azules que estaban brillando intensamente.

—Y es verdad, te amo y por eso no me voy a quedar.

Hunter la estrechó todavía más contra su cuerpo.

—No he estado prometido con Gretchen —añadió. Margie cerró los

ojos y sacó fuerzas de flaqueza.

—¿Se lo propusiste?

—En cierto sentido supongo que lo hice, pero…

—No hay pero que valga. Tú querías estar con Gretchen. Nunca has querido estar conmigo. Yo no soy la esposa que tú querías, era ella.

—Pero ella no es mi mujer. Eres tú.

—No importa, Hunter, ¿no lo entiendes? Eso no importa.

La canción se terminó, pero Hunter no la soltó. Parecía que no estaba dispuesto a dejarla marchar.

—Por supuesto que importa —contestó a punto de perder el control. Le había dejado a Margie varios días para que reconsiderara su decisión y ¿qué era lo que iba a conseguir? ¿Un adiós rápido en una pista de baile llena de gente?

No estaba dispuesto.

—Por favor, no lo hagas, Hunter. No me lo pongas más difícil —le susurró ella como si le estuviera leyendo el pensamiento.

—Es muy difícil —afirmó en un tono de voz grave.

Margie estaba decidida a abandonarlo y Hunter no se lo iba a permitir. En toda su carrera profesional nunca se había quedado sin lograr sus objetivos, por mucho que le hubiera costado. Y no estaba dispuesto a manchar su expediente en aquel momento.

La tomó del brazo y la condujo hacia uno de los balcones de la estancia.

—Ven conmigo —le pidió.

—Oh, no —replicó ella soltándose. Rápidamente se encaminó hacia el vestíbulo.

—De ninguna manera —murmuró Hunter, y la alcanzó. La hizo girar hasta que quedaron frente a frente y la agarró de los hombros—. Vas a escucharme, Margie, aunque te tenga que atar a una silla.

Por detrás de él oyó a alguien riéndose. Era Simon. Al menos alguien se estaba divirtiendo con aquella situación.

—Hunter… —dijo ella como adviniéndole de que no estaban solos.

—¿Te crees que me importa quién nos esté mirando?

—Bueno, a mí sí que me importa.

—Pues a mí no. Tengo cosas que decirte y te las voy a decir. Aquí o en otro lugar, tú eliges.

—Bien. Podemos hablar en el estudio —respondió finalmente. No quería estar expuesta a aquellas miradas.

—No, está demasiado lejos —le contestó, y se puso de rodillas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó desconcertada, inclinándose sobre él.

—Lo que tenía que haber hecho hace tres días —respondió, y en ese momento la agarró por las piernas y se la llevó en volandas.

—¡Simon! ¡Ayúdame! —exclamó Margie desconcertada.

—¡De ninguna manera! —replicó el anciano entre risas.

Todos los invitados comenzaron a reírse mientras abrían paso a la pareja. Hunter se dirigió a los jardines. No le importaba que los vecinos fueran a estar comentando aquella noche durante los veinte años posteriores. Le daba igual.

Lo único que le importaba era la pelirroja que tenía entre los brazos. Y no estaba dispuesto a perderla.

—Perdón —iba diciendo al abrirse paso.

—¡Suéltame! ¡Le estás enseñando mi trasero a todo el mundo!

—Es un trasero preciosos, no tienes de qué avergonzarte —respondió con una sonrisa y dándole una palmadita.

—¡Por el amor de Dios, Hunter, suéltame!

—Enseguida.

—¿Dónde vamos?

—A la fuente —contestó. Era el rincón más apartado del jardín y estaba junto al acantilado, así que nadie los molestaría.

Estarían solos y necesitaba estar a solas con Margie para confesarle lo que estaba sintiendo.

Cuando llegaron, la dejó en el suelo y ella se estiró el vestido, se retiró el pelo de la cara y soltó la mano para darle una bofetada. Pero Hunter le agarró la muñeca a tiempo y le besó la mano.

—No me beses —dijo ella retirando la mano. Estaba furiosa.

Hunter miró a su alrededor y confirmó que estaban solos. Sólo se oía el rumor del mar y la brisa entre los árboles.

—Margie, Gretchen no significa nada para mí.

—Si piensas que eso me hace sentir mejor, te estás equivocando —repuso tras suspirar.

—Todavía no he terminado. Tengo algo que decirte y me vas a escuchar.

—No hay nada más que decir, Hunter —añadió Margie con la voz rota. Él se sintió conmovido. Estaba tan bella bajo la luz de la luna—. No voy a cambiar de opinión. Me marcho.

Hunter vio la expresión valiente y decidida de su mirada y de repente algo estalló en su pecho. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Acababa de descubrir sus propios sentimientos. La verdad había surgido de su interior con total claridad. No sólo deseaba a Margie. No sólo la necesitaba. Era mucho más.

—Te amo —dijo con una sonrisa sincera en los labios. Margie lo miró y negó con la cabeza.

—No, no, tú no me amas. Sólo quieres que me quede porque ya estamos casados. Soy fácil.

Hunter soltó una carcajada.

—Margie, eres muchas cosas, pero en ningún momento me has resultado una chica fácil —dijo. Ella frunció el ceño—. Y te amo.

—Deja de decir eso.

—No —replicó acercándose a ella—. Me gusta decirlo. Me gusta sentirlo.

—No. No es verdad —murmuró.

—Sí que es verdad. Y te lo voy a repetir hasta que me creas. Te lo voy a repetir todos los días de mi vida y encontraré una forma de decírtelo una vez muerto si hace falta para que te convenzas.

—Hunter… —se mordió el labio inferior y se limpió la única lágrima que había brotado de sus ojos. Tenía la vista perdida en el océano, que brillaba bajo la luz de la luna. Parecía indicar el camino al paraíso.

—¿Por qué te cuesta tanto creerme?

—Porque nunca me ha querido nadie —susurró abrazándose a sí misma. Hunter sintió un dolor mucho más intenso que el de un disparo. No podía verla con el corazón roto y se culpó por haberla hecho llorar más de una vez.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no crecí como tú, Hunter. Yo crecí en varias familias de acogida que nunca fueron un hogar para mí.

—Lo siento, Margie, de verdad. Pero tienes que creerme cuando te digo que te quiero —insistió abrazándola.

—Tienes que parar de decir eso, Hunter. Por favor, para.

—Margie, ¿por qué no me crees? ¿Por qué no te das cuenta de que quiero que estés junto a mí? Para siempre —confesó acariciándola tiernamente. Ella se echó a llorar sin poder controlar los sollozos.

—Porque nunca me ha querido nadie. Nunca, Hunter, en toda mi vida he sido la elegida. Nunca he sido importante para alguien, hasta que vine aquí. Y Simon me quiso. Y empecé a querer a este pueblo y me convencí a mí misma de que te quería a ti.

Hunter inspiró profundamente. Quería que se desahogara para que pudieran empezar de nuevo.

—Pero, Hunter, tú no me elegiste a mí para que fuera tu esposa. Elegiste a una diosa sueca. No me querías a mí, pero me crucé en tu camino y ahora estás intentando comportarte de forma correcta. Sin embargo lo único que estás consiguiendo es ponerme las cosas más difíciles. ¿Es que no te das cuenta?

Hunter se preguntó cómo había tenido la suerte de conocer a una mujer tan maravillosa. Margie tenía un corazón tan grande. ¿Cómo lograr que se quedara junto a él?

—Estás equivocada —insistió al borde de las lágrimas—. Te estoy escogiendo ahora mismo, Margie. Te he conocido. Te amo. Y te estoy eligiendo —repitió, sin embargo ella seguía sin creerlo. Tomó el rostro de Margie entre sus manos y le besó suavemente en la mejilla, probando el gusto salado de las lágrimas—. Escúchame, nena —dijo

aposta para arrancarle una sonrisa. Lo consiguió—. Me has dicho que nadie te ha pedido que te quedes a su lado. Bien, yo lo estoy haciendo. Necesito que te quedes aquí conmigo.

—Oh, Dios… —murmuró. Era como si quisiera creerlo, pero no se atreviera.

Hunter la miró fijamente a los ojos. Quería que pudiera confiar en la sinceridad de sus palabras y de sus sentimientos.

—Margie, he estado en combates. He superado situaciones aterradoras en las que pensaba que no iba a sobrevivir. Me he enfrentado al fuego abierto, a bombas y a explosiones. Todo eso me resulta más sencillo que imaginar una vida sin ti.

—Hunter…

—Me quedan aún seis meses en la Marina, Margie. Después voy a volver a casa. A este lugar al que, gracias a ti, me he dado cuenta que pertenezco. Voy a regresar a ti, Margie. Y si tú no estás aquí, éste no será mi hogar.

—Hunter, esto no es justo —murmuró—. Yo me iba a machar y te iba a dejar que retomaras tu vida.

Él sonrió porque se dio cuenta de que la estaba empezando a convencer. Hacía años que no se sentía tan bien.

—¿Mi vida? ¿Qué vida sería si no estuvieras tú dando órdenes por aquí? ¿Sin que estuvieras organizándolo todo? ¿Sin tu abrazo por las noches? ¿Sin despertarme contigo? Si me dejas, Margie… —dijo mirándola fijamente para que se diera cuenta de que estaba hablando en serio—. Si te marchas, te seguiré. Me volveré un tipo extraño, Simon se quedará solo y el pueblo se vendrá abajo porque tú, su motor, habrá desaparecido… ¿Quieres ser responsable de tantas desgracias? —le preguntó con una sonrisa.

—Bueno, si lo pones así…

Hunter la abrazó con fuerza y cuando ella respondió abrazándolo, por fin pudo respirar con la tranquilidad que le había faltado aquellos días.

—Estás es tu sitio, Margie. Junto a mí.

—Oh, cielos —dijo, y se apartó de él. Le limpió la pechera del traje —. Te estoy llenando el uniforme de maquillaje.

Hunter soltó una carcajada.

—Puedes llorar sobre mi hombro siempre que quieras, pero te aseguro que voy a intentar que ninguna de tus lágrimas sea culpa mía.

—Te amo.

—Yo también de amo, Margie. Eres lo más importante en mi vida. Te elijo para pasar el resto de mis días contigo. Te elijo para estar juntos y formar una familia. Por favor, acéptame —le pidió sosteniéndole la cara y clavando su mirada en los ojos de Margie.

—Oh, Dios. Voy a ponerme a llorar otra vez.

—Bueno entonces hagamos que valga la pena —dijo antes de besarla intensa, pero brevemente—. Ah, y hay algo que me gustaría que organizaras.

—¿El qué?

—Cuando regrese, tú y yo vamos a tener una boda de verdad. Aquí, en el pueblo —le aseguró tomándola en brazos.

—¿Sí? —preguntó abrazándolo.

—Por supuesto. Y después nos vamos a ir a Bali. Creo que podemos mejorar la luna de miel que ya hemos tenido, ¿no?

—No lo sé. En mis fantasías estabas bastante bien…

—Nena —añadió guiñándole un ojo—. Soy un miembro de los grupos especiales. Me encantan los desafíos.

Entre risas, Margie apoyó la cabeza en el hombro de su héroe personal y dejó que la llevara hasta la luz.

Hasta la casa donde los estaba esperando el amor.

Fin